

XV PREMIO



GERMÁN ROZENMACHER

DE NUEVA **D**RAMATURGIA

Galain, Belén

XV Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia / Belén Galain ; Leticia Coronel.
- 1a edición multilingüe. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Rojas, 2023.
252 p. ; 20 x 14 cm.

Edición multilingüe : Español ; Francés ; Inglés ; Portugués.
ISBN 978-987-1862-38-2

1. Teatro. 2. Dramaturgia. I. Coronel, Leticia. II. Título.
CDD A862



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Dr. Alberto Edgardo Barbieri

Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación: Lic. Paula Quattrocchi

Coordinadora General de Cultura: Mariana Ron



GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Jefe de Gobierno: Horacio Rodríguez Larreta

Ministro de Cultura: Enrique Avogadro

Subsecretaria de Gestión Cultural: Viviana Cantoni

Festival Internacional de Buenos Aires (FIBA 2023)

Director Artístico FIBA 2023: Federico Irazábal

Comité de selección 15° Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia:

Mónica Berman, Ignacio Bartolone y Carolina Mazzaferro.

Staff CRRojas:

COORDINADORA DE PUBLICACIONES: Natalia Calzon Flores. Equipo: Paola Kaiser, Matías Puzio, Gustavo Benzi, Aníbal Barengo.

COORDINADORA DE DISEÑO: Virginia Parodi. Equipo: Daniel Sosa, Roberto Duarte, Mariana Antoniov, Nicolás Del Río.

© Libros del Rojas

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

XV PREMIO

GERMÁN ROZENMACHER

DE NUEVA DRAMATURGIA

Obras premiadas

Partir(se) de Belén Galain

Estoy acá sin fin de Leticia Coronel

Edición cuatrilingüe



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



PRESENTACIÓN



Es un verdadero motivo de celebración para nosotros presentar en 2023 la Quinceava Edición y Publicación –con traducciones a tres idiomas– de las obras ganadoras del Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia.

En esta oportunidad, el Premio contó con un Comité de Selección integrado por Mónica Berman, Ignacio Bartolone y la ganadora de la última edición del premio, Carolina Mazzaferro, quienes leyeron los originales presentados y entre los cuales, en un gran concierto de obras destacadas, sobresalieron los envíos de las obras finalmente galardonadas:

Primer Premio: *Partir(se)*, de Belén Galain

Segundo Premio: *Estoy acá sin fin*, de Leticia Coronel

Menciones sin orden de mérito obtuvieron las obras *Crudo*, de Noelia Caputto; *El mundo de Ellis*, de Juliana Marilú Sandez; y *La fortaleza joven debe confiar en lo inmenso mientras camina lento hacia la muerte*, de Violeta Postolski.

El presente volumen contiene las obras ganadoras del primer y segundo premio, con traducciones al inglés, francés y portugués,

realizadas por María Colaneri, Valeria Castelló-Joubert y Sandra Andreoli, respectivamente.

Este premio fue creado en 1999 para favorecer nuevos canales de circulación de la joven dramaturgia. Germán Rozenmacher, escritor y periodista –autor de *Cabecita Negra* (1962) considerado un clásico de la literatura argentina y la obra de teatro *Réquiem para un viernes a la noche* (1964)–, vivió tan solo 35 años, que fueron suficientes para dejar una huella permanente en nuestra cultura. También los 35 años son la edad elegida para dar lugar a una categoría mucho más amplia y acaso más inasible: la juventud. En este marco, suelen confluír en los textos seleccionados a lo largo de las distintas ediciones, autores cuya carrera y estudios están recién comenzando, con otros jóvenes que ya tienen una mayor formación recorrida, quienes reciben a través del Premio un impulso adicional en su camino. Ya sean los más noveles o los más experimentados, confiamos en que este límite de 35 años es lo suficientemente amplio para dar lugar a las muchas diversidades que caben dentro de la siempre heterogénea concepción que merodea las implicancias de lo “joven”.

Desde su creación, el Premio se entrega y su edición se realiza a través del Festival Internacional de Buenos Aires –dependiente de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad– y del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas, perteneciente a la Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación de la UBA.

Nuestro compromiso conjunto y sostenido se ve materializado a lo largo de las ediciones tanto en el libro físico como en su edición digital. La circulación se ve potenciada por las traducciones: los ejemplares tienen oportunidad de ser conocidos por los invitados nacionales e internacionales del Festival y de esa manera llegan a nuevos escenarios. En la actualidad, las posibilidades de la edición digital de los premios, facilitada por ambas instituciones, está permitiendo el acceso a mayores audiencias y nuevos públicos.

Asimismo, este compromiso se ha ido acrecentando a lo largo de los años. Desde 1999 a 2019 el Premio se entregó cada dos años. En la tercera década del siglo XXI, estamos duplicando esa frecuencia. En la misma línea, desde 2017 se estrenan en el Rojas, con coproducción y en el marco del FIBA, las obras ganadoras del Primer Premio de la edición anterior.

Es por esto que celebramos la posibilidad de que la cooperación entre instituciones habilite nuevos espacios y canales de circulación de la cultura. Que esos compromisos sean sostenidos y aumentados en el tiempo es un orgullo que compartimos con nuestra comunidad.

Lic. Paula Quattrocchi
Secretaria de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación
de la Universidad de Buenos Aires.
Marzo de 2023.

INTRODUCCIÓN



Son muchas las razones por las que este premio Germán Rozenmacher a la dramaturgia es de vital importancia para un festival como el Festival Internacional de Buenos Aires. Para un evento con un perfil tan contemporáneo era fundamental un modo de comunicarse con esos autores que comienzan a desarrollar sus carreras dramáticas, con nuevas búsquedas tanto en el lenguaje como en la estructura. A lo largo de los años este premio ha destacado la tarea de quienes con el correr del tiempo se han posicionado como claros representantes de la escena argentina, en algunos casos únicamente desde la dramaturgia y en otros desde la dirección también.

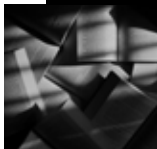
Esto que puede ser dicho desde un punto de vista artístico y conceptual, se magnifica cuando pensamos al FIBA en una alianza estratégica con un ámbito de enorme prestigio institucional como es el Centro Cultural Ricardo Rojas. Con la energía y el esfuerzo de ambos, el premio logró convertirse en un clásico de las convocatorias que en la Argentina se llevan a cabo y con un plus que se produjo debido a algunos cambios en la estructura del propio festival, que el “Rojas” acompañó con enorme generosidad. Cuando el festival se anualizó hubo que decidir si anualizar el premio también. Y en ese entonces ninguna de las dos partes puso en duda que valía la pena el esfuerzo presupuestario y también se lo anualizó al premio. Y no tan solo se hizo esto, sino que se lo amplió en cuanto a sus alcances. Al premio en sí y a la tradicional publicación trilingüe

-algo raro en el universo de la dramaturgia- se le sumó una gran posibilidad al escritor ganador: la posibilidad de ser coproducido por el Centro Cultural Ricardo Rojas y el FIBA, estrenando al año siguiente en su programación nacional. De este modo ese texto de nueva dramaturgia encontraba un formato escénico que se abre al mundo al participar de la programación nacional del festival y del MERCADO/FIBA, la plataforma a través de la que visitan Buenos Aires alrededor de 150 programadores con el objetivo de conocer a las nuevas generaciones de artistas.

El Premio Germán Rozenmacher ha contado a lo largo de sus ediciones con un enorme y prestigioso jurado, el que ha leído cada año una gran cantidad de propuestas y elegido siempre aquellas que significaban algún tipo de riesgo desde el punto de vista dramaturgico, primero, y escénico luego. Y así han resultado producciones de enorme valor que enorgullecen la cartelera porteña y, a quienes estamos involucrados desde la gestión, nos llena de orgullo.

Federico Irazábal
Director Artístico FIBA

PRIMER PREMIO



PARTIR(SE)

BELÉN GALAIN

Agradecimientos

A mis guardianas en esta travesía, Lilian y Camila.

A Paula, por acompañar la búsqueda.

A mis amigos por la confianza y el entusiasmo.

A Sasu por su escucha atenta y abrazos inmensos.

A mi familia por el sostén infinito.

A mi mamá, por regalarme metáforas de una poesía inagotable.

Especialmente a Ana Bayer, por compartir su historia con generosidad y enseñarme algo sobre la valentía y la pertinencia del deseo.

Si tuviese que fechar el primer fuego, se encendió en Faluche, una aldea gallega, el quince de junio de 2017. Pero la curiosidad apareció antes, en la infancia, con las historias natales de mi abuelo español. Gracias a ellos, los abuelos.

A quienes han partido, a quienes están partidos, a quienes están en otra parte. A todos ellos, por tender puentes para descubrir lo inacabable de la palabra partir.

Pieza para dos actrices y cinco guardianes.

“Todo esto lo encontramos en el verbo “partir”: el momento donde se mezcla la partida, la ruptura, la espera, la esperanza y la inquietud; después, la partida.”

Jean Luc Nancy

Personajes

ANA

MARLIES

Escena I | La presentación

ANA.— Todo esto comienza en alguna parte.

MARLIES.— Hay un punto de partida.

ANA.— Todo esto comienza con la partida. De un momento a otro nos fuimos, y ahí arranca la cosa.

MARLIES.— La partida, el partir, ya sea hacia alguna parte o partirse una misma. Quiero decir, la partida te parte.

ANA.— Soy bailarina.

MARLIES.— Todo punto aparte parte algo.

ANA.— La cosa es que bailo.

MARLIES.— Esta es la historia de cómo empiezo a trabajar. De un momento a otro nos vamos a Alemania, y yo empiezo a trabajar.

ANA.— La verdad es que quiero ser bailaora pero crecí en Alemania.

MARLIES.— Ahí es cuando comienzo. Me convierto en alguien repartida y hago un poco de todo.

ANA.— De chica hice teatro también, en Buenos Aires, pero eso es otra historia.

MARLIES.— Me gusta decir así, un poco de todo. Es muy útil la imprecisión. Entonces cuando me preguntan digo así y se imaginan cosas importantes.

ANA.— La historia es sobre la partida.

MARLIES.— Empieza así.

CANTAORES *cantan palabras dichas.*

Escena II | Alemania

CANTAORES *transforman la escena. ANA ingresa al estudio de danza, MARLIES viaja en tren.*

ANA.— Tenía quince años, yo llegué, con quince, sí, poquitos años, así me sentía muy jovencita -porque ahí eran todos más grandes los que estaban en la compañía- y mi mamá me llevó ahí

y dijo “sí, nosotras venimos de la Argentina y nos tuvimos que... qué sé yo” y la profesora que estaba ahí justo, hablando conmigo, dijo “¡Ah, Argentina! Yo le debo muchísimo a la Argentina. Porque yo me tuve que ir en una época, también.” Me dijo “yo le debo mucho”. Así que... inmediatamente, por ese motivo... Además, dijo “Yo sé de la calidad que tienen los estudios de danza”. Bueno, y es verdad, porque comparando con las alemanotas que estaban ahí bailando, ¿viste?

MARLIES.— Estoy sentada en un vagón de madera. Antjie me pide unas medias y al abrir la valija se cae todo por el vagón, se desparraman los bollos coloridos como bolas girando hasta los viajeros vecinos, se alejan como catástrofe de una valija mal empacada todas las medias tejidas que nos dio mi madre antes de partir. ¿Quién necesita tantas medias de lana? “La abuela piensa que soy un ciempiés, mamá”.

ANA.— Mamá... Cuando me presenté en la escuela no tenía nada mío, me faltaba mi ropa de danza, se me había perdido el bolsito.

MARLIES.— El tren avanza indómito, sin pausa.

ANA.— Entonces me dijo esta directora “No importa, ya vamos a encontrar... fijate a la vuelta, hay cosas que las chicas dejan o se olvidan, fijate, buscate algo, detrás del biombo hay un baúl”. Y yo me acuerdo que me puse un body celeste, feo, feo, feo, grande, todo así medio... se ve que lo habían tirado... un celeste medio gris, muy, muy grande.

MARLIES.— Miro el reloj. Marca las once de la mañana, once y tres minutos. El sol brilla y derrite la nieve al costado de las vías del tren. Nunca había visto nieve, menos aún había imaginado cómo gotea cuando se derrite. Cómo se disuelve sobre el metal de la vía.

ANA.— Encontré unas de estas ¿cómo se decía? zapatillitas feas. Me acuerdo de todo eso feo, enorme... entro ahí, y estaba ella, y todos... y yo...

MARLIES.— Es invierno y hace mucho frío. Cuando el tren ingresa en la ciudad nos envuelve un olor a carbón muy preñado, la ventanilla está abierta apenas, entra solo un hilito de ese aire. De todos modos el olor se filtra. El pelo, la ropa, el tapado, ahora todo

huele a humo. Entonces veo los colores. Más que el olor, en mí, los lugares son colores. Veo las casas todavía viejas, el muro. Todo eso... presente.

ANA.— Todo grande, en mí, alrededor. Nadie de mi tamaño se había olvidado nada.

MARLIES.— (*Se baja del tren*) Entonces llegamos, “noc-noc” (*todos aplauden*) “quiero una pieza”. “Sí, una pieza para una señora y su hija. Sí, una pieza. Tengo pocas cosas, no, pero no soy terrorista.”

ANA.— (*Se esconde detrás de MARLIES*). Tenía medio vergüenza también, me sentía muy incómoda, cómo decirle eso a la profesora. Decía, ahora me va a hacer preguntas y yo no sé decir.

MARLIES.— Entonces nada (*indicándole a ANA*), cara de penita, ninguna pieza, y a seguir. Nos gastamos la última monedita en un café que nos llevó hasta Inge. Nuestra diosa salvadora de aquellos días. Estamos tomando café mientras busco en el diario. Entonces, estoy buscando y se acerca ella -una chica muy jovencita- y empezamos a hablar “de dónde vienen/ ¿no sabe de algún lugar por acá cerca donde se pueda dormir/ bueno, acá arriba hay unos cuartos que nos da la propietaria del café donde podemos dormir los empleados y justamente hay un cuartito muy chiquito, hay uno libre/ Ah, bueno. Entonces vamos a hablar con la propietaria.” La propietaria está en el fondo del café, sentada en un sillón, se la ve como haciendo cuentas en su cuaderno. Tiene uno de esos cuadernos forrados de tela que lleva la gente que escribe cosas importantes. Unos de esos cuadernos que están muy cubiertos, de esos que no conocés la tapa. Me acerco un poco y espero que me mire como para no interrumpirla. Me acerco un poco más y pongo cara de permiso. Me acerco otro poco y sonrío. Al fin me mira y me pregunta en qué me puede ayudar. Arranca todo de nuevo: “De dónde vienen/ qué están haciendo en este pueblo/ así que son usted y su hija/ tienen maletas/ y su marido dónde está/ de dónde vienen exactamente...” Intento responderle con ambigüedad, es muy útil la imprecisión cuando no sabés qué piensa el otro de todas esas cosas. Al rato me mira, hace una pausa, y dice “por supuesto que pueden quedarse”. (*MARLIES ingresa a la habitación*) Cuando

amanezco al día siguiente, me pasa eso que dicen, lo leí en algún lado, eso de que llega el cuerpo antes que el alma. Me olvidé por un momento que estaba en otro lado. Miré por la ventana y me asusté: todo era una sola ruina.

ANA.— Me aceptaron. Fui parte de la compañía. Estaba prácticamente ahí. Oyente. Curioso ¿no? Un ente que oye. En verdad fui asistente, así se llama.

MARLIES.— *(Al mismo tiempo que ANA)* Soy un ente que mira.

ANA.— Era interesante. No bailaba pero escuchaba, observaba. ¡Qué impresionante! Asistía a la profesora y aprendía cómo trabajaba.

MARLIES.— La cosa es que aprendo a coser y me hago unas cortinas. Siempre fui práctica, muy práctica. Antes mi objeto preferido era la máquina, la de escribir. Soy dactilógrafa. Porque soy traductora. Entonces aprendí y soy las dos cosas. Pero estando acá me descubrí práctica con las manualidades. Me gusta esto de hacer muchas cosas con las manos. Cuando llegamos, en la habitación casi no había nada: dos colchoncitos, nuestras valijas con medias y poco más, y una máquina destartada guardada acá, o más bien arrojada, como si alguien la hubiese pateado hasta el rincón. Este lugar debía ser un depósito de cosas que nadie usa pero tampoco nadie se atreve a tirar. En nuestra casa de Martínez teníamos un espacio para eso también, un cuartito al fondo en el patio para resguardar recuerdos inútiles. Es curiosa la cantidad de cosas que una guarda sin ningún propósito. La cuestión es que esa Singer me estaba esperando y yo le di el gusto de volver a la actividad. En Argentina no era muy de la costura y esas cosas de la mano, no había tiempo. Pero acá en esta pausa de ojos suspendidos en una ventana me di cuenta que algo de arreglar las cosas sabía. Me encantan los objetos y entiendo por qué no la tiraron, pero nunca antes había intentado arreglar algo. Mi abuelo era muy de arreglar objetos, antes era natural eso de hacer perdurar las cosas en el tiempo y creo que viene de ahí la cosa. Hace tanto frío, se viene Navidad. La Navidad puede ser muy helada, no lo sabía. La cuestión es que me animo a coser y bueno, se me da bien esto de los vestidos tiroleses.

ANA.— Después al rato me cansé, quería hacer otra cosa y me fui. Abandoné el salón enorme, la incomodidad. Me metí en otra institución muy conocida, una de las primeras que hacía otras cosas muy modernas. Se especializaban en todas estas cosas nuevas. Y empecé a bailar distinto.

MARLIES.— Este lugar queda en un pueblito en medio de una zona muy industrial. Cuando vos llegás, uno siempre escucha de esta zona industrial, donde hay carbón y fábricas y todo eso. Te imaginás fábricas, gris; por eso, cuando llegamos a este lugar y era todo verde... un lago, no, un río, o un lago, no me acuerdo. Un lago, con forma de río, un “lago río” con todo verde alrededor y en medio esta escuela, ya eso es raro para mí, ver esta cosa por fuera de las ruinas. Pero bueno, muy lindo. Y hay una escuela. Primero la escuela, y después bueno, el resto... Creo que conté mal. Primero la escuela y después el café. Después la pieza, la máquina, después todo eso. Primero la escuela.

ANA.— Tendría que haber hecho al revés.

MARLIES.— Tenemos nuestras valijas y nada más. En las valijas llevás los vestidos, no llevás sábanas, toallas, ollas y todo eso que te sirve para vivir. Entonces la gente nos mira raro porque estamos solamente con la valija pero no somos turistas, no es una mudanza pero tampoco estamos de paso. Y de eso sospechan.

ANA.— Primero las coreografías, aprenderlas, aprender toda esa disciplina. El hambre que requiere el ballet. Aguantar. Aguantar el deseo. Aguantar el hambre, la angustia, la frustración. Permanecer en la escuela y pasar de oyente a bailarina, ser parte en la compañía del cuerpo que danza.

MARLIES.— Los domingos me gusta salir a caminar, es una costumbre de siempre. Cuando llegamos fue un poco raro eso, pasear. Hay un grupo de señoras que se juntan siempre en el mismo banco y cada tanto cruzan alguna palabra en medio de ese gran silencio que es este lugar tan gris. Cuando paso por delante de ellas las saludo con un gesto simple, sin abrir la boca para que no se escuche mi acento extranjero. Hasta me hice un saquito muy parecido a los que ellas usan. Igual comentan. No me corresponden

la mirada de frente, cuchichean, entre ellas, a mí ni una palabra, todos los domingos lo mismo, como si no me diese cuenta. No domino muy bien el acento pero entiendo todo, sé leer muy bien las miradas, esos ojos de ruinas. Es muy raro pasear cuando te están mirando así, como si portaras una... o andá a saber qué horrores se les ocurre al verme pasar.

ANA.— Aguantar el hambre, pasar a lo moderno. O cansarme antes, abandonar la dieta e irme a otra parte donde pueda existir. Cuando me fui de Argentina y me despedí de mi profesora de danza me dijo que comiera dulce de leche antes de irme. Que aproveche porque en ningún lugar se come como en Buenos Aires. ¡Que aproveche! Que aproveche antes de irme. Así me dijo. Un hambre tenía esa mujer. Ahora lo entiendo como una advertencia, un adelanto sutil.

MARLIES.— Se deben acordar despiadadamente de mi llegada, con las valijas tocando puertas sin nada más que acarrear. Es curioso porque yo soy muy de guardar cosas, muy de los objetos. Para mí los objetos dicen... te cuentan historias ¿cierto? Bueno, no tengo historias. Tengo, sí, claro que sí, pero no tengo objetos y de eso sospechan. Deben pensar “quién es esta mujer que abandonó todas sus cosas, oculta algo”, porque nadie se deshace de lo bueno, nadie abandona sus cosas si se trata de recuerdos dignos. Deben pensar que escondo una culpa, un error, un secreto. ¿Pero cómo explicarle el exilio a esta gente que no se anima a mirarme de frente?

ANA.— ¿Dónde estaba? En que me cansé, sí. Yo quería ser bailaora ¿alguna vez vieron a esas tipas bailar? Esa gente come y goza. No tienen nada que ver con esta prohibición clásica. Pero como la española me quedaba lejos me puse a bailar con los modernos, me molesta menos su disciplina, es un poco más libre. Irse es una oportunidad para cambiar de aspecto, eso lo aprendí de mamá. No supe que me estaba yendo de Buenos Aires hasta un tiempo después que llegué. Estaba en un lugar que olía distinto, donde se usaban otros ritmos y horarios, sin mi bolso, con la mitad del idioma, sin saber qué historia contar a los demás y a mí misma. Mamá lo tenía más

claro pero a mí me llevó tiempo entender qué estaba pasando. MARLIES.— Cuando no tenés nada querés tener dignidad, que te miren como es debido, como te miraron toda la vida cuando estabas en tu casa de siempre.

ANA.— (*Arma el espacio del barco*) Empezó en el barco hacia Alemania, me parece, toda esta confusión. Era así de esos barcos de pasajeros donde vas a la pileta, mucha aventura ¿no? Los primeros días del viaje la pileta estaba caliente por el sol y era muy divertido pasarse el día ahí, observando ese infinito del mar y del cielo, sentir el agua y bailar todo eso que sentía. Me instalé ahí como para intentar no pensar, no charlar, nadie hacía preguntas era muy fácil. Jugaba con los marineros que tomaban todo el tiempo. Es distinto bailar con las olas. Con los marineros... bueno. La última semana empezó a hacer frío, nos estábamos acercando a Europa. Y después esa cosa impresionante de conocer ¿no? Es un suspenso.

MARLIES.— Para evitar la desconfianza o el desprecio me preocupé en mantenerme ocupada y resolver. Empecé por hacer una lista de lo que tenemos y lo que no tenemos. Lo que no tenemos lo tenemos que resolver con lo que sí tenemos. Así es como aprendo a hacer un poco de todo. Los objetos van a ir llegando después, con el tiempo. Lo primero fue esto, arreglar la máquina de coser, los cortes de tela que se consiguen a buen precio, y luego la producción. Eso sí que ocupa espacio. Hay días que mi hija se hace la nena y arma una carpa gigante uniendo todos los retazos de tela. Para conseguir lo que no tenemos tengo que salir a vender mis producciones, eso no es problema porque Antjie se la pasa todo el día practicando sus coreografías en la habitación. A veces siento que no se da cuenta de que me voy. La cuestión es que algunas noches cuando llego me encuentro con ese campamento tremendo. Y a mí un poco me gusta, los días que hay ventas son un triunfo y dan ganas de festejar. Me gusta abrir la puerta y sentir ese calor del juego y el hogar cuando estamos tan lejos armando una ficción que andá a saber qué cosa resulta. Cuando estamos en ese picnic nocturno entre los retazos de los vestidos tiroleses disfrutamos mucho. A mí no se me dan bien las historias de ficción pero ella quiere que le cuente

cualquier anécdota. El que cuenta mejor es su papá, yo soy mejor traduciendo, pero bueno, él se quedó allá adentro de un pozo.

ANA.— Los grandes son los que eligen. Yo no elegíirme a Alemania, no me preguntaron. En mi casa no se hablaba de política. Se vivía, pero no se hablaba.

MARLIES.— (*Va hacia el barco, junto a ANA*) Esa mañana sonó el teléfono muy temprano: “tienen 24 horas para desaparecer, antes de que... bueno, los des... ¿me entienden?”. De un momento a otro desarmamos la casa. Pero él, bueno, quería ver qué pasaba.

ANA.— No se hablaba. Yo tuve que ir buscando para entender qué estaba pasando. Es algo que de a poquito va creciendo. Hay que tener esa intuición ¿no? La de “se viene algo”.

MARLIES.— La cosa en esa época estaba muy marcada, si no estabas adentro, tenías que estar totalmente afuera. Por eso nos vinimos para acá. Apenas Antjie volvió de la clase de ballet le pedí que guardara rápido lo más importante en un bolsito. Ella me miró con esa cara que pone cuando algo le da curiosidad pero no preguntó nada, fue muy colaborativa y lo hizo rápido. Para mí la cosa estaba clara, pero él estaba empeinado en estar adentro-afuera. Quería seguir escribiendo desde la proximidad, escondido, con todo ese peligro de la cercanía. No es fácil estar en mi lugar.

ANA.— Entonces nos fuimos, yo no elegí. Como de un momento a otro...

MARLIES.— Si bien yo no tenía gran simpatía por cierto sector, me daba cuenta quiénes eran los que estaban perdiendo.

ANA.— Volvía del ensayo en el colectivo mirando con nostalgia las cosas. Yo sabía que algo estaba pasando aunque no se hablara. Me daba cuenta que se venía algo, pero no preguntaba. Había un clima en casa. Todo fue apurado, demasiado apresurado “lo más importante acá, en el bolsito, el resto dejalo”. Hasta ese momento no tenía bien definido qué era lo más importante para mí, qué era lo elegido, lo imprescindible. Qué debía llevar. No sabía qué debía llevar porque no sabía a dónde me estaban llevando. No había cuándo, no había noción de tiempo, de partida, de regreso. Entonces guardé mis zapatillitas ¿mamá cómo se decía?

MARLIES.— Badanas, sí, llevalas.

ANA.— Sí, las guardé. Mi body rosa también, el traje de lentejuelas de la última muestra de danza, una foto en el patio de la tía Nora, el collar de amistad que hicimos con Loli, un cuaderno donde pegué un mechón de Katinka, mi perrita; y el recuerdo de mi primer beso: el envoltorio de un Sugus naranja, su preferido. Quería saber a dónde íbamos pero no había tiempo para preguntas, mis papás tampoco estaban de ánimo para explicarme qué estaba pasando. Un poco también no sabía cómo preguntar.

MARLIES.— Estábamos perdiendo y debíamos partir.

ANA.— ¿Conocés ese momento?...

MARLIES.— No dudé.

ANA.— Cuando te da miedo la respuesta.

MARLIES.— Teníamos el problema del perro. Detalles importantes.

ANA.— No me animé a preguntar. Pero de verdad, no entiendo por qué no trajimos a Katinka.

MARLIES.— Así que lo dejamos.

ANA.— ¿Tendría que haber insistido? No entiendo. Si en el barco había animales.

MARLIES.— Así fue que viajamos en barco rumbo a Alemania. Un buque como de carga, uno de los últimos barcos de pasajeros. Tres semanas en alta mar.

ANA.— Katinka se hubiese llevado tan bien con los elefantes. Hubiese sido una gran compañera a bordo.

MARLIES.— De los veintiséis pasajeros, la mitad son miembros del Circo, viajan con sus elefantes para dar espectáculos. Es un viaje muy alegre. Los demás están alegres, en el día discuten asuntos sobre el mar, los viajes, lo dicotómico entre lo humano y lo animal, beben y nadan en la pileta.

ANA.— ¿Con quién se quedó Katinka?

MARLIES.— Hay un muchacho muy bajito, de aspecto muy gracioso, siempre con sombrero que alimenta a los elefantes haciendo trucos, uno tras otro, pega un grito muy grave y los elefantes levantan la trompa: “aeceeeeo”. Comen más que cualquier

pasajero. Yo no me siento muy bien, prefiero no participar de los encuentros sociales y la pileta, toda la situación me preocupa. Creo que Antjie disfruta mucho de este viaje como todos los que hacen por primera vez un viaje en barco tan largo.

ANA.— Los adultos entendían más la cosa, yo veía que mi mamá y mis tías se llamaban todo el tiempo, pero a mí no me contaban. Yo siempre hice danza, desde chiquita me gustó lo de bailarina. En ballet no se hablaba, con mis amigas solo hacíamos prácticas. Entonces la danza me limitaba un poco, así, esa búsqueda. Por otro lado, me salvó la vida. No necesitás el idioma. Pude retomar enseguida. En cambio mi viejo... bueno. Esta es la parte linda. (*Pide música. Va hacia la habitación de Alemania*). Un día... Papá... vuelve. (*Disfruta la presentación musical*). Un día vuelve, o llega. Vuelve a mí, a nosotras quiero decir, bueno. Él viene a Alemania, y... ¡Qué viejo rebelde, por favor!

MARLIES.— Primero vinimos nosotras. Mucho después mi marido, le tomó tiempo y peligro comprender que debía partir. Para él no es fácil encontrar un trabajo alemán. Hasta cambió su estética para tener más chances.

ANA.— Lo ayudé a cortarse la barba, tenía una pinta gitana el viejo.

MARLIES.— Le hice unos arreglos a su ropa para que encajara mejor. Apareció en el pueblo, de un momento a otro se subió a un avión. Él acá sufre muchísimo, yo también sufrí, pero me regenero pronto. No fue siempre así para mí. Antes pensaba imposible ir a trabajar. En nuestra casa de Argentina hacíamos muchas reuniones, nos visitaba la gente más interesante del país y se discutían ideas apasionadas sobre la actualidad y la política.

ANA.— Mi papá, que la herramienta de él es el idioma, estuvo mucho tiempo parado.

MARLIES.— Una vez, en una de estas reuniones, una mujer emancipada me preguntó por qué no dejaba a Antjie al cuidado de una chica. “Marlies hay opciones ¿sabés? Yo también soy madre, tengo tres hijos y estoy tranquila sentada en esta mesa”. Imagínense mi reacción. No era el modelo de vida que yo hubiera querido

seguir, yo ir a trabajar y mi nena al cuidado de una señora.

ANA.— Él escribe. Pero no como mamá, él hace historias. Es historiador y escribe historias bien interesantes, siempre tiene la cabeza llena de ideas y planes.

MARLIES.— Antje de chiquitita me dijo que lo más lindo cuando volvía del ballet era ver, ya desde afuera, la merienda sobre la mesa del comedor. La danza es muy estricta y desde chiquita tenía que cuidarla con la comida, pero algunas veces para la merienda le preparaba algo especial. Creo que empecé al revés. Hubo otro antes. El antes, antes, antes. El antes de él.

ANA.— Mi mamá hacía sus traducciones. Tenía algo especial para transmitir las historias de la familia. Apenas llegamos, me acuerdo, algunas noches me acurrucaba entre sus telas tirolesas y me contaba alguna historia de sus padres para entretenerme mientras cosía, tenía una gracia, un humor para la tragedia. Lo que quiero decir es que un día el viejo llegó y ahí arrancó la cosa. Imberbe y todo no sabía qué hacer, no conseguía. Y ¡madre mía! qué cabrón, no iba a agarrar cualquier cosa como hacía mamá.

MARLIES.— Siempre me las tuve que arreglar sola, pero mi curiosidad por conocer el mundo era grande.

ANA.— Salíamos a caminar buscando alguna excusa, una inspiración. Descubríamos la ciudad juntos y nos sorprendíamos todo el tiempo. “Ana vamos para allá ¿Ves eso? Ahí hay una historia”. Y era así, siempre había alguna ruina, alguna sorpresa, una huella de todo eso gris que aparecía y lo hacía escribir.

MARLIES.— Anhelaba esa sensación de asombro.

ANA.— La cosa es que el viejo no conseguía. Trabajaba como loco escribiendo todo el día, caminaba mucho y recolectaba historias interesantes pero a nadie le importaban, nadie lee en español y mamá estaba muy ocupada en conseguir dinero como para ayudarlo a traducir todo eso.

MARLIES.— Lo había visto en las películas y estaba enardecida por conocer ese misterio.

ANA.— Un desperdicio. Quiero decir, no es que se haya estado desperdiciando. Claro que no. Pero lo miraba, observaba todo ese

esfuerzo, y para qué, ¿no? Qué hacer con todas esas ideas que no se pueden decir. Qué hacer con tu nombre si está en una lista negra. Tanto esfuerzo. ¿Para qué, papá?

MARLIES.— Un día me decidí.

ANA.— Entonces arrancó por ahí. Por conquistar los derechos desde el exilio. Siempre con tantos planes, y unas ideas tan delirantes que con mamá no podíamos creer cuando los demás lo seguían. La cosa es que unas señoras con ideas tan locas como él estaban en Argentina dándole vueltas a la plaza. Se agrupan, ¿no? con mi mamá nos mirábamos cómplices, decíamos, y sí, se agrupan. Los intrépidos se agrupan y te hacen la gran revolución.

MARLIES.— Me decidí. Me inscribo en la Escuela de Periodismo para un curso de traductora.

ANA.— Hacer tanto quilombo anarco océano mediante. “Hay que ser libres, Ana”. ¡Qué viejo rebelde!

MARLIES.— En ese entonces trabajaba en el negocio familiar, estaba a punto de morir de hastío. Para amenizar el trabajo en la ferretería empecé a visitar cursos nocturnos. De pronto pude aprender cosas que me fascinaban: literatura, historia del arte, latín, gramática. Me encontré en la Universidad con otro montón de entusiastas nocturnos que trabajaban haciendo cosas aburridísimas durante el día. Teníamos tantas ganas que el mundo nos quedaba chico.

ANA.— Los rebeldes... bueno. Conocí a otros, también. Es complejo, ¿no? llevar esa vida anarquista, digo yo. Toda esa adrenalina, esa cosa fugitiva. ¡Madre mía! Por poco no fui parte. Pero eso es otra historia.

MARLIES.— Cierta sábado íbamos a ir a la ópera con mis amigos, empezaba tarde y teníamos que hacer tiempo. En la Universidad había una disertación sobre Wagner y nos pareció un buen plan quedarnos para ocupar las horas restantes. Estaba por comenzar cuando pasó sigiloso y seductor, caminando concentrado, un chico hermoso con mirada decidida. Quedé atrapada viéndolo caminar delante mío por el pasillo. A los pocos minutos ingresamos al auditorio y ahí estaba él, sin escrúpulos, parado frente a todo ese

público argumentando de una manera que quedé maravillada.

ANA.— Tantas historias. El exilio es eso, ¿no? historias y preguntas.

MARLIES.— Aprendí mucho del coraje con él, pero yo tenía otros métodos.

ANA.— Entonces crecí y busqué un trabajo. Ya lo intuía. A nadie le importa la danza teatro. A nadie le importa el ballet. A mí tampoco me importaba tanto, ya.

MARLIES.— Hay que tener coraje y mucha impertinencia para hacer todo eso ¿cierto?

ANA.— Me hubiese gustado sentirme optimista pero no soy mi mamá.

MARLIES.— Hace falta valentía.

ANA.— Es estúpido que a nadie le importe la danza. Por un breve momento emerge en mí, clarísimo, estas dos vías, no queda otra que elegir: Nihilismo o partida. Adivinen qué elijo.

Escena III | España

MARLIES *se queda en Alemania, ANA se prepara para la nueva partida.*

ANA *se apropia de las cosas de partida de MARLIES, se lleva la valija y sus pequeños tesoros.*

MARLIES.— ¿Dónde estaba? El exilio, sí. Te parte. La parte de mí que se regeneró aprendió nuevos trabajos. Toda esa novedad te mueve.

ANA.— Estaba ante un nuevo punto de partida. Quería viajar por ir, ya no por fuga. Solo por ir.

MARLIES.— Años después los golpes se amansan y mi marido se va. Partir, volver. Yo se lo había advertido. Irse es tomarse un tren sin vueltas, aunque vuelvas.

ANA.— Primero la casa, después el trabajo. Un amigo me ofreció un lugar y me advirtió “si te animás a vivir ahí, podés quedarte lo que quieras”. “Por supuesto que me animo”. Hay algo de partir todo el tiempo que te va amansando el temor.

En la aventura, descubrir, en esos sentimientos encuentro mi *Heimat*.

MARLIES.— “Marlies, ¿viste el diario? podemos volver. Se terminó, todo eso se acabó, podemos irnos ya mismo”. No. Yo me quedo, no tengo ganas de seguir corriendo, empezar de nuevo. Yo me quedo. Es una pena verlo partir, separarnos, volver a experimentar la sensación de lejanía. Pero no. No logra persuadirme. Yo me quedo. De algún modo pienso que él no llegó nunca, su cuerpo quedó estancado en otro territorio pero yo sí logré instalarme en este pueblo y construirme de nuevo. Hay fragmentos de una que quedan en el camino, y yo seguí, esas partes quedaron atrás. Yo me quedo. “¿Volver a dónde?” le pregunto. Ese dónde ya no existe para mí. Esa mujer que fui no está, la partida me partió y cambié de piel, no se pueden recuperar las partículas que se desprenden de la piel/el cuero/el pellejo. Observar a Ana me hizo reflexionar sobre todo esto del cuerpo y el partir. Todo ese pasado es polvo, no está más. Mi casa de antes no existe más. Mi hija no está más allá. Yo me quedo. Además me gusta mucho mi versión alemana. Yo soy esto, soy acá, no me muevo. Yo me quedo. Lo despido con un abrazo infinito, siento su corazón latir. Nos miramos y reconozco su boca llena de palabras pero no dice nada, yo tampoco. Es una partida inefable.

ANA.— Es una palabra muy linda de difícil traducción. ¿Mamá, cómo se decía *Heimat* en español?

MARLIES.— ¿Ana, y ahora a dónde?

ANA.— A veces se empieza por ir a buscar dónde te sentís cómoda con la palabra.

MARLIES.— Hay algo en este lugar que huele a mí. O yo huelo como el lugar. La cuestión es que el olor que siento acá, por todas partes, acá, lo siento propio. Y es otra razón suficiente para quedarme.

ANA.— Es una intuición, no sé. A veces la intuición se mezcla con el deseo. Es una misma cosa vibrante en el pecho que te dice sí, andá. Bueno. Necesito encontrar a mi tribu. (ANA *se despide. Se prepara para un nuevo partir*).

MARLIES.— Hay algo de estar en un solo lado que me hace olvidar que sigo partiéndome, aunque los otros aún partan. La partida, el ver partir te parte pero de otro modo ¿cierto?

ANA.— Partir. Ir hacia adelante. Partir y llegar. Llegar y sentirse partida. Otra vez las preguntas. Otra vez buscar dónde, cuándo y con quién. Me van a hacer preguntas, ¿serán en español? Esta vez sé mejor decir.

MARLIES.— Mi marido se volvió, partió, de nuevo. Yo me quedo. Cuando empezábamos a volver juntos de la Universidad tenía este mismo sentimiento. Salíamos de la clase y caminábamos juntos hasta la plaza donde él tomaba el colectivo. Yo me quedaba en la parada viéndolo irse y él me miraba desde la ventanilla haciendo morisquetas, siempre divertido su partir. Apenas nos despedíamos lo estaba extrañando. Lo recuerdo como una miniatura de todo esto. ¿Viste esos juguetes que tenés que espiar así con el ojo y adentro se ve una imagen capturada? Suelen poner fotos alegres pero a mí siempre me resulta muy nostálgico. Ese momento lo recuerdo así, lo veo clarísimo, como un anticipo de todo lo que iba a pasar. Él partiendo a gusto y yo esperando volverlo a ver.

ANA.— Me preparo.

MARLIES.— Cuando caminábamos hasta la plaza siempre pasábamos por un lugar que se llamaba “Antjie” y nos prometimos que si alguna vez tuviéramos una hija se llamaría así.

ANA.— Hola, soy Ana.

MARLIES.— “Antjie” con jota. Elegante, ¿cierto?

ANA.— De chica me decían Antjie. En verdad siempre lo pronunciaban mal y me cansé de que me llamen cualquier cosa. Llegué a mi casa y lo anuncié. Soy Ana. Se acabó. Simple, fácil de traducir, útil y sencillo. Ana... Ana, Hanna, Ann, Annie, Annette, Annina, Anita.

MARLIES.— Las promesas, bueno. Las hemos cumplido. Después lo otro, seguimos buscando.

ANA.— Mi nombre es Ana. Soy de... bueno. Soy argentina, y alemana, con ganas de ser bailora y quedarme en España. En tránsito no. Estoy acá. ¿Cómo lo anoto?

MARLIES.— Cuando conocí a mi marido era la época en la que más me gustaba Chopin, no me interesaba mucho Wagner pero tenía una manera de hablar que me convencía. Siempre fue muy convincente. Es muy útil dominar esa ley, la de persuadir al otro.

ANA.— Llegar y desarmar la valija. Acomodar las fotos para armar mi propio hogar. En verdad tengo solo una y la llevo siempre conmigo. Esta imagen fue mi refugio.

MARLIES.— A mí se me dan mejor las cosas prácticas, no tanto la oratoria. Pero es lindo oír ficción. Hay algo de todo eso que te envuelve, ¿cierto?

ANA.— Partir y sentir el asombro. Nuevamente el suspenso.

MARLIES.— Este momento de soledad tan profunda me es muy útil para retomar mis anteriores pasiones. Recordar ¿cierto? Recorrer las antiguas direcciones del tiempo y mirar.

ANA.— ¿Vos tenés uno? Un refugio, o una foto, o algo que llevas siempre con vos. ¿Tenés?

MARLIES.— Cuando miro para atrás recuerdo cosas muy lindas.

ANA.— No tenía idea de como armar un hogar. No sabía tampoco si quería todo eso que se supone que hay que querer. No tenía cosas, no tenía esas cosas que suponen un completo refugio, uno de verdad. No había olor a galletas ni nada dulce en el ambiente, no había pava caliente sobre la hornalla, no había ni pava ni hornalla. No tenía nada, pero tenía unas ganas. Unas ganas de todo esto que está por pasar. Ahora soy grande y elijo yo. Puedo partir y puedo volver. No hay cuándo, pero sí opción.

MARLIES.— Hacer cursos es muy lindo también. No cesan mis ganas de conocer. Los años me alientan a seguir ese camino. Creo que voy a ser así para siempre. Lo que se es, no cambia ¿cierto?

ANA (*A gritos por la ventana*).— Quiero ir a un tablado. (*Para sí misma*) ¿Se dirá así?

MARLIES.— Estoy casi segura que la unidad es posible.

ANA.— No sé algunas palabras pero sé muy bien de qué tengo ganas.

MARLIES.— Hay algo más antiguo que mi recuerdo que no puede partirse.

ANA.— Parto y soy esto. Algo partido que encuentra su *Heimat* en partirse y partirse y partir. ¿Me entienden? No sé como traducirlo. En cierto punto. Quiero decir. Voy aprendiendo que empezar por la partida es un buen punto de... ¿partida? me enredé un poco. Qué bueno sería un sinónimo ¿cómo se dice? Quiero decir. Hay veces que una se siente así cómo... como en este estadio medio ¿no? Como este estar entre una parte y la otra ¿no?

MARLIES.— La unidad de mí misma. Porque hay algo que se mantiene en todo esto de ir y venir, no sé cómo argumentarlo, las ficciones no son lo mío pero estoy segura de eso, de la unidad. De esta cosa de ser una y muchas al mismo tiempo.

ANA.— Solo quien se ha partido una y mil veces podría entenderme o ayudarme a traducir todos estos pensamientos.

MARLIES.— Es divertido también. Siempre ando en esta búsqueda entusiasta, y hacer cursos es muy útil.

ANA.— ¿Dónde estaba? Ah sí, Málaga, me vine para acá. Llego y arrancan las preguntas, las definiciones, las nuevas búsquedas. Es difícil contar en un idioma recuerdos de otra lengua. Es algo de andar y desandar, lleva tiempo.

MARLIES.— Yo me quedo.

ANA.— Sé contar mejor con el cuerpo.

MARLIES.— Todo va muy bien. Yo me quedo.

ANA.— ¿Qué harías si te dieras cuenta que todo lo que está frente tuyo es un abismo sin traducción?

MARLIES.— Cuando encontrás tu propio centro es mejor quedarse. Yo me quedo.

ANA.— Un lugar específico en el tiempo y espacio dónde pareciera que todo está por desbordarse y vos estás por caer.

MARLIES.— Ese centro digamos el equilibrio.

ANA.— A eso me refiero con abismo. Esa sensación de umbral oscuro, que... No sé cómo se dice.

MARLIES.— El equilibrio entre las partes.

ANA.— El segundo salto es más artístico, podría decir. Si el primero fue un asombro sin conciencia el segundo viene con carrera. Con fuerza de revancha.

MARLIES.— Eso que me gusta llamar la unidad.

ANA (*Sentada en la ventana de la casa*).— No es que quiera armar batalla contra alguien, o no es eso ahora lo que intento decir. Quiero regalarme el momento de saltar.

MARLIES.— Después lo otro muy lindo es descubrir la multiplicidad de la unidad.

ANA.— Un salto a paso largo. Tal vez revancha también.

MARLIES.— Se puede ser una mil veces. Quiero decir, se puede ser la misma de muchas maneras... Y después todo eso otro de vivir, ¿cierto?

ANA.— Una revancha que se baile a sí misma y se mueva para encontrar y contar y decirse.

MARLIES.— Esas formas locas que la gente usa. Esos modos tan exuberantes o extranjeros.

ANA.— Hay partidas que urgen. Existen otras necesarias. De supervivencia. Y hay otras que son muy... esto de... quiero decir... ¿cómo se decía? Esto que... Esto que no se puede, esto que no se puede decir.

MARLIES.— Es muy lindo ¿cierto? Cuando te volvés extranjera y propiamente exuberante a la vez.

ANA.— Me comprenden ¿no? Esto que te pasa acá. Esto que se siente así, como. Bueno, la cosa es que me pasó esto y partí o salté o todo junto y ahí la cosa arrancó otra vez.

MARLIES.— Hay algo de eso que me centra. En mí. A mi modo. Fui construyendo un método. Pero eso no es lo importante. Eso del exilio debe ser lo que interesa, ¿no?

ANA.— (*Bailando tango*) Nombre, domicilio, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, quiénes son tus padres, dónde viven, por qué estás acá. Nombres por favor. Direcciones. Nombres de nuevo. Quiénes son ellos. Qué hacen. Y antes. Qué hacían antes. Por qué se fueron. Por qué acá. Por qué hablás con este acento. De dónde exactamente. Cómo llegaste. En qué fecha llegaste. Pero de qué parte. Pero por qué tantas partes. Para qué partir tanto. Para qué y por qué y para qué, y yo qué sé, yo bailo. (*Pausa*).

MARLIES.— Genera inquietud el movimiento, natural.

ANA.— Yo bailo.

MARLIES.— Antes de partir, abría mi ventana y pensaba que el mundo era eso.

ANA.— Yo bailo. Soy bailarina y vengo a bailar.

MARLIES.— ¿Pero cuántas maneras, no?

ANA.— Si, sé bailar de muchas maneras.

MARLIES.— Ahí está eso de lo único y múltiple. Esa misma ventana por la cual podés ver la vida muy distinta.

ANA.— Pero quiero aprender otra cosa. (*A los vecinos, desde la ventana*) ¿Dónde las tablas?

MARLIES.— Ahí está mi definición. Partir es cambiar lo que mirás por la ventana. Sos vos la que mira. Una parte te pertenece y otra recibe la novedad.

ANA.— ¿Tablao? Así sin D. Bien, saber decir es un comienzo.

MARLIES.— Cuántas maneras de vivir. Por ejemplo Inge, desde su ventana puede ver a Charles, un día le toqué muy tarde la puerta y descubrí su ritual. Tienen la costumbre de levantar cada uno su cortina y saludarse con la mano a las diez en punto antes de irse a dormir.

ANA.— Ahí, llévenme ahí. O mejor, dígame cómo llego.

MARLIES.— El exilio es lo que interesa, sí, pero la primera partida fue en la infancia. Ese cambio de ventana fue desde adentro. No me llevaron a ningún lado, partí hacia algo nuevo en mí. La multiplicidad de la unidad ¿cierto? Esa es la partida que da inicio a todo. La partida que inaugura toda esta cosa de tanto partir, la primera sensación de estar partida y conservar una parte.

ANA.— En la puerta del tablao hay un grupo de gente muy alunada, muy volada. Los miro de lejos como para tomar carrera y lanzarme, qué nervios todo esto otra vez del llegar y presentarse. Parados así parecen guardianes. Son enormes, y no por su tamaño sino por su mirada, tienen la frente alta y el pecho inflado. Miran para todos lados sin temor, como esperando algo, con mirada intensa para todos lados ¿qué esperan? (*a tiempo con los CANTAORES*) “¡Hala guapa, acercate, que no pasa ná!” (*continúa ANA*) me gritan de lejos... Bueno, voy.

MARLIES.— Tengo infinidad de ventanas en mi memoria, la casa de veraneo con su paisaje salado, mi cocina de Martínez donde veía los pinitos del patio, el ventanal del living de mi hermano donde nos sentábamos a leer y tomar el té tranquilos. Todo esto de vivir una vida que son muchas ¿cierto? Es como la ropa. Yo soy yo pero aparento ser distinta. Tengo una gran pasión por los guantes, hay algo en las prendas que la ayudan mucho, a una, a reinventarse.

ANA.— Hola mamá, soy Ana, bailo en un escenario llamado tablao. Si mamá, se dice así, loco ¿no? Parece que no les gustan las D.

MARLIES.— Es muy difícil dominar la técnica del guante. Si les contara la diversidad de manos que he medido. Es impresionante. Todo un mundo ese de los dedos y las palmas.

ANA.— Me encontré con unos rebeldes de las letras, y no sabés. Qué gente impresionante. A papá le encantaría esto, muy creativo. Estaría palmeando a lo loco esta ausencia de D. ¿Cómo van los guantes mamá?

MARLIES.— Y todo eso de tocar con otra piel, ¿cierto? La memoria de la mano es algo que... yo soy más de los colores, pero la mano ¿cierto? la mano recuerda por sí sola. Por ejemplo, podría tocar las lentejuelas del primer traje que hice para Antjie con mi memoria. En ese entonces no tenía a mi Singer, tuve que coser a mano cada lentejuela. Todavía puedo sentir en mis dedos las heridas de los pinchazos de la aguja, el corte finito de la lentejuela al rozar torpemente con mi piel. Mil trescientas tres lentejuelas cosidas a mano sobre un body rosa que le quedaba despampanante a Antjie, después de la muestra se lo ponía cada tarde para practicar en el living.

ANA.— La cosa es que un amigo me presta esta casa enorme, no tengo miedo. Me quedo como guardiana de una tremenda soledad.

MARLIES.— Entonces Antjie crece, parte y hace su vida. Está muy bien. Se va lejos. Me cuenta algo de la revolución y las palabras. Yo les conté a mis amigas del club -me anoté en un club de poesía, ¿pueden creer? porque bueno, siempre es lindo escuchar ficción- la cosa es que les pareció un título fantástico para una edición de poesía, la palabra revolución tiene una atracción que no pasa de moda.

ANA.— Pronto conozco a otros más que se pronuncian sin D, por supuesto. Acá se dicen así las palabras y eso me encanta, hablamos todos un poco raro, un poco todo distinto y a nadie le molesta esa falta de precisión. Guardiane', les digo, también aquí partimos las eses -y decimos aquí-. Son mis guardiane', me guardan el alma de tanta partida, y compartimos algo importante que se pronuncia completo: el deseo, guardiane', el deseo. Eso se hace entender en cualquier idioma.

MARLIES.— Más allá de mis esfuerzos, Antjie se parece bastante a su padre. Es rebelde y hermosa. Anda dándole vueltas a la tierra buscando vaya a saber qué.

ANA.— No necesita traducción. Tantas ganas se transforman en prácticas, en ensayos, en palabras partidas y goce múltiple. No hace falta hablar tanto cuando se entiende con el cuerpo.

MARLIES.— En verdad un poco sé que busca. Yo también estoy buscando lo mismo, pero cada cual con su método.

ANA.— ¿Escuchan? Son ellos (*oyendo los taconeos y el palmeaar*). Potente ¿no?

MARLIES.— Años después mi marido vuelve y me visita. Nos la pasamos todo el rato recordando cosas de otra época. Llega una edad donde el pasado vuelve con mucha fuerza, es así, hay como una necesidad de repaso.

ANA.— (*Se acopla a las palmas*) De a poco esto se va armando, yo me voy armando, y aprendo, descubro, todo esto nuevo de las palmas, los lunares y el mirar.

MARLIES.— El olvido duele, sentirse olvidada duele más, prefiero recordar.

ANA.— Se mira distinto, los ojos revelan lo de adentro y el cuerpo expulsa a golpes. Y se goza, sobre todo se goza, después para lo otro se cantan bulerías o se parten la camisa. Qué hermosura todo esto de expresar a puro taconeos y mano suelta ¿no?

MARLIES.— Entonces recordamos cosas de la juventud, de la infancia, de la infancia de nuestra hija, de cómo pensamos que estaríamos en este momento. Si pudiera viajar en el tiempo me advertiría varias cosas, sobre todo esta cosa de la lejanía y el

aprender a mirar paisajes con los mismos ojos. Me iría a buscar a la infancia para avisarme que lo que se viene es solo el comienzo. Todo empieza por partir, por dejar atrás el propio territorio y atravesar nuevas fronteras. Yo partí, vos partiste, todos partimos. Y no es este un juego de lenguaje, no es solo poesía del verbo partir. Es un momento. Todos partimos del territorio infante y de ahí en más, la vida: un continuo de ventanas. Partir te cala, te desdibuja, te cambia de forma. ¿A dónde van a parar todas esas otras partes? Aunque no sepas bien qué acarreas dentro de tu contorno todo eso parte con vos. No quiero aburrir con estas meditaciones tan... desinteresantes. ¿Se decía así? Mejor me callo.

Escena IV | La celebración

En los espacios, un teléfono. Un teléfono en cada ciudad.

Es época de Navidad. ANA está en España preparándose para el festejo.

MARLIES está lejos, en Alemania, bebe.

El paisaje sonoro se vuelve gitano. Los CANTAORES susurran canciones. Acompañan a ANA, la envuelven.

ANA.— Hace un frío en la casa, se viene Navidad. La Navidad mediterránea es menos helada que la nórdica pero de todos modos, madre mía, qué frío hace. Me acuerdo de las navidades en la casa de Boedo de la abuela y no puedo creer que ahora sea todo tan distinto. Hacía un calor, hacía siempre tanto calor y con los primos todos sudados corríamos de una manera, dinamitábamos el patio a pura risita y juego. La tía Nora traía la ensalada rusa y nada más, todas las navidades lo mismo, eso a mamá la ponía loca. A mí me encantaba su plato típico, y al resto supongo que también porque siempre se comía todo, había que apurarse para servirse. A medianoche mucho pan dulce, sidra sin alcohol con gusto a jarabe para todos los patriotas de la infancia, y confites de chocolate que se derretían apenas metías la mano en el pote. La abuela venía sigilosa y nos daba un sobrecito a cada nieto, nos sacó rápido la ilusión del gordito en el trineo, con ese acto nos empezamos a hacer preguntas

y de un momento a otro el tío Carlos confesó. La cosa es que estoy con toda esta española alrededor a puro canturreo de villancico y necesito llenar la casa. Hago una fiesta, y qué me importa: vengan todos, ¡hala! que ni el mundo entero podría calentar con respiración el frío que siento. Vengan y bailen, vengan y gocen, vengan, dale, vengan, que la casa es enorme. Salí esa mañana a comprar tinto de verano e invitar a todos los vecinos de todos los tablaos de cada cuadra, no se puede creer que haya tanto gitaneo en cada calle. Doblás la esquina y ¡hala! otro tablao con guapetones que te miran fijo. Compré vino y agregué: peceto, zanahoria, cebolla, apio, ajo, perejil. Todo para cocinar el Vitel Toné que hacía mi abuela, el infaltable de Nochebuena. Navidad siempre fue mi día libre para comer de todo. La casa se llenó de guardiane'y licor café, cosa de gallegos, es que no soy la única que vino a mezclarse. Cenamos quince minutos antes de que las campanas anunciaran las doce “¡venga, rápido, a comer!”. Un desperdicio tanta comida, tanto preparativo para tanto apuro. Antes de la cena, en medio de la borrachera y la melancolía, hubo lugar para el ritual. Las tablas tiran, así es su sangre. Carmela, mi guardiana favorita en toda esta película andaluza, se puso los volados y arengó a José para que arranque a canturrear. La cosa acá se arma de un momento a otro sin que te des mucha cuenta, enseguida todos alzan la frente y arrancan las palmas. José hizo de la mesa navideña un banquete musical, los platos, la mesa, los cubiertos, todo sonaba a flamenco. Entonamos una bulería para exorcizar cada cual su demonio y abrazados en ronda nos prometimos que lo mejor estaba por llegar. Así comenzó la procesión de palmas, gritos, y esperanza. El aliento era de unos a otros y el coro se acompañaba palmeando: “¡Qué se venga, coño! ¡A por todo tío, a por todo! ¡Ole el exilio, Ana! ¡Ole tú! ¡Olé!” Nos abrazamos alrededor del fuego y le cantamos a gritos al mundo para alivianar un poquito tanto sacudón del alma. Era la última noche de José antes de que parta, él se quería ir a “hacer la América”. Lo decía un poco en broma y otro poco en serio. Es que las fantasías a veces andan cruzadas. ¡Qué obsesión tenemos algunos con poner los sueños detrás de otro charco! Entonces

declaró que esa noche también sería Año Nuevo, y de postre... Imagínense... “¡Traigan las uvas, que se vienen las campanas!” gritó Carmela, y todos: “Uno, dos, tres...” Todos comíamos a ritmo y nos mirábamos masticar con los cachetes colorados. Fue muy divertido pero a mí no me salió. Es necesario estar entrenada o ser una española de tierra para comerlas con semejante velocidad. Me resultó imposible, claro, pero fui a mi tiempo y me comí trece, porque esa es mi fortuna. Cada una construye sus propios ritos ¿no? Por eso después del brindis busqué en mi valija este retazo, una parte del vestido tirolés que me hizo mi mamá en nuestra primera Navidad helada. Bailé un rato entre ellos con esto puesto, la extraña. Si me viera moviendo las manos así entre tanto gitano se reiría. Qué sé yo. Poco a poco se fueron yendo todos a dormir y ahí estaba, otra vez, con toda esta confusión de la distancia, los ritos y la soledad. Es difícil saber qué hacer ante tanta novedad, entonces me voy a dormir también, me acoplo.

MARLIES.— Perdón... Quisiera contar algo más lindo. No dejar una última imagen, huella, de mí, de mis recuerdos, quiero decir. Quiero contar algo más lindo ¿puedo?

ANA.— La mañana siguiente me pasó eso que mi papá dice muy lindo, eso de que el cuerpo llega antes que el alma. Me desperté un veinticinco de diciembre con ganas de oler el asado por la ventana del patio, o las galletas alemanas que hacía mi mamá, o cualquier otro olor de esos que debería haber un veinticinco de diciembre en una casa. Me desperté con hambre, con ese ruido en la panza que te hace sentir que todo es moneda de cambio, que todo vale si te traen una medialuna con dulce de leche en ese mismo instante. Y pensé en la profesora, claro que sí.

Un halo de sol finito entraba por la ventana más alta del living cuando abrí los ojos como para pispear qué andaba pasando, relojeando el lugar, reconociendo la chimenea, las sillas corridas, el olor a humo todavía presente, los guardiane´que seguían por ahí tirados sin enterarse de que era de día después de bailar con tanta magia la noche anterior. Estaba en la tierra de las bulerías, lo había elegido y lo tenía que hacer valer. Tanta

partida una tiene que volverla justa. Entonces me levanto, junto las uvas del suelo, pongo papel sobre los charcos de vino, recojo con cuidado los platos rotos, arrastro hasta el sillón a los guardiane' que se resisten en despertar y baldeo todo. Todo pa fuera, todo lo que se venga tiene que ser mejor, pa fuera. Habíamos prometido mucho y lo iba a cumplir. "Coreografía tía, haz coreografía" me dijo un guardián que entreabrió los ojos y me vió bailando a baldes toda la casa. "Eso que haces, coño. Hazlo en el tablao, enséñale a Carmela." Y sí, ¿no? Si tiene razón, si me vine hasta acá para hacer coreografía y bailar me todo esto. Quiero dirigir, emanciparme, tener autonomía sobre mi cuerpo, mi deseo, alimentarlo de goce y hacerlo sentir. Lo voy a hacer, qué sí. "¡Venga Carmela, arriba!" le digo mientras levanto a la más guarrica de todas. Es que esta Carmela no se deja nada pa' ella, to' pa' fuera y al otro día no la cuenta ni la encuentras. "Hala Carmela, qué me he decidido". Entonces la levanto a puro canturreo y comida, aquí es así, sin goce no hay na'. Me mira y entiende, y sí. Me mira y me dice que sí, que sí y que sí. "Ole Ana, tu baila y goza, te hemos adoptado ¿a que sí? Que ya eres de las nuestras Ana, ole tu exilio". Y a mí me agarra una cosa acá en el pecho que... ¿cómo lo cuento?...

MARLIES.— Sería lindo dejar una sensación más alegre.

ANA.— Voy a dirigir, se acabó. Del salón a la asistencia, a lo moderno, a las treinta mil búsquedas, y ahora dirigir. Se acabó la espera, la preparación infinita, la disciplina. El hambre. Lo serio. Voy a hacerlo. Voy a hacer coreografías. Crear mi historia, mi espectáculo, mi propia ficción.

MARLIES.— Feliz Navidad Ana.

ANA.— Mamá, Feliz Navidad. Y Año Nuevo. Estamos festejando todo. Hay que celebrar mamá. Voy a dirigir. Tuve una idea, quiero hacerla. Voy a crear un espectáculo aquí, acá, con mis guardiane'en un tablao. Una coreografía de bulerías.

MARLIES.— Me gustaría contar con vos.

ANA.— ¿Querés hacer las polleras, los trajes? Esta vez no hay lentejuelas, va a ser más fácil.

MARLIES.— Contar la parte que quieras. Contarlo con vos.

ANA.— Estoy preparando algo inmenso. Voy a dirigir una revolución para reivindicar las causas quemadas. Vamos a dar batalla. Bailar historias desgarradas para que se sostengan, que no se pierdan en los fragmentos del tiempo, que circulen y convivan con la novedad. Que no se vuelva novedad lo obvio, que no se repita el espanto, y que se goce ¿no? Sobre todo quiero que se goce. Sentirnos libres, mamá.

MARLIES.— Ana, lo cuento con vos, como vos quieras. Pero contémoslo bien, desde el principio. La vida me ha regalado todo, Ana, todo. Eso me gustaría contar.

ANA.— Una obra sobre la partida y la esperanza. Palmeeen vamos, qué mi mamá está escuchando, ¡hala! Vamos a hacer algo espectacular, vamos a tramar una gran trama, a contar para ser parte, para hacer memoria.

Los CANTAORES canturrean palabras dichas. Algo sobre la partida y la esperanza de lo que está por venir. Todos los espacios se unen conformando un único espacio: un gran tablado.

Los CANTAORES cantan y bailan. ANA y MARLIES se despiden, o se dan la bienvenida, todo eso complejo de partir.

FIN.

PRIMEIRO LUGAR



PARTIR(SE)

BELÉN GALAIN

Agradecimentos

Para minhas guardiãs nesta travessia, Lilian e Camila.

Para Paula, por me acompanhar na busca.

Para meus amigos pela confiança e pelo entusiasmo.

Para Sasu pela escuta atenta e abraços imensos.

Para minha família pelo apoio infinito.

Para minha mãe, por me presentear metáforas de uma poesia inesgotável.

Especialmente para Ana Bayer, por compartilhar sua história com generosidade e ensinar-me alguma coisa sobre a valentia e a pertinência do desejo.

Se tivesse que datar o primeiro fogo, ele se incendiou em Faluche, uma aldeia galega, no dia quinze de junho de 2017. Mas a curiosidade apareceu antes, na infância, com as histórias natalinas do meu avô espanhol. Obrigada a eles, aos avós.

Para quem já partiu, para quem está por partir, para quem está em outro lugar. Para todos eles, por construir pontes para descobrir o infinito da palavra partir.

Peça para duas atrizes e cinco guardiãs.

“Tudo isso encontramos no verbo “partir”: o momento em que se misturam a partida, a ruptura, a espera, a esperança e a inquietação depois, a partida.”

Jean Luc Nancy

Personagens

ANA

MARLIES

Cena I | A apresentação

ANA.— Tudo isso começa em alguma parte.

MARLIES.— Tem um ponto de partida.

ANA.— Tudo isso começa com a partida. De um momento ao outro partimos e aí começa o negócio.

MARLIES.— A partida, o partir, seja a alguma parte ou partir-se a si própria. Quer dizer, a partida te parte.

ANA.— Sou bailarina.

MARLIES.— Todo ponto final parte alguma coisa.

ANA.— O negócio é que eu danço.

MARLIES.— Esta é a história de como começo a trabalhar. De uma hora para outra vamos para a Alemanha e eu começo a trabalhar.

ANA.— A verdade é que quero ser dançarina de flamenco, mas cresci na Alemanha.

MARLIES.— Aí é quando começo. Me converto em alguém repartida e faço um pouco de tudo.

ANA.— Quando era pequena fiz teatro também, em Buenos Aires, mas isso é outra história.

MARLIES.— Eu gostaria de dizer assim, um pouco de tudo. É muito útil a imprecisão. Então quando me perguntam, digo assim e imaginam coisas importantes.

ANA.— A história é sobre a partida.

MARLIES.— Começa assim.

CANTAORES¹ *cantam palavras ditas.*

Cena II | Alemanha

CANTAORES *transformam a cena.* ANA *entra no estúdio de dança,*

MARLIES *viaja de trem.*

ANA.— Tinha quinze anos, eu cheguei, com quinze, sim, pouquinhos anos, assim me sentia muito juvenzinha porque aí

¹ Cantor de flamenco.

todos os que eram da companhia eram mais velhos e a minha mãe me levou até lá e disse “sim, nós viemos da Argentina e tivemos que... sei lá” e a professora que estava justamente ali, falando comigo, disse “Ah, Argentina! Eu devo muito para a Argentina. Porque eu tive que ir embora numa época, também.” Me disse “eu devo muito”. Então... imediatamente, por esse motivo... Além disso, disse “Eu sei da qualidade que os estúdios de dança têm”. Bom, e é verdade, porque comparando com as alemãs que estavam ali dançando, né?

MARLIES.— Estou sentada em um vagão de madeira. Antjie me pede meias e ao abrir a mala cai tudo no vagão, bolas de meia se esparramam redondas e coloridas girando até os viajantes vizinhos, todas as meias de tricô que a mãe deu para a gente antes de partir, todas se distanciando como catástrofe de uma mala mal arrumada. Quem precisa de tantas meias de lá? “A vovó acha que eu sou uma centopeia, mamãe”.

ANA.— Mamãe... Quando eu me apresentei na escola, não tinha nada que fosse meu, faltava a minha roupa de dança, perdi a malinha.

MARLIES.— O trem continua indômito, sem pausa.

ANA.— Então a diretora me disse “Tudo bem, já já a gente vai encontrar... dá uma olhada por aí, tem algumas coisas que as meninas deixam aqui ou se esquecem, dá uma olhada, pega alguma coisa, atrás do biombo tem um baú”. E eu me lembro que coloquei um body azul-celeste, feio, feio, feio, grande, assim meio... dava pra perceber que tinham deixado jogado... um azul-celeste meio cinza, muito, muito grande.

MARLIES.— Olho para o relógio. Marca onze da manhã, onze e três minutos. O sol brilha e derrete a neve ao lado do trilho do trem. Nunca tinha visto neve, menos ainda tinha imaginado como goteia quando derrete. Como se dissolve em cima do ferro do trilho.

ANA.— Encontrei umas dessas, como é que se chama? Sapatilhas feias. Me lembro de tudo isso feio, enorme... entro e lá estava ela e todos... e eu...

MARLIES.— É inverno e faz muito frio. Quando o trem entra na

cidade nos envolve em um cheiro de carvão muito impregnante, a janela está um pouquinho aberta, entra só um raio desse ar. De qualquer jeito, o cheiro entra. O cabelo, a roupa, o casaco, agora tudo tem cheiro de fumaça. Então vieram as cores. Mais que cheiro, em mim, os lugares são cores. Vejo as casas velhas, o muro. Tudo isso... presente.

ANA.— Tudo grande, em mim, ao meu redor. Ninguém do meu tamanho teria se esquecido de alguma coisa.

MARLIES.— (*Desce do trem*) Então chegamos, “plaf-plaf” (*todos aplaudem*) “quero um quarto”. “Isso, um quarto para a mãe e a filha. Isso, um quarto. Tenho poucas coisas, não, mas não sou terrorista.”

ANA.— (*Se esconde atrás da MARLIES*). Tinha um pouco de vergonha também, me sentia muito incomodada, como dizer isso para a professora? Dizia, agora ela vai me fazer perguntas e eu não sei o que dizer.

MARLIES.— Então tudo bem, (*Apontando a ANA*) cara de coitadinha, nenhum quarto e vamos em frente. Nós gastamos a última moeda em um café que nos levou até Inge. Nossa deusa salvadora daqueles dias. Estamos tomando café, enquanto procuro no jornal. Então, estou procurando e ela se aproxima -uma garota muito jovem- e começamos a conversar “de onde vocês vêm/ não sabe de algum lugar por aqui perto em que seja possível dormir/ bom, aqui em cima tem uns quartos em que a dona do café deixa os funcionários dormirem e justamente tem um quartinho muito pequenininho, tem um livre / Ah, que bom. Então, vamos falar com a ela.” A dona está no fundo do café, sentada em um sofá, dá para vê-la fazendo contas no caderno. Tem um desses cadernos forrados de tecido que as pessoas usam para escrever coisas importantes. Desses cadernos que são inteiramente encapados, desses que a gente não sabe como é a capa. Chego um pouco mais perto e espero que ela olhe para mim para não interromper. Chego um pouco mais perto e faço cara de “dá licença”. Chego um pouco mais perto e sorrio. Finalmente ela olha para mim e me pergunta em que pode me ajudar. Começa tudo de novo: “De onde você vem/ o que está

fazendo aqui/ então vocês são mãe e filha/ vocês trouxeram malas/ e o seu marido, onde ele está/ de onde você vêm exatamente...” Tento responder com uma certa ambiguidade, a imprecisão é muito útil quando a gente não sabe o que a outra pessoa pensa sobre todas essas coisas. Uns instantes depois ela olha para mim, faz uma pausa e diz “sem dúvida que podem ficar”. (MARLIES *entra no quarto*). Quando amanhece o dia seguinte, acontece isso que dizem, li em algum lugar, isso de que chega o corpo antes do que a alma. Esqueci por um momento que estava em outro lugar. Olhei pela janela e me assustei: tudo era só ruína.

ANA.— Me aceitaram. Fui parte da companhia. Estava praticamente ali. Um ente ouvinte. Engraçado, né? Um ente que ouve. Na verdade, fui assistente, assim é o nome.

MARLIES.— (*Ao mesmo tempo que a ANA*) Sou um ente que olha.

ANA.— Era interessante. Não dançava, mas escutava, observava. Que impressionante! Assistia a professora e aprendia como ela trabalhava.

MARLIES.— O fato é que aprendo a costurar e faço algumas cortinas. Sempre fui prática, muito prática. Antes o meu objeto preferido era a máquina, a de escrever. Sou datilógrafa. Porque sou tradutora. Então aprendi e sou as duas coisas. Mas estando aqui, descobri que tenho habilidade com os trabalhos manuais. Gosto disso de fazer muitas coisas com as mãos. Quando chegamos, no quarto praticamente não tinha nada: dois colchõezinhos, as nossas malas com meias e algumas coisas mais, e uma máquina destrambelhada guardada aqui, ou, na verdade, amontoada, como se alguém tivesse chutado ela até esse canto. Este lugar talvez seja um depósito de coisas que ninguém usa, mas também não se atreve a jogar. Na nossa casa em Martínez tínhamos um espaço para essas coisas também, um quartinho no fundo do pátio para resguardar lembranças inúteis. É engraçado a quantidade de coisas que a gente guarda sem nenhum objetivo. O fato é que essa Singer estava me esperando e eu lhe dei o prazer de voltar à atividade. Na Argentina, não era muito de costurar e dessas coisas manuais, não tinha tempo. Mas aqui, nesta pausa de olhos suspensos em uma janela, percebi

que isso de arrumar as coisas eu sabia. Adoro os objetos e entendo a razão de não jogar fora, mas nunca tinha tentado consertar alguma coisa. O meu avô era muito de arrumar objetos, antes era natural isso de fazer com que as coisas perdurassem no tempo e acho que vem daí isso. Faz tanto frio, vem chegando o Natal. O Natal pode ser muito gelado, não sabia. O fato é que me empolgo em costurar e, bem, tenho jeito para isso dos vestidos tiroleses.

ANA.— Depois de um tempo me cansei, queria fazer outra coisa e fui embora. Abandonei o salão enorme, a falta de conforto. Me meti em outra escola muito conhecida, uma das primeiras que fazia outras coisas muito modernas. Se especializavam em todas essas coisas novas. Então, comecei a dançar diferente.

MARLIES.— Este lugar fica em uma cidadezinha no meio de uma área muito industrial. Quando a gente chega, sempre escuta sobre a área industrial, onde tem carvão e fábricas e tudo isso. A gente imagina fábricas, cinza; por isso, quando chegamos neste lugar e era tudo verde... um lago, não, um rio, ou um lago, não lembro. Um lago, com forma de rio, um “lago-rio” com tudo verde ao redor e no meio esta escola, isso já é meio estranho para mim, ver essas coisas além das ruínas. Mas, tudo bem, muito lindo. E tem uma escola. Primeiro a escola e depois bom, o resto... Acho que contei errado. Primeiro a escola e depois o café. Depois a peça, a máquina, depois tudo isso. Primeiro a escola.

ANA.— Teria que ter feito ao contrário.

MARLIES.— Estamos com as nossas malas e nada mais. Nas malas tem os vestidos, não tem lençóis, toalhas, panelas e tudo isso que serve para viver. Então, as pessoas olham estranho porque nós só temos a mala, mas não somos turistas, não é uma mudança, mas também não estamos de passagem. É por isso que acham suspeito.

ANA.— Primeiro as coreografias, aprender, aprender toda aquela disciplina. A fome que o balé requer. Aguentar. Aguentar o desejo. Aguentar a fome, a angústia, a frustração. Permanecer na escola e passar de assistente a bailarina, ser parte de uma companhia do corpo que dança.

MARLIES.— Aos domingos, eu gosto de sair para andar, é um

costume de antes. Quando chegamos, foi um pouco estranho, passear. Tem um grupo de senhoras que se encontram sempre no mesmo banco e de vez em quando trocam alguma palavra no meio daquele grande silêncio que é este lugar tão cinza. Quando passo na frente delas, cumprimento com um gesto simples, sem abrir a boca para que não percebam o meu sotaque estrangeiro. Até fiz um casaquinho muito parecido como os que elas usam. Mesmo assim elas comentam. Não me devolvem o olhar de frente, cochicham, entre elas, para mim, nenhuma palavra, todos os domingos a mesma coisa, como se eu não percebesse. Não domino muito bem o sotaque, mas entendo tudo, sei ler muito bem os olhares, esses olhos de ruínas. É muito estranho passear quando ficam te olhando assim, como se você tivesse uma... ou vai saber que horror é que lhes passa pela cabeça ao me ver passar.

ANA.— Aguentar a fome, passar à dança moderna. Ou me cansar antes, abandonar a dieta e ir embora para outro lugar onde eu possa existir. Quando fui embora da Argentina e me despedi da minha professora de dança, ela me disse que comesse doce de leite antes de ir. Que aproveitasse porque em nenhum lugar ia comer como em Buenos Aires. Aproveite! Aproveite antes de ir embora. Foi isso que ela me disse. Que fome tinha essa mulher. Agora entendo como uma advertência, um adiantamento sutil.

MARLIES.— Devem lembrar sem piedade da minha chegada, com as malas batendo de porta em porta sem nada mais do que carregar. É engraçado, porque eu sou muito de guardar coisas, muito dos objetos. Para mim, os objetos dizem...me contam histórias, certo? Bom, não tenho histórias. Tenho, sim, lógico que sim, mas não tenho objetos e é disso que suspeitam. Acho que pensam “quem é essa mulher que abandonou todas as suas coisas, esconde alguma coisa”, porque ninguém se desfaz do bom, ninguém abandona as suas coisas se tem a ver com lembranças dignas. Acho que pensam que escondo uma culpa, um erro, um segredo. Mas como explicar o exílio para essa gente que não se digna nem em me olhar de frente?

ANA.— Onde estava? Em que me cansei, sim. Eu queria dançar flamenco, alguma vez viram essas pessoas dançarem? Essa gente

come e goza. Não tem nada a ver com essa proibição clássica. Mas como a espanholada ficava longe, comecei a dançar com os modernos, me incomoda menos a sua disciplina, é um pouco mais livre. Partir é uma oportunidade para mudar de aspecto, isso aprendi da minha mãe. Não soube que me estava indo embora de Buenos Aires até um tempo depois que cheguei. Estava em um lugar que cheirava diferente, em que escutavam outros ritmos e horários, sem a minha bolsa, com a metade do idioma, sem saber que história contar para as pessoas e para mim mesma. Mamãe tinha mais clareza, mas para mim, me levou mais tempo entender o que estava acontecendo.

MARLIES.— Quando a gente não tem nada, quer ter dignidade, que te olhem como se deve, como olharam para você a vida inteira quando estava na tua própria casa.

ANA.— (*Arma o espaço do barco*) Toda essa confusão, começou no barco para a Alemanha, acho. Era assim, era daqueles barcos em que os passageiros vão para a piscina, muita aventura, né? Nos primeiros dias de viagem, a piscina estava quente por causa do sol e era muito divertido passar o dia por lá, observando aquele infinito do mar e do céu, sentir a água e dançar tudo aquilo que eu sentia. Fiquei ali para tentar não pensar, não conversar, ninguém fazia perguntas era muito fácil. Eu brincava com os marinheiros que não paravam de beber. É diferente dançar com as ondas. Com os marinheiros... bom. Na última semana começou a fazer frio, a gente estava chegando na Europa. E depois aquela coisa incrível de conhecer, né? É um suspense.

MARLIES.— Para evitar a desconfiança ou o desprezo, me preocupei em me manter ocupada e resolver tudo. Comecei fazendo uma lista do que a gente tinha e do que a gente não tinha. O que a gente não tinha, a gente tinha que resolver com o que, sim, a gente tinha. Assim é como eu aprendo a fazer um pouco de tudo. Os objetos vão chegando depois, com o tempo. O primeiro foi isso, arrumar a máquina de costura, os cortes de tecidos que a gente consegue a bom preço e depois a produção. Isso sim que ocupa espaço. Tem dias que a minha filha faz de conta que

é uma menininha e monta uma barraca gigante unindo todos os retalhos de tecido. Para conseguir o que não temos tenho que sair para vender as minhas produções, isso não é um problema porque Antjie passa o tempo todo ensaiando as suas coreografias no quarto. Às vezes, sinto que nem percebe que eu saí. O problema é que algumas noites, quando chego me encontro com esse acampamento tremendo. Na verdade, um pouquinho eu gosto, os dias que tenho vendas são um triunfo e dão vontade de festejar. Eu gosto de abrir a porta e sentir o calor de brincadeira e de lar quando a gente está tão longe, montando uma ficção que vai saber no que vai dar. Quando estamos nesse piquenique noturno entre os retalhos dos vestidos tiroleses, curtimos muito. Não me dou muito bem com as histórias de ficção, mas ela quer que conte qualquer história. Quem conta melhor é o seu pai, eu sou melhor traduzindo, mas tudo bem, ele ficou lá dentro de um poço.

ANA.— Os adultos são os que escolhem. Eu não escolhi vir para a Alemanha, ninguém me perguntou. Na minha casa, não se falava de política. Se vivia, mas não se falava.

MARLIES.— (*Vai na direção do barco, perto da ANA*) Naquela manhã tocou o telefone muito cedo: “você têm 24 horas para desaparecer, antes de que... bom, des... me entendem?”. De um momento para o outro, desmontamos a casa. Mas ele, bom, queria ver o que acontecia.

ANA.— Não se falava no assunto. Eu tive que ir procurando respostas para entender o que estava acontecendo. É uma coisa que aos poucos vai crescendo. Tem que ter essa intuição, né? Perceber que “vem alguma coisa por aí”.

MARLIES.— As coisas naquela época estavam muito marcadas, se você não estava dentro, tinha que estar totalmente fora. Por isso, nós viemos para cá. Assim que a Antjie voltou da aula de balé, pedi para ela guardar rápido o que achava mais importante em uma malinha. Ela olhou para mim com aquela carinha de quando alguma coisa faz com que ela fique curiosa, mas não perguntou nada, ajudou muito e fez tudo rápido. Para mim, a coisa estava clara, mas ele estava obstinado em estar dentro-fora. Queria

continuar escrevendo de perto, escondido, com todo aquele perigo da proximidade. Não é fácil estar no meu lugar.

ANA.— Então a gente foi embora, eu não escolhi. De repente...

MARLIES.— Embora eu não sentisse grande simpatia por certo setor, eu percebia quem era que estava perdendo.

ANA.— Voltava do ensaio de ônibus olhando para as coisas com saudade. Eu sabia que alguma coisa estava acontecendo, mesmo que não falassem. Eu percebia que estava por acontecer alguma coisa, mas não perguntava. Existia um clima em casa. Tudo foi às pressas, muito às pressas “o mais importante aqui, na malinha, o resto deixa”. Até aquele momento não tinha bem definido o que era o mais importante para mim, o que é que eu tinha que escolher, o imprescindível. O que tinha que levar. Não sabia o que tinha que levar porque não sabia onde estavam me levando. Não existia quando, não existia noção de tempo, de partida, de volta. Então guardei as minhas sapatilhas, mamãe, como é que se diz?

MARLIES.— Faixa de cabelo, sim, leva.

ANA.— Tá, já guardei. O meu body rosa também, a roupa de lentejoulas da última apresentação de dança, uma foto no pátio da tia Nora, o colar da amizade que a Loli e eu fizemos, um caderno em que coleei um mecha de cabelo da Katinka, a minha cachorrinha e a lembrança do meu primeiro beijo: o papelzinho de um Sugus de laranja, o preferido. Queria saber aonde íamos, mas não tinha tempo para perguntas, os meus pais também não estavam com ânimo para me explicar o que estava acontecendo. Tinha um pouco também de nem saber como perguntar.

MARLIES.— Estávamos perdendo e tínhamos que ir embora.

ANA.— Sabe aquele momento?...

MARLIES.— Não tive dúvida.

ANA.— Quando a resposta te dá medo.

MARLIES.— Tínhamos o problema do cachorro. Detalhes importantes.

ANA.— Não tive coragem de perguntar. Mas de verdade, não entendo por que não trouxemos a Katinka.

MARLIES.— Então deixamos ela.

ANA.— Tinha que ter insistido? Não entendo. No barco tinha animais.

MARLIES.— Foi assim que a gente viajou num barco rumo à Alemanha. Um navio parecido ao de carga, um dos últimos barcos de passageiros. Três semanas em alto mar.

ANA.— Katinka teria se dado bem com os elefantes. Teria sido uma grande companheira a bordo.

MARLIES.— Dos vinte e seis passageiros, a metade é membro do Circo, viajam com os seus elefantes para fazer espetáculos. É uma viagem muito alegre. Os outros estão alegres, durante o dia discutem sobre o mar, as viagens, a dicotomia entre o humano e o animal, bebem e nadam na piscina.

ANA.— Com quem a Katinka ficou?

MARLIES.— Tem um garoto muito baixinho, com um jeito muito engraçado, sempre de chapéu que alimenta os elefantes fazendo truques, um atrás do outro, dá um grito muito grave e os elefantes levantam a trompa: “aeceeeeo”. Comem mais do que qualquer passageiro. Eu não me sinto muito bem, prefiro não participar dos encontros sociais e da piscina, a situação inteira me preocupa. Acho que Antjie curte muito a viagem como todos os que fazem pela primeira vez um viagem de barco tão longa.

ANA.— Os adultos entendiam mais a coisa, eu via que a minha mãe e as minhas tias se ligavam o tempo inteiro, mas não contavam nada para mim. Eu sempre fiz dança, desde pequenininha eu queria ser bailarina. No balé não pode falar, a única coisa que as minhas amigas e eu faziam era praticar. Então a dança me limitava um pouco, assim, essa procura. Por outro lado, me salvou a vida. Não precisava saber o idioma. Pude recomeçar logo. Mas o meu pai... bom. Esta é a parte linda. *(Pede música. Vai até o quarto da Alemanha)*. Um dia... Papai... volta. *(Aprecia a apresentação musical)* Um dia volta, ou chega. Volta para mim, para a gente quero dizer, bom. Ele vem para a Alemanha, e... Que velho rebelde, pelo amor de Deus!

MARLIES.— Primeiro veio a gente. Muito depois o meu marido, levou tempo e perigo compreender que ele tinha que ir embora.

Mas não é fácil encontrar um trabalho alemão. Até mudou a sua estética para ter mais chances.

ANA.— Ajudei ele a cortar a barba, tinha uma cara de cigano aquele velho.

MARLIES.— Arrumei a roupa dele para que parecesse melhor. Apareceu na cidade, de um momento para o outro subiu no avião. Ele aqui sofre muito, eu também sofri, mas me regenero rápido. Não foi sempre assim para mim. Antes eu achava que era impossível sair para trabalhar. Na nossa casa na Argentina fazíamos muitas reuniões, as pessoas mais interessantes do país visitavam a nossa casa e discutíamos apaixonadamente ideias sobre a atualidade e a política.

ANA.— Meu pai, que tem como ferramenta o idioma, ficou muito tempo parado.

MARLIES.— Uma vez, em uma das reuniões, uma mulher emancipada me perguntou por que eu não deixava a Antjie sob cuidado de uma pessoa. “Marlies existem opções, sabia? Eu também sou mãe, tenho três filhos e estou tranquila sentada nesta mesa”. Imagina a minha reação. Não era o modelo de vida que eu gostaria de seguir, eu ir trabalhar e a minha menina sob cuidado de uma pessoa.

ANA.— Ele escreve. Mas não como a mamãe, ele faz histórias. É inventor de histórias e escreve histórias bem interessantes, sempre tem a cabeça cheia de ideias e planos.

MARLIES.— Antjie, quando era pequena, me disse que o que ela mais gostava, quando voltava do Ballet, era ver, de fora, a merenda em cima da mesa da sala de jantar. A dança é muito exigente e desde pequena tinha que tomar cuidado com a comida, mas algumas vezes, na hora do lanche, eu preparava alguma coisa especial. Acho que comecei ao contrário. Teve outro antes. O antes, antes, antes. O antes dele.

ANA.— A minha mãe fazia as suas traduções. Tinha alguma coisa especial para transmitir das histórias da família. Nem bem chegamos, me lembro, de noite eu me ajeitava entre os tecidos tiroleses e ela me contava alguma história dos pais dela para me

distrair enquanto costumava, tinha uma graça, um humor para a tragédia. O que quero dizer é que um dia o velho chegou e aí começou tudo. Imberbe e tudo, não sabia o que fazer, não conseguia. E, meu Deus, que pessoa difícil, não ia pegar qualquer coisa como a mamãe fazia.

MARLIES.— Sempre tive que me virar sozinha, mas a minha curiosidade por conhecer o mundo era grande.

ANA.— Saíamos para andar, procurando alguma desculpa, uma inspiração. Descobríamos a cidade juntos e nos surpreendíamos o tempo inteiro. “Ana vamos para lá, você está vendo aquilo? Ali tem uma história”. E era assim, sempre tinha alguma ruína, alguma surpresa, uma marca de tudo aquilo cinzento que aparecia e o fazia escrever.

MARLIES.— Desejava essa sensação de assombro.

ANA.— O negócio é que o velho não conseguia. Trabalhava como louco escrevendo o dia inteiro, andava muito e colhia histórias interessantes, mas não interessava a ninguém, ninguém lê em espanhol e a mamãe estava muito ocupada tentando conseguir dinheiro para poder ajudá-lo a traduzir tudo aquilo.

MARLIES.— Tinha visto em filmes e estava louca para conhecer aquele mistério.

ANA.— Um desperdício. Quer dizer, não é que tenha ficado desperdiçando tempo. Claro que não. Mas eu olhava para ele, observava todo aquele esforço e para que, né? O que fazer com todas aquelas ideias que não podem ser ditas. O que fazer com o teu nome se ele está em uma lista de perseguidos. Tanto esforço. Para que, papai?

MARLIES.— Um dia me decido.

ANA.— Então começou por aí. Por conquistar os direitos a partir do exílio. Sempre com tantos planos e umas ideias tão delirantes que a mamãe e eu não conseguíamos acreditar quando os outros o seguiam. O fato é que umas senhoras com ideias tão loucas quanto as dele estavam na Argentina dando voltas pela praça. Se agrupam, né? Eu e a minha mãe nos olhávamos com cumplicidade, dizíamos, sim, se agrupam. Os intrépidos se agrupam e fazem a grande revolução.

MARLIES.— Estou decidida. Vou me inscrever na Escola de jornalismo para um curso de tradutora.

ANA.— Fazer tanta bagunça anarquista com oceano no meio. “Tem que ser livres, Ana”. Que velho rebelde!

MARLIES.— Naquele momento trabalhava em um empreendimento familiar, estava a ponto de morrer de tédio. Para amenizar o trabalho na loja de ferragens comecei a frequentar cursos noturnos. De repente pude aprender coisas que me fascinavam: literatura, história da arte, latim, gramática. Encontrei na Universidade um montão de gente entusiasmada com o noturno que trabalhava fazendo coisas chatíssimas durante o dia. Tínhamos tanta vontade que o mundo ficasse pequeno.

ANA.— Os rebeldes... bom. Conheci outros, também. É complicado, né? Levar aquela vida anarquista, quer dizer, eu. Toda aquela adrenalina, aquela coisa fugitiva. Mãe do céu! Por pouco não fui parte daquilo. Mas isso é outra história.

MARLIES.— Um certo sábado, a gente ia para a ópera com os meus amigos, começava tarde e a gente tinha tempo livre. Na Universidade tinha uma dissertação sobre Wagner e a gente achou que podia ser um bom programa ficar para preencher o tempo restante. Estava para começar quando passou sigiloso e sedutor, andando concentrado, um garoto lindo com olhar decidido. Fiquei impressionada olhando ele andar na minha frente pelo corredor. Depois de alguns minutos a gente entrou no auditório e ali estava ele, sem escrúpulos, parado na frente de todo aquele público argumentando de um jeito que fiquei maravilhada.

ANA.— Tantas histórias. O exílio é isso, né? Histórias e perguntas.

MARLIES.— Aprendi muito com a coragem dele, mas eu tinha outros métodos.

ANA.— Então cresci e fui procurar um trabalho. Eu já tinha intuição. Ninguém se interessava por dança e teatro. Ninguém se interessava por balé. Eu também já não me interessava tanto.

MARLIES.— Tem que ter coragem e muita impertinência para fazer tudo aquilo, certo?

ANA.— Eu gostaria de ter me sentido otimista, mas não sou a minha mãe.

MARLIES.— É preciso ter valentia.

ANA.— É estúpido que ninguém se interesse por dança. Por um breve momento, afloram em mim, muito claras, estas duas vias, não tem outra escolha: Niilismo ou partida. Adivinhem qual escolhi.

Cena III | Espanha

MARLIES *fica na Alemanha*, ANA *se prepara para a nova partida*.

ANA *se apropria das coisas da partida de MARLIES, carrega a mala e os seus pequenos tesouros*.

MARLIES.— Onde estava? O exílio, sim. Te parte. A parte de mim que se regenerou aprendeu novos trabalhos. Toda essa novidade mexe com você.

ANA.— Estava diante de um novo ponto de partida. Queria viajar por viajar, já não era para fugir. Era só por ir.

MARLIES.— Anos depois, os golpes ficam mais mansos e o meu marido vai embora. Partir, voltar. Eu tinha avisado. Ir embora é pegar um trem sem volta, ainda que volte.

ANA.— Primeiro a casa, depois o trabalho. Um amigo me ofereceu um lugar e me avisou “se você topar viver lá, vai poder ficar o quanto quiser”. “Lógico que topo”. Tem alguma coisa de partir o tempo inteiro que amansa o medo. Na aventura, descobrir, no meio desses sentimentos encontro meu *Heimat*.

MARLIES.— “Marlies, você viu o jornal? podemos voltar. Acabou, tudo aquilo acabou, podemos ir embora agora mesmo”. Não. Eu fico, não estou com vontade de continuar correndo, começar de novo. Eu fico. É uma pena ver você partir, a gente se separar, voltar a experimentar a sensação de distância. Mas não. Não vai me convencer. Eu fico. De algum jeito eu acho que ele não chegou nunca, o corpo dele ficou estancado em outro território, mas eu sim consegui me instalar nesta cidade e me reconstruir. Tem fragmentos da gente que ficam pelo caminho, e eu continuei, aquelas partes

ficaram para trás. Eu fico. “Voltar para onde?” eu pergunto. Esse onde já não existe para mim. Essa mulher que fui não está mais, a partida me partiu e mudei de pele, não dá para recuperar as partículas que se soltam da pele/ do couro/ da carcaça. Observar a Ana me fez refletir sobre tudo isso do corpo e do partir. Todo aquele passado é poeira, não existe mais. A minha casa de antes não existe mais. A minha filha não está mais lá. Eu fico. Além disso, gosto muito da minha versão alemã. Eu sou isto, sou aqui, não me mexo. Eu fico. Despeço com um abraço infinito, sinto o coração dele bater. Nos olhamos e reconheço a boca cheia de palavras, mas ele não diz nada, eu também não. É uma partida inefável.

ANA.— É uma palavra muito linda de difícil tradução. Mamãe, como é que a gente dizia *Heimat* em espanhol?

MARLIES.— Ana, e agora onde?

ANA.— Às vezes, a gente começa por ir procurar onde a gente se sente confortável com a palavra.

MARLIES.— Tem alguma coisa neste lugar que tem o meu cheiro. Ou eu cheiro como o lugar. A questão é que o cheiro que sinto aqui, em todas as partes, aqui, sinto como próprio. E essa é outra razão suficiente para ficar.

ANA.— É uma intuição, não sei. Às vezes, a intuição se mistura com o desejo. É uma mesma coisa vibrante no peito que te diz sim, vai. Bom. Preciso encontrar a minha tribo. (ANA *se despede. Se prepara para um novo partir*).

MARLIES.— Tem alguma coisa de estar em um lado só que me faz esquecer que continuo partindo-me, ainda que os outros ainda partam. A partida, o ver partir te parte, mas de outro jeito, certo?

ANA.— Partir. Ir adiante. Partir e chegar. Chegar e sentir-se partida. Outra vez as perguntas. Outra vez procurar onde, quando e com quem. Vão me fazer perguntas, será que em espanhol? Desta vez sei falar melhor.

MARLIES.— O meu marido voltou, partiu, de novo. Eu fico. Quando começávamos a voltar juntos da facultade tinha esse mesmo sentimento. Saíamos da aula e íamos juntos até a praça onde ele pegava o ônibus. Eu ficava no ponto vendo ele ir embora

e, da janela, ele olhava para mim fazendo caretas, sempre era alegre a partida dele. Nem bem a gente se despedia, eu já estava com saudade. Me lembro dele como uma miniatura de tudo isso. Sabe aqueles brinquedos que a gente tem que espiar com um olho e dentro a gente vê uma fotografia? Costumam colocar fotos alegres, mas para mim sempre me parece muito nostálgico. Aquele momento eu lembro assim, vejo claríssimo, como uma antecipação de tudo o que ia acontecer. Ele partindo tranquilo e eu esperando voltar a vê-lo.

ANA.— Me preparo.

MARLIES.— Quando íamos até a praça sempre passávamos por um lugar que se chamava “Antjie” e a gente prometeu que se a gente tivesse uma filha, ela se chamaria assim.

ANA.— Oi, eu sou a Ana.

MARLIES.— “Antjie” com jota. Elegante, né?

ANA.— Quando era pequena me chamavam Antjie. Na verdade, sempre pronunciavam errado e aí cansei. Que me chamem de qualquer jeito. Cheguei à minha casa e anunciei isso. Meu nome é Ana. Chega. Simples, fácil de traduzir, útil e singelo. Ana... Ana, Hanna, Ann, Annie, Annette, Annina, Anita.

MARLIES.— As promessas, bom. Cumprimos. Depois o resto, continuamos tentando.

ANA.— O meu nome é Ana. Sou da... bom. Sou argentina, e alemã, com vontade de ser bailarina de flamenco e ficar na Espanha. Em trânsito não. Estou aqui. Como coloco?

MARLIES.— Quando conheci o meu marido era a época em que eu mais gostava de Chopin, não me interessava muito Wagner, mas ele tinha um jeito de falar que me convencia. Sempre foi muito convincente. É muito útil dominar essa lei, a de persuadir o outro.

ANA.— Chegar e desfazer a mala. Arrumar as fotos para ajeitar o meu próprio lar. Na verdade, tenho só um e levo sempre comigo. Essa imagem foi o meu refúgio.

MARLIES.— Eu me dou melhor com as coisas práticas, nem tanto com a oratória. Mas é lindo ouvir ficção. Tem alguma coisa de tudo isso que envolve a gente, certo?

ANA.— Partir e sentir o assombro. Novamente o suspense.

MARLIES.— Este momento tão profundo de solidão é muito útil para eu retomar as minhas paixões anteriores. Recordar, certo? Percorrer as antigas direções do tempo e olhar.

ANA.— Você tem um? Um refúgio ou uma foto ou alguma coisa que leva sempre com você. Você tem?

MARLIES.— Quando olho para trás lembro as coisas muito lindas.

ANA.— Não tinha ideia de como montar um lar. Não sabia também se queria tudo aquilo que se supõe que tem que querer. Não tinha coisas, não tinha aquelas coisas que supõe um completo refúgio, um de verdade. O ambiente não tinha cheiro de bolos nem de nada doce, não tinha chaleira com água quente em cima do fogão, não tinha nem chaleira nem fogão. Não tinha nada, mas tinha vontade. Uma vontade de tudo aquilo que está por acontecer. Agora sou adulta e sou eu que escolho. Posso partir e posso voltar. Não tem quando, mas sim opção.

MARLIES.— Fazer cursos é muito bom também. Não se esgota a minha vontade de saber. Os anos me estimulam a continuar nesse caminho. Acho que vou ser assim para sempre. O que a gente é, não muda, certo?

ANA.— (*Gritando pela janela*) Quero ir a um tablado. (*Para si mesma*) É assim que diz?

MARLIES.— Tenho quase certeza de que a unidade é possível.

ANA.— Não sei algumas palavras, mas sei muito bem de que tenho vontade.

MARLIES.— Tem alguma coisa mais antiga do que as minhas lembranças que não podem partir-se.

ANA.— Parto e sou isso. Alguma coisa partida que encontra o seu *Heimat* ao partir-se e partir-se e partir. Me entendem? Nem sei como traduzir isso. De algum jeito. Quer dizer. Vou aprendendo que começar pela partida é um bom ponto de... partida? me enrolei um pouco. Que bom seria se tivesse um sinônimo, como é que a gente diz? Quer dizer. Tem vezes que a gente sente assim como... como em um estado intermediário, né? Como este estar entre uma parte e a outra, né?

MARLIES.— A unidade de mim mesma. Porque tem alguma coisa que se mantém em tudo isso de ir e vir, não sei como argumentar, as ficções não são a minha praia, mas tenho certeza disso, da unidade. Dessa coisa de ser uma e muitas ao mesmo tempo.

ANA.— Só quem se partiu uma e outras mil vezes poderia me entender ou me ajudar a traduzir todos esses pensamentos.

MARLIES.— É engraçado também. Sempre ando nessa procura entusiasta e fazer cursos é muito útil.

ANA.— Onde eu estava? Ah sim, Málaga, vim para cá. Chego e começam as perguntas, as definições, as novas procuras. É difícil contar em um idioma as lembranças de outra língua. É como andar e desandar, leva tempo.

MARLIES.— Eu fico.

ANA.— Sei contar melhor com o corpo.

MARLIES.— Tudo vai muito bem. Eu fico.

ANA.— O que é que você faria se percebesse que tudo o que está na sua frente é um abismo sem tradução?

MARLIES.— Quando você encontra o seu próprio centro é melhor ficar. Eu fico.

ANA.— Um lugar específico no tempo e espaço onde parece que tudo está por transbordar e você está por cair.

MARLIES.— Esse centro vamos chamar de equilíbrio.

ANA.— A isso me refiro com abismo. Essa sensação de limiar escuro, que... Não sei como se diz.

MARLIES.— O equilíbrio entre as partes.

ANA.— O segundo salto é mais artístico, se pode dizer. Se o primeiro foi um assombro sem consciência o segundo vem na sequência. Com força de revanche.

MARLIES.— A isso eu gosto de chamar de unidade.

ANA.— (*Sentada na janela da casa*) Não é que eu queira criar uma batalha contra alguém, ou não é isso agora o que tento dizer. Quero me dar de presente o momento de saltar.

MARLIES.— Depois a outra coisa muito linda é descobrir a multiplicidade da unidade.

ANA.— Um salto com passos longos. Talvez revanche também.

MARLIES.— Dá para ser a gente mil vezes. Quer dizer, dá para ser a mesma pessoa de muitas maneiras... E depois, tem essa história de viver, certo?

ANA.— Uma revanche que dance consigo mesma e se mexa para encontrar e contar e dizer a si mesma.

MARLIES.— Essas formas loucas que a gente usa. Esses modos tão exuberantes ou estranhos.

ANA.— Tem partidas que urgem. Existem outras necessárias. De sobrevivência. E tem outras que são muito... aquilo de... quer dizer... como é que a gente diz? Aquilo que... Aquilo que não dá, aquilo que a gente não pode dizer.

MARLIES.— É muito lindo, certo? Quando você se transforma em estrangeira e propriamente exuberante ao mesmo tempo.

ANA.— Você está entendendo, né? Isso que está acontecendo aqui. Isso que se sente assim, como. Bom, o fato é que aconteceu isso e eu parti ou saltei ou tudo junto e aí o negócio começou outra vez.

MARLIES.— Tem alguma coisa disso que me centra. Em mim. Do meu jeito. Fui construindo um método. Mas isso não é o importante. Isso do exílio deve ser o que interessa, né?

ANA.— (*Dançando tango*) Nome, domicílio, data de nascimento, lugar de nascimento, quem são os seus pais, onde moram, por que você está aqui. Nomes, por favor. Endereço. Nomes de novo. Quem são eles. O que fazem. E antes. O que eles faziam antes. Por que foram embora. Por que aqui. Por que você fala com sotaque. De onde exatamente. Como você chegou. Em que data você chegou. Mas de que lugar. Mas por que de tantas partes. Para que partir tanto. Para quê. E por quê. E para quê. E, sei lá, eu danço. (*Pausa*).

MARLIES.— Gera inquietação e movimento, natural.

ANA.— Eu danço.

MARLIES.— Antes de partir, abria a minha janela e pensava que o mundo era aquilo.

ANA.— Eu danço. Sou bailarina e venho dançar.

MARLIES.— Mas quantas maneiras, né?

ANA.— Sim, sei dançar de muitas maneiras.

MARLIES.— Aí está isso do único e múltiplo. Essa mesma janela pela qual você pode ver a vida muito diferente.

ANA.— Mas quero aprender outra coisa. (*Aos vizinhos, da janela*) Onde está o tablado?

MARLIES.— Aí está a minha definição. Partir é mudar o que você vê pela janela. É você quem olha. Uma parte te pertence e a outra recebe a novidade.

ANA.— *Tablao?* Assim sem D. Bom, saber dizer é um começo.

MARLIES.— Quantas maneiras de viver. Por exemplo Inge, da janela dela, dá para ver o Charles, um dia bati na porta dele muito tarde e descobri o seu ritual. Eles têm o costume de levantar cada um a sua cortina e acenar com a mão às dez em ponto antes de ir dormir.

ANA.— Lá, me levem lá. Ou melhor, digam como chego até lá.

MARLIES.— O exílio é o que interessa, sim, mas a primeira partida foi na infância. Aquela mudança de janela foi de dentro para fora. Não me levaram a nenhum lugar, parti para alguma coisa nova em mim. A multiplicidade de unidade, certo? Essa é a partida que dá início a tudo. A partida que inaugura toda essa coisa de tanto partir, a primeira sensação de estar partida e conservar uma parte.

ANA.— Na porta do *tablao* tem um grupo de gente muito no mundo da lua, muito desligada. Olho de longe como se fosse para pegar impulso e me jogar, que nervoso tudo isso outra vez: chegar e se apresentar. Em pé, assim, parecem guardiães. São enormes e não é pelo tamanho, mas sim pelo olhar, eles têm a cabeça alta e o peito estufado. Olham para todos os lados sem medo, como se estivessem esperando alguma coisa, com o olhar intenso para todos os lados, o que estão esperando? (*Ao mesmo tempo com os CANTAORES*) “*Hala guapa, acercate, que no pasa ná!*” (*Continua ANA*) me gritam ao longe... Bom, eu vou.

MARLIES.— Tenho uma infinidade de janelas na minha memória, a casa de verão com a sua paisagem salgada, a minha cozinha de Martínez onde eu via os pinheiros do quintal, a porta de vidro da sala do meu irmão onde a gente sentava para ler e tomar um chá tranquilamente. Tudo aquilo de viver uma

vida que são muitas, certo? É como a roupa. Eu sou eu, mas aparento ser diferente. Tenho uma grande paixão por luvas, tem alguma coisa nas peças de roupas que ajudam muito a gente a se reinventar.

ANA.— Oi, mamãe, sou eu, a Ana, danço em um cenário chamado *tablao*. Isso, mamãe, é assim que a gente fala, louco, né? Parece que eles não gostam do D.

MARLIES.— É muito difícil dominar a técnica da luva. Se eu contar a diversidade de mãos que já medi. É impressionante. É um mundo esse dos dedos e das palmas da mão.

ANA.— Topei com uns rebeldes das letras, e você não imagina. Que pessoas tão impressionantes. O papai ia adorar, são muito criativos. Ele estaria aplaudindo como louco esta ausência de D. Como vão as luvas, mamãe?

MARLIES.— E esse negócio de tocar com outra pele, certo? A memória da mão é uma coisa que... eu sou mais das cores, mas a mão, certo? A mão tem memória própria. Por exemplo, poderia tocar as lantejoulas da primeira roupa que eu fiz para a Antjie com a minha memória. Naquela época não tinha a minha Singer, tive que costurar à mão cada lantejola. Ainda sinto nos meus dedos as feridas das cutucadas da agulha, o corte fininho da lantejola roçando sem muito cuidado a minha pele. Mil trezentas e três lantejoulas costuradas à mão no body rosa que ficava esplêndido na Antjie, depois da mostra ela vestia essa roupa todas as tardes para ensaiar na sala.

ANA.— O fato é que um amigo me empresta esta casa enorme, não estou com medo. Fico como guardiã de uma tremenda solidão.

MARLIES.— Então a Antjie cresce, parte e faz a sua própria vida. Está muito bem. Vai longe. Me conta alguma coisa da revolução e das palavras. Eu contei para as minhas amigas do clube - me inscrevi num clube de poesia, dá para acreditar? Porque, bom, sempre é lindo escutar ficção, o fato é que elas acharam que era um título fantástico para uma edição de poesia, a palavra revolução tem uma atração que não sai de moda.

ANA.— Logo conheço outros mais que pronunciam sem D,

lógico. Aqui, as palavras são ditas assim e eu adoro isso, todos nós falamos um pouco estranho, um pouco tudo diferente e ninguém se incomoda com essa falta de precisão. Guardiã', lhes digo, aqui nós também partimos os S - e aqui a gente fala: 'São os meus guardiã', me guardam a alma de tanta partida, e compartilhamos uma coisa importante que se pronuncia completo: o desejo, guardiã, o desejo. Isso faz com que seja entendido em qualquer idioma.

MARLIES.— Além dos meus esforços, a Antjie se parece bastante com o pai dela. É rebelde e linda. Anda dando voltas pela terra, procurando vai saber o quê.

ANA.— Não precisa de tradução. Tanta vontade se transforma em prática, em ensaios, em palavras partidas e gozos múltiplos. Não é preciso falar tanto quando dá para entender com o corpo.

MARLIES.— Na verdade, um pouco eu sei o que ela está procurando. Eu também estou procurando a mesma coisa, mas cada um com o seu próprio método.

ANA.— Escutam? São eles (*Escutando os sapateados e as palmas*). Potente, né?

MARLIES.— Anos depois, o meu marido volta e me visita. Passamos o tempo inteiro lembrando coisas de outra época. Chega uma idade em que o passado volta com muita força, é assim, tem uma necessidade de repassar.

ANA.— (*As palmas se acoplam*) Aos pouco isso vai se combinando, eu vou combinando e aprendo, descubro, todo este negócio novo das palmas, dos panos de bolinhas e o olhar.

MARLIES.— O esquecimento dói, sentir-se esquecida dói mais, prefiro lembrar.

ANA.— O olhar é diferente, os olhos revelam o de dentro e o corpo expulsa batendo. E goza, mais do que nada goza, depois para o outro cantam bulerías ou partem a camisa. Que maravilha tudo isso de expressar com puro sapateado e mão solta, né?

MARLIES.— Então lembramos coisas da juventude, da infância, da infância da nossa filha, de como pensamos que estaríamos neste momento. Se pudéssemos viajar no tempo perceberíamos várias coisas, principalmente esse negócio da distância e o aprender a ver

as paisagens com os mesmos olhos. Iria buscar a infância para me avisar que o que vem pela frente é só o começo. Tudo começa por partir, por deixar para trás o próprio território e atravessar novas fronteiras. Eu parti, você partiu, todos partimos. E isso não é um jogo de palavras, não é só poesia do verbo partir. É um momento. Todos partimos do território infante e daí para frente, a vida: um contínuo de janelas. Partir te cala, te desfigura, te muda a forma. Onde vão parar todas as outras partes? Ainda que não saiba bem em que acarreta dentro do teu contorno tudo isso parte com você. Não quero entediá-lo com essas meditações tão... pouco interessantes. É assim que se diz? É melhor eu ficar quieta.

Cena IV | A celebração

Nos espaços, um telefone. Um telefone em cada cidade.

É época de Natal. ANA está na Espanha se preparando para a festa.

MARLIES está longe, na Alemanha, bebe.

A paisagem sonora se transforma em cigana. Os CANTAORES sussurram canções. Acompanham ANA, a envolvem.

ANA.— Faz um frio em casa, O Natal está chegando. O Natal mediterrâneo é menos gelado do que o nórdico, mas de qualquer jeito, meu Deus, que frio que está fazendo. Me lembro dos Natais na casa de Boedo da minha avó e não dá para acreditar que agora seja tudo tão diferente. Fazia um calor, fazia sempre tanto calor e com os primos todos suados corríamos sem parar, dinamitávamos o quintal morrendo de rir e sem parar de brincar. A tia Nora trazia a salada russa e nada mais, todos os Natais era a mesma coisa, isso deixava a mamãe louca. Eu adorava esse prato típico e o resto, acho que também, porque sempre comíamos tudo, tinha que se servir rápido. À meia-noite, muito panetone, sidra sem álcool com gosto de xarope para todos os patriotas da infância e confetes de chocolate que se derretiam nem bem a gente metia a mão no pote. A vovó vinha escondida e dava para a gente um pacotinho para cada neto, ela tirou rápido a ilusão do gordinho de trenó, com esse

ato a gente começou a fazer perguntas e de repente o tio Carlos confessou. O negócio é que estou com toda esta espanholada ao redor a pura cantoria de músicas de Natal e preciso encher a casa. Faço uma festa e não estou nem aí: venham todos, *hala*, que nem o mundo inteiro poderia esquentar com a respiração o frio que estou sentindo. Venham e dancem, venham e gozem, venham, *dale*, venham, que a casa é enorme. Saí nessa manhã para comprar o tinto de verão e convidar todos os vizinhos de todos os tablados de cada quarteirão, não dá para acreditar que tenha tanto cigano em cada rua. Você vira a esquina e *hala*, outro *tablaó* com valentões que te olham fixo. Comprei vinho e também: carne, cenoura, cebola, salsão, alho, salsinha. Tudo para fazer o *Vitel Toné* que a minha avó fazia, o que não podia faltar na noite de 24 de dezembro. Natal sempre foi o meu dia livre para comer de tudo. A casa encheu de guardiã' e licor de café, coisa de galegos, é que não sou a única que veio se misturar. Comemos quinze minutos antes de que os sinos anunciassem a meia-noite "venha, rápido, vamos comer!". Um desperdício de tanta comida, tanto preparativo para tanta pressa. Antes da ceia, no meio da bebedeira e da saudade, teve lugar para o ritual. O tablado te puxa, vem no sangue. Carmela, a minha guardiã favorita em todo esse filme andaluz, vestiu o vestido de babado e desafiou o José para que começasse a cantar. A coisa aqui se arma de um momento para o outro sem que a gente perceba, logo depois todos levantam a cabeça e começam as palmas. José fez da mesa de Natal um banquete musical, os pratos, a mesa, os talheres, tudo soava como flamenco. Entoamos uma buleria para exorcizar cada um o seu próprio demônio e abraçados em uma roda prometemos que o melhor estava por chegar. Assim começou a procissão de palmas, gritos e esperança. O estímulo era para cada um e o coro acompanhava nas palmas: "*Qué se venga, coño! A por todo tío, a por todo! Ole el exilio, Ana! Ole tu! Ole!*" Nos abraçamos ao redor do fogo e cantamos aos gritos para o mundo para aliviar um pouquinho tantas sacudidas da alma. Era a última noite de José antes de que partisse, ele queria ir para "fazer a América". Dizia um pouco de brincadeira e outro pouquinho de verdade. É que as

fantasias às vezes andam cruzadas, que obsessão temos em colocar os sonhos do outro lado do mar! Então declarou que aquela noite também seria Ano Novo e de sobremesa... Imaginem ... “*Traigan las uvas, que se vienen las campanadas!*” gritou a Carmela e todos: “*Uno, dos, tres...*” Todos comíamos no ritmo e nos olhávamos mastigar com as bochechas vermelhas. Foi muito engraçado, mas eu não consegui. É preciso estar treinada ou ser uma espanhola da terra para comer com tanta rapidez. Foi impossível para mim, lógico, mas foi no meu tempo e comi treze, porque essa é a minha sorte. Cada uma constrói os seus próprios rituais, né? Por isso, depois do brinde peguei a minha mala de retalho, uma parte do vestido tirolês que a minha mãe fez para mim no nosso primeiro Natal gelado. Dancei um pouco entre eles com o vestido, estou com saudade dela. Se ela me visse mexendo as mãos assim entre tantos ciganos, ia rir. Sei lá. Aos poucos, todos foram embora para dormir e aí estava eu, outra vez, com toda aquela confusão da distância, dos rituais e da solidão. É difícil saber o que fazer diante de tanta novidade, então vou dormir também, me acoplo.

MARLIES.— Desculpa... Queria contar alguma coisa mais bonita. Não deixar uma última imagem, pegada de mim, das minhas lembranças, quero dizer. Quero contar alguma coisa mais linda, posso?

ANA.— Na manhã seguinte, aconteceu aquilo que o meu pai disse que era muito lindo, aquilo de que o corpo chega antes do que a alma. Acordei no dia vinte e cinco de dezembro com vontade de sentir cheiro de churrasco pela janela do quintal, ou dos bolos alemães que a minha mãe fazia, ou qualquer outro cheiro daqueles que um vinte e cinco de dezembro deveria ter em uma casa. Acordei com fome, com aquele ronco na barriga que te faz sentir que tudo serve, que tudo vale se te trouxerem uma *medialuna* com doce de leite nesse mesmo instante. E pensei na professora, lógico que sim. Um raio de sol fininho entrava pela janela mais alta da sala quando abri os olhos para dar uma olhada no que estava acontecendo, bisbilhotando, reconhecendo a lareira, as cadeiras fora de lugar, o cheiro de fumaça ainda presente, os guardiá' que continuavam

por ali jogados sem perceber já que era o dia depois de dançar com tanta magia durante a noite anterior. Estava na terra das bulerias, eu tinha escolhido e tinha que me fazer valer. Tanta partida a gente tem que justificar. Então me levanto, pego as uvas do chão, ponho papel em cima das poças de vinho, pego com cuidado os pratos quebrados, arrasto os guardiã' que se resistem em acordar até o sofá e lavo todo o chão. *Todo pa fora, todo lo que se venga tiene que ser mejor, pa fuera*. Tínhamos prometido muito e íamos cumprir. “*Coreografía tía, haz coreografía*” me disse um guardiã que entreabriu os olhos e me viu dançando com os baldes pela casa. “*Eso qué haces, coño. Hazlo en el tablao, enséñale a Carmela.*” Sim, né? Ele tem razão, eu vim para cá para fazer coreografia e dançar tudo isso. Quero dirigir, me emancipar, ter autonomia sobre o meu corpo, o meu desejo, alimentá-lo de gozo e fazê-lo sentir. Vou fazer isso, juro. “*Venga Carmela, arriba!*” lhe digo enquanto encarno a mais vadia de todas. *Es que esta Carmela no deja nada pa' ella, to' pa' fuera y al otro día no la cuenta ni la encuentras.* “*Hala Carmela, qué me he decidido*”. Então encarno com pura cantoria e comida, aqui é assim, *sin goce no hay na'*. Me olha e entende, sim. Me olha e me diz que sim, que sim e que sim. “*Ole Ana, tu baila y goza, te hemos adoptado ¿a que sí? Que ya eres de las nuestras Ana, ole tu exilio*”. E me dá um negócio aqui no peito que... como eu posso dizer?...

MARLIES.— Seria bom deixar uma sensação mais alegre.

ANA.— Vou dirigir, se acabou. Do salão à assistência, ao moderno, às trinta mil procuras e agora dirigir. Acabou a espera, a preparação infinita, a disciplina. A fome. O sério. Vou fazer isso. Vou fazer coreografias. Criar a minha história, o meu espetáculo, a minha própria ficção.

MARLIES.— Feliz Natal, Ana.

ANA.— Mamãe, Feliz Natal. E feliz Ano Novo. Estamos festejando tudo. Tem que celebrar mamãe. Vou dirigir. Tive uma ideia, quero colocar em prática. Vou criar um espetáculo aqui, aqui, com os meus guardianá' em um *tablao*. Uma coreografia de bulerias.

MARLIES.— Eu gostaria de contar com você.

ANA.— Você quer fazer as saias, as roupas? Desta vez não tem lantejoulas, vai ser mais fácil.

MARLIES.— Contar a parte que você quiser. Contar com você.

ANA.— Estou preparando algo imenso. Vou dirigir uma revolução para reivindicar as causas queimadas. Vamos dar batalha. Dançar histórias desgarradas para que se sustentem, que não sejam perdidas nos fragmentos do tempo, que circulem e convivam com a novidade. Que não transforme a novidade no óbvio, que não se repita o espanto e que se goze, né? Acima de tudo quero que se goze. Que a gente se sinta livre, mamãe.

MARLIES.— Ana, conto com você, como você quiser. Mas vamos contar bem, desde o começo. A vida me deu tudo de presente, Ana, tudo. Isso eu gostaria de contar.

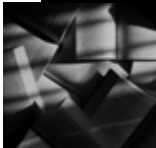
ANA.— Uma peça sobre a partida e a esperança. Batam palmas vamos, que a minha mãe está escutando, *hala!* Vamos fazer alguma coisa espetacular, vamos tramar uma grande trama, vamos contar para ser parte, para construir memória.

Os CANTAORES cantam palavras ditas. Alguma coisa sobre a partida e a esperança do que está por vir. Todos os espaços se unem configurando um único espaço: um grande “tablao”.

Os CANTAORES cantam e dançam. ANA e MARLIES se despedem, ou dão as boas-vindas, tudo isso difícil de partir.

FIM.

FIRST PRIZE



(DE)PART

BELÉN GALAIN

Acknowledgements

To my guardians on this journey, Lilian and Camila.

To Paula, for accompanying the search.

To my friends for their trust and enthusiasm.

To Sasu for her attentive listening and immense hugs.

To my family for the endless support.

To my mom, for giving me metaphors of inexhaustible poetry.

Especially to Ana Bayer, for generously sharing her story and teaching me something about courage and the pertinence of desire.

If I had to date the first fire, it was lit in Faluche, a Galician village, on June 15, 2017. But curiosity appeared earlier, in childhood, with the stories on the birth of my Spanish grandfather. Thanks to them, the grandparents.

To those who have parted, to those who are broken, to those who are elsewhere. To all of them, for building bridges to discover the endlessness of the word part.

Piece for two actresses and five guardians.

“We find all this in the verb “to part”: the moment where departure, rupture, waiting, hope and concern are mixed; then, the game.”
Jean Luc Nancy

Characters

ANA

MARLIES

Scene I | The presentation

ANA.— All this begins somewhere.

MARLIES.— There is a starting point.

ANA.— All this begins with the departure. From one moment to another we left, and that's where things start.

MARLIES.— The departure, parting, either somewhere or breaking oneself. I mean, the departure breaks you.

ANA.— I'm a dancer.

MARLIES.— Every full stop breaks something.

ANA.— The thing is, I dance.

MARLIES.— This is the story of how I began working. From one moment to another we leave for Germany, and I start working.

ANA.— The truth is I want to be a bailaora¹ but I grew up in Germany.

MARLIES.— That's when I start. I become someone fractioned and do a bit of everything.

ANA.— As a child I did theater too, in Buenos Aires, but that's another story.

MARLIES.— I like to say it that way, a bit of everything. Imprecision is very useful. So when they ask me I say that way and they imagine important things.

ANA.— The story is about parting.

MARLIES.— It starts like this.

CANTAORES² *sing spoken words.*

Scene II | Germany

CANTAORES *transform the stage.* ANA *enters the dance studio,*

MARLIES *travels by train.*

¹ A bailaor or bailaora is a person who dances flamenco, especially if they do it professionally (TN).

² A cantaor or cantaora is a person who sings flamenco (TN).

ANA.— I was fifteen years old, I arrived, at fifteen, yes, very few years old, that's how I felt—very young because those who were in the company were older— and my mom took me there and said “yes, we come from Argentina and we had to... what do I know” and the teacher who was right there, talking to me, said “Ah, Argentina! I owe a lot to Argentina. Because I had to leave at one time, too.” She said to me “I owe a lot to it”. So... immediately, for that reason... Also, she said “I know the quality dance studios have there.” Well, and it's true, because compared to those big German girls who were there dancing, you see?

MARLIES.— I'm sitting in a wooden wagon. Antjie asks me for some socks and when I open the suitcase everything falls out across the wagon, the colorful buns spill out like spinning balls to the neighboring travelers, like a catastrophe from a badly packed suitcase all the knitted stockings my mother gave us before we left drift away. Who needs so many wool socks? “Grandma thinks I'm a centipede, mom.”

ANA.— Mom... When I showed up at school I didn't have anything of my own, I was missing my dance clothes, I had lost my bag.

MARLIES.— The train moves forward untamed, without pause.

ANA.— So this director said to me “It doesn't matter, we'll soon find... look around the corner, there are things that the girls leave or forget, look, grab something, behind the screen there is a trunk.” And I remember that I put on a light blue bodysuit, ugly, ugly, ugly, big, everything like that, a bit... apparently it had been thrown away... a grayish light blue, very, very big.

MARLIES.— I look at the clock. It shows eleven in the morning, three minutes past eleven. The sun shines and melts the snow on the side of the train tracks. I had never seen snow, let alone imagined how it drips when it melts. How it dissolves on the metal of the track.

ANA.— I found some of these, what's it called? ugly little shoes. I remember all that, ugly, enormous... I go in there, and there she was, and everyone... and I...

MARLIES.— It's winter and it's very cold. When the train enters the city, a very sharp smell of coal surrounds us, the window is barely open, only a little bit of that air enters. Anyway the smell seeps through. The hair, the clothes, the coat, now everything smells of smoke. Then I see the colors. More than the smell, in me, places are colors. I see the still old houses, the wall. All that... present.

ANA.— Everything big, in me, around me. No one my size had forgotten anything.

MARLIES.— (*Gets off the train*) So we arrive, “knock-knock” (*everyone claps*) “I want a room”. “Yes, a room for a lady and her daughter. Yes, one room. I have few things, no, but I'm not a terrorist.”

ANA.— (*Hides behind MARLIES*). I was kind of ashamed too, I felt very uncomfortable, how could I say that to the teacher. I said, now she is going to ask me questions and I don't know how to say.

MARLIES.— So nothing (*indicating ANA*), pitiful face, no room, and move on. We spend the last little coin in a cafe that took us to Inge. Our savior goddess of those days. We're having coffee while I look through the newspaper. So, I'm seeking and she approaches -a very young girl- and we start talking “where do you come from/ don't you know of some place near here where we can sleep?/ well, up here there are some rooms that the owner of the cafe gives us where we employees can sleep and there is precisely a very small room, there is one free/ Oh, good. We'll talk to the owner then.” The owner is at the back of the cafe, sitting in an armchair, we can see her kind of calculating on a notebook. She's got one of those notebooks wrapped in fabric that people who write important things have. One of those notebooks that are really wrapped up, one of those that you can't know the cover. I move a little closer and hope that she looks at me so as not to interrupt her. I come a bit closer and put on a face as asking for permission. I come a bit closer and smile. In the end she looks at me and asks how she can help me. It all starts over: “Where do you come from/ what are you doing in this town/ so it's you and your daughter/ do you have any suitcases/ and your husband, where is he/ where exactly

do you come from...” I try to answer with ambiguity, imprecision is very useful when you don’t know what the other person thinks of all those things. After a while she looks at me, pauses, and says “of course you can stay.” (MARLIES *enters the room*). When I wake up the next day, it happens to me what people say happens to one, something I’ve read somewhere, that the body arrives before the soul. For a moment I forgot that I was elsewhere. I looked out the window and felt afraid: everything was a single ruin.

ANA.— They accepted me. I was part of the company. I was practically there. Listener. Curious, isn’t it? An entity that listens. Actually, I was an assistant, that’s what it’s called.³

MARLIES.— (*At the same time as ANA*) I am an entity that looks.

ANA.— It was interesting. I didn’t dance but I listened, I observed. How impressive! I assisted the teacher and learned how she worked.

MARLIES.— The thing is, I learn to sew and I make myself some curtains. I’ve always been practical, very practical. Before my favorite object used to be the machine, the typewriter. I am a typist. Because I am a translator. So I learned and I am both things. But being here I discovered I’m good with crafts. I like this thing of doing many things with my hands. When we arrived, there was almost nothing in the room: two little mattresses, our suitcases with socks and little else, and a dilapidated machine, kept here, or rather thrown, as if someone had kicked it to the corner. This place must have been a depository of things that no one uses but no one dares throw away either. In our house in Martinez we had a space for that too, a little room at the back in the backyard to preserve useless memories. It is curious how many things one keeps for no purpose. The point is that that Singer was waiting for me and I gave it the pleasure of returning to activity. In Argentina I didn’t do much

³ There’s a word play here in the original version in Spanish:

“ANA.— Me aceptaron. Fui parte de la compañía. Estaba prácticamente ahí. Oyente. Curioso ¿no? Un ente que oye. En verdad fui asistente, así se llama.

MARLIES.— (*al mismo tiempo que ANA*) Soy un ente que mira.”

The word “oyente” is made up by the verb “oir” (hear or listen), and “ente” (entity). Thus Marlies’ answer (TN).

sewing or things by hand, there was no time. But here in this pause of eyes suspended in a window I realized that I knew something about fixing things. I love objects and I understand why they didn't throw it away, but never before had I tried to fix something. My grandfather was fond of fixing objects, before it used to be natural to make things last over time and I think that's where it all comes from. It's so cold, Christmas is coming. Christmas can be freezing, I didn't know that. The point is I dare sew and well, I'm good at making Tyrolean dresses.

ANA.— After a while I got tired, I wanted to do something else and I left. I abandoned the enormous room, the discomfort. I got into another very well-known institution, one of the first that did other very modern things. They specialized in all these new things. And I started to dance differently.

MARLIES.— This place is in a small town in the middle of a very industrial area. When you arrive, one always hears about this industrial zone, where there is coal and factories and all that. You imagine factories, gray; that's why, when we got to this place and there was green everywhere... a lake, no, a river, or a lake, I don't remember. A lake, in the shape of a river, a "river lake" and green around it and right in the middle, this school, only that makes it weird to me, seeing this thing apart from the ruins. But well, very nice. And there is a school. First the school, and then, well, the rest... I think I've told it all wrong. First the school and then the cafe. Then the room, the machine, then all that. The school came first.

ANA.— I should have done it the other way around.

MARLIES.— We have our suitcases and nothing else. In the suitcases you carry the dresses, you don't carry sheets, towels, pots and all that is useful for you to live. Then people look at us oddly because we only carry our suitcases but we are not tourists, we are not moving but we are not passing by either. And that's what they suspect about.

ANA.— First the choreographies, learning them, learning all that discipline. The hunger that ballet requires. Enduring. Refraining

desire. Enduring hunger, anguish, frustration. Staying in school and going from listener to dancer, being part of the company of the body that dances.

MARLIES.— Sundays I like going out for a walk, it's a habit I've always had. When we first arrived that was a bit odd, going out for a walk. There is a group of ladies who always meet on the same bench and from time to time exchange a word in the middle of that great silence that is this gray place. When I pass in front of them, I say hello with a simple gesture, without opening my mouth so that they don't notice my foreign accent. I even made myself a coat very similar to the ones they use. Anyways, they talk. They don't look straight at me, they whisper, among themselves, not a word to me, the same thing every Sunday, as if I didn't realize. I don't manage the accent very well but I understand everything, I know how to read looks very well, those eyes of ruins. It's very odd to walk around when they're looking at you like that, as if you were carrying a... or who knows what horrors occur to them when they see me go by.

ANA.— Put up with hunger, go to modern. Or get tired before that, abandon the diet and go somewhere else where I can exist. When I left Argentina and said goodbye to my dance teacher, she told me to eat dulce de leche⁴ before I left. Enjoy it while you can because you can't eat anywhere like in Buenos Aires. Make the most of it! Make the most of it before parting. So she told me. That woman was hungry. Now I understand it as a warning, a subtle preview.

MARLIES.— They must remember my arrival mercilessly, with the suitcases, knocking on doors with nothing else to carry. It is curious because I am very fond of storing things, of objects. For me, objects tell... they tell you stories, right? Well, I don't have any stories. I do have, yes, of course, but I don't have any objects and that's what they are suspicious about. They must think “who is this woman who abandoned all her things, she must be hiding something”,

⁴ “Dulce de leche”, or milk jam, is a considered a traditional dish in Argentina (TN).

because no one gets rid of what is good, no one abandons their things if they are decent memories. They must think I hide a guilt, a mistake, a secret. But how to explain exile to these people who don't dare look me in the face?

ANA.— Where was I? I got tired, yes. I wanted to be a bailaora, have you ever seen those women dance? Those people eat and enjoy. They have nothing to do with this classical prohibition. But since the whole Spanish thing was far away, I began to dance with the moderns, their discipline bothers me less, it's a bit freer. Parting is an opportunity to change your appearance, I learned that from mom. I didn't know I was leaving Buenos Aires until some time after I arrived. I was in a place that smelled different, where other rhythms and times were used, without my bag, with half the language, without knowing what story to tell others and myself. Mom had it clearer but it took me a while to understand what was happening.

MARLIES.— When you've got nothing, you want to have some dignity, to be looked at properly, as they used to look at you all your life when you were in your usual house.

ANA.— (*Sets up the space of the ship*) It all started on the ship to Germany, it seems to me, all this confusion. It was one of those passenger ships where you can go to the pool, a lot of adventure, right? The first days of the trip, the pool was hot from the sun and it was great fun to spend the day there, observing the infinity of the sea and the sky, feeling the water and dancing all that I felt. I settled there to try not to think, not to chat, no one asked questions, it was very easy. I played with the sailors who were drinking all the time. It's different to dance with the waves. With the sailors... well. The last week it started to get cold, we were getting closer to Europe. And then that impressive thing about knowing, right? It's a suspense.

MARLIES.— To avoid mistrust or contempt, I took care to keep myself busy and solve. I started out by making a list of what we have and what we don't have. What we don't have we have to solve with what we do have. This is how I learn to do a little bit of everything.

The objects will come later, over time. The first thing was this, to fix the sewing machine, the cuts of fabric that are available at a good price, and then the production. That does take up space. There are days when my daughter behaves like a girl and sets up a giant tent joining all the remnants of fabric. To get what we don't have I have to go out and sell my productions, that's not a problem because Antjie spends all day practicing her choreographies in her room. Sometimes I feel like she doesn't realize I'm leaving. The point is that some nights when I get home I find this tremendous camp. And I like it a little, the days in which there are sales are a triumph and make you want to celebrate. I like to open the door and feel that warmth of the game and of home when we are so far away putting together a fiction that who knows how'll turn out. When we are at that night picnic among the pieces of the Tyrolean dresses, we enjoy a lot. I'm not good at fictional stories but she wants me to tell her any anecdote. The one who tells the best is his dad, I'm better at translating, but well, he stayed there inside a hole.

ANA.— The elder are the ones who choose. I didn't choose to go to Germany, they didn't ask. At home, we didn't talk about politics. We lived, but we didn't talk.

MARLIES.— (*Goes to the boat, next to ANA*) That morning the phone rang very early: "you have 24 hours to disappear, before... well, they dis... do you understand me?" From one moment to another we dismantled the house. But he, well, he wanted to see what happened.

ANA.— We didn't talk. I had to go investigating to understand what was happening. It is something that grows little by little. You have to have that intuition, right? The one that "something is coming".

MARLIES.— The thing at that time was very pronounced, if you were not in, you had to be totally out. That's why we came here. As soon as Antjie came back from the ballet class I asked her to quickly put the most important things in a bag. She looked at me with that face she makes when something makes her curious but she didn't ask anything, she was very cooperative and she did it quickly. For

me the situation was clear, but he was determined to be in-out. He wanted to continue writing from proximity, hidden, with all that danger of closeness. It's not easy being in my place.

ANA.— So we left, I didn't get to choose. Like from one moment to another...

MARLIES.— Although I didn't have great sympathy for a certain sector, I realized who were the ones losing.

ANA.— I came back from rehearsal on the bus looking at things with nostalgia. I knew that something was happening even if we didn't talk about it. I realized that something was coming, but I didn't ask. There was a certain climate at home. Everything was hurried, too hurried “the most important thing here, in the bag, leave the rest.” Until that moment, I had not clearly defined what was most important to me, what was chosen, what was essential. What I should bring. I didn't know what to bring because I didn't know where they were taking me. There was no when, there was no notion of time, of departure, of return. So I pack my shoes, mom, what were these called?

MARLIES.— Dance slippers, yes, take them.

ANA.— Yes, I took them. My pink bodysuit too, the sequin costume from the last dance show, a picture in Aunt Nora's patio, the friendship necklace we made with Loli, a notebook where I stuck a lock of Katinka, my dog; and the souvenir of my first kiss: the wrapper of an orange Sugus, his favorite. I wanted to know where we were going but there was no time for questions, my parents weren't in the mood to explain to me what was happening either. Also, I kind of didn't know how to ask.

MARLIES.— We were losing and we had to leave.

ANA.— Do you know that moment?...

MARLIES.— I didn't hesitate.

ANA.— When the answer scares you.

MARLIES.— We had the problem of the dog. Important details.

ANA.— I didn't dare ask. But honestly, I don't understand why we didn't bring Katinka.

MARLIES.— So we left it behind.

ANA.— Should I have insisted? I don't understand. If there were animals on the ship.

MARLIES.— That's how we traveled by ship to Germany. A kind of cargo ship, one of the last passenger ships. Three weeks at sea.

ANA.— Katinka would have got along so well with the elephants. She would have been a great companion on board.

MARLIES.— Out of the twenty-six passengers, half are members of the Circus, they travel with their elephants to give shows. It is a very joyful journey. The others are happy, during the day they discuss matters related to the sea, travelling, the dichotomy between the human and the animal, they drink and swim in the pool.

ANA.—Who did Katinka stay with?

MARLIES.— There is a very short boy, with a very funny appearance, always wearing a hat, who feeds the elephants doing tricks, one after the other, he makes a very deep cry and the elephants raise their trunks: "aeceeee". They eat more than any other passenger. I don't feel very well, I prefer not to participate in social gatherings and the pool, the whole situation worries me. I think Antjie enjoys this trip a lot like all those who do such a long boat trip for the first time.

ANA.— The adults understood the situation better, I could see that my mother and my aunts called each other all the time, but they didn't tell me anything. I always did dance, since I was little I liked being a dancer. In ballet we didn't talk, with my friends we only practiced. So dance limited me a bit, that way, that search. On the other hand, it saved my life. You don't need language. I was able to resume right away. Instead my old man... well. This is the nice part. (*She asks for music. She goes to the room in Germany*). One day... Dad... comes back. (*She enjoys the musical presentation*) One day he comes back, or arrives. He comes back to me, to us I mean, well. He comes to Germany, and... What an old rebellious man, please!

MARLIES.— We came first. My husband came much later, it took him time and danger to understand that he had to leave. It is not

easy for him to find a German job. He even changed his looks to have more chances.

ANA.— I helped him cut his beard, the old man looked like a gypsy.

MARLIES.— I fixed his clothes so that they would fit him better. He appeared in town, from one moment to the next he had got on a plane. He suffers a lot here, I suffered too, but I regenerate soon. It wasn't always like this for me. Before, I thought it was impossible to go to work. In our house in Argentina we held many meetings, the most interesting people in the country visited us and we discussed passionate ideas about current affairs and politics.

ANA.— My dad, whose tool is language, was unemployed for a long time.

MARLIES.— Once, at one of these meetings, an emancipated woman asked me why I didn't leave Antjie in the care of a girl. "Marlies, there are options, you know? I am also a mother, I have three children and I am calm sitting at this table". Imagine my reaction. It was not the model of life that I would have wanted to follow, I going to work and my baby in the care of a lady.

ANA.— He writes. But not like mom, he makes stories. He is a historian and writes really interesting stories, his head is always full of ideas and plans.

MARLIES.— When Antjie was very little, she told me that the most beautiful thing when she came back from the ballet was to see, from outside, the snack on the dining room table. Dance is very strict and since I was little I had to take care of her with food, but sometimes I would prepare something special for snacks. I think I started the other way around. There was another before. The before, before, before. The before him.

ANA.— My mother did her translations. She had something special to convey the stories of the family. As soon as we arrived, I remember, some nights I would curl up among her Tyrolean fabrics and she would tell me a story about her parents to entertain me while she sewed, she had a grace, a humor for tragedy. What I mean is that one day the old man arrived and that's where the

thing started. Callow and everything he didn't know what to do, he couldn't get anything. And my goodness! what a bastard, he wasn't going to grab anything like mom did.

MARLIES.— I always had to manage on my own, but my curiosity to know the world was great.

ANA.— We would go for a walk looking for an excuse, an inspiration. We discovered the city together and we were surprised all the time. “Ana, let's go there. Do you see that? There's a story there.” And it was like that, there was always some ruin, some surprise, a trace of all that gray that appeared and made him write.

MARLIES.— I longed for that feeling of wonder.

ANA.— The thing is, the old man couldn't get a job. He worked like crazy writing all day, he walked a lot and collected interesting stories, but nobody cared, nobody reads in Spanish and mom was too busy getting money to help him translate all that.

MARLIES.— I had seen it in the movies and was excited to know that mystery.

ANA.— A waste. I don't mean he was wasting himself. Of course not. But I looked at him, I watched all that effort, and for what. Right? What to do with all those ideas that cannot be said. What to do with your name if it is on a blacklist. So much effort. What for, dad?

MARLIES.— One day I make up my mind.

ANA.— So he started from there. From conquering rights from exile. Always with so many plans, and such delirious ideas that with mom we couldn't believe when the others followed him. The thing is that some ladies with ideas as crazy as he was were in Argentina turning around the square. They group together, don't they? Mom and I looked at each other with complicity, and said, yes, they group together. The intrepid group together and make you the great revolution.

MARLIES.— I make up my mind. I enroll in the School of Journalism for a translation course.

ANA.— To make such anarchist mess across the ocean. “You have to be free, Ana.” What a rebellious old man!

MARLIES.— At that time I was working in the family business, I was about to die of boredom. To liven up the work in the hardware store I began to visit night courses. Suddenly I was able to learn things that fascinated me: literature, art history, Latin, grammar. At university I ran into a bunch of other late-night enthusiasts who worked doing boring stuff during the day. We craved so much that the world was too small for us.

ANA.— The rebels... well. I met others, too. It's complex, isn't it? leading that anarchist life, I mean. All that adrenaline, that runaway thing. My goodness! I almost took part. But that is another story.

MARLIES.— One Saturday we were going to go to the opera with my friends, it started late and we had to kill time. At the University there was a dissertation on Wagner and we thought it a good plan to stay to occupy the remaining hours. It was about to start when he passed stealthily and seductively, walking concentrated, a beautiful boy with a determined look. I got caught up watching him walk ahead of me down the hall. A few minutes later we entered the auditorium and there he was, without scruples, standing in front of all that audience arguing in a way that left me amazed.

ANA.— So many stories. Exile is that, isn't it? stories and questions.

MARLIES.— I learnt a lot from his courage, but I had other methods.

ANA.— Then I grew up and looked for a job. I already sensed it. Nobody cares about dance theater. Nobody cares about ballet. I didn't care that much either, at that point.

MARLIES.— You have to have courage and a lot of impertinence to do all that, right?

ANA.— I would have liked to feel optimistic but I'm not my mother.

MARLIES.— It takes bravery.

ANA.— It's stupid that nobody cares about dance. For a brief moment, these two paths emerge in me, very clearly, and I can't but choose: Nihilism or parting. Guess what I choose.

Scene III | Spain

MARLIES *stays in Germany, ANA prepares for the new departure.*

ANA *appropriates MARLIES' parting things, takes with her the suitcase and her little treasures.*

MARLIES.— Where was I? Exile, yes. It breaks you. The part of me that regenerated learned new jobs. All that novelty moves you.

ANA.— I was at a new point of departure. I wanted to travel just to go, no longer to escape. Just to go.

MARLIES.— Years later the blows subside and my husband leaves. To part, to return. I had warned him. Leaving is taking a train without return, even if you come back.

ANA.— First the house, then work. A friend of mine offered me a place and warned me “if you dare live there, you can stay as long as you want.” “Of course I dare.” There is something about parting all the time that tames the fear in you. In the adventure, in discovering, in those feelings I find my *Heimat*.

MARLIES.— “Marlies, have you seen the paper? we can go back. It’s over, all that’s over, we can leave right now.” No. I’m staying, I don’t feel like running anymore, starting over. I’ll stay. It’s a shame to see him part, to get separated, to experience the feeling of distance again. But no. He fails to persuade me. I stay. Somehow I think that he never arrived, his body was stuck in another territory but I did manage to settle in this town and build myself again. There are fragments of one that remain on the road, and I continued, those parts were left behind. I stay. “Go back where?” I ask him. That place no longer exists for me. That woman I was is not here, parting has broken me and I changed my skin, you can’t recover the particles that come off the skin/the hide/the pelt. Observing Ana made me reflect on all this about the body and parting. All that past is dust, it is no more. My old house no longer exists. My daughter is not there anymore. I stay. Also, I really like my German version. I am this, I am here, I won’t move. I’ll stay. I send him off with an infinite hug, I feel his heart beating. We look at each other and I recognize his mouth full of words but he doesn’t say

anything, neither do I. It is an ineffable departure.

ANA.— It is a very beautiful word that is difficult to translate. Mom, how do you say *Heimat* in Spanish?

MARLIES.— Ana, and where to now?

ANA.— Sometimes you start by looking where you feel comfortable with words.

MARLIES.— There is something in this place that smells like me. Or I smell like the place. The point is that the smell that I feel here, everywhere, here, I feel as my own. And it's another reason, enough to stay.

ANA.— It's an intuition, I don't know. Sometimes intuition is mixed with desire. It is the same vibrating thing in the chest that tells you yes, go. Okay. I need to find my tribe. (ANA *says goodbye. She prepares for a new departure*).

MARLIES.— There's something about being in only one place that makes me forget that I'm still breaking apart, although the others are still parting. The departure, the sight of departure breaks you, but in another way, right?

ANA.— To part. Go forward. Part and arrive. Arrive and feel broken. Again, the questions. Once again find where, when and with whom. They are going to ask me questions, will they be in Spanish? This time I know better how to say.

MARLIES.— My husband went back, parted, again. I stay. When we started to come back home together from the University I had this same feeling. We would leave the class and walk together to the square where he took the bus. I would stay at the stop watching him go and he would look at me from the window pulling funny faces, his parting was always amusing. As soon as we said goodbye, I was already missing him. I remember it as a miniature of all this. Have you seen those toys that you have to peep into like that with your eye and inside you see a captured image? They usually put happy pictures in it but I always find it very nostalgic. I remember that moment like this, I see it very clearly, as a preview of everything that was going to happen. He parting at ease and I hoping to see him again.

ANA.— I get ready.

MARLIES.— When we walked to the square we always passed a place called “Antjie” and we promised ourselves that if we ever had a daughter we would call her that way.

ANA.— Hi, I’m Ana.

MARLIES.— “Antjie” with a j. Elegant, isn’t it?

ANA.— As a girl they called me Antjie. Actually, everyone always mispronounced it and I got tired of being called anything. I arrived home and announced it. I’m Ana. It’s over. Simple, easy to translate, useful and straightforward. Ana... Ana, Hanna, Ann, Annie, Annette, Annina, Anita.

MARLIES.— The promises, well. We have kept them. After the other thing, we keep searching.

ANA.— My name is Ana. I’m from... well. I am Argentine, and German, wanting to be a bailaora and stay in Spain. Not in transit. I’m here. How do I write that down?

MARLIES.— When I met my husband it was the time when I liked Chopin the most, I wasn’t very interested in Wagner but he had a way of speaking that convinced me. He was always very convincing. It is very useful to master that law, that of persuading someone else.

ANA.— To arrive and unpack the suitcase. Accommodate the pictures to build my own home. Actually I only have one and I always carry it with me. This image was my refuge.

MARLIES.— I’m better at practical things, not so much at public speaking. But it’s nice to hear fiction. There is something about all that that surrounds you, right?

ANA.— To part and feel the awe. Once again, suspense.

MARLIES.— This moment of such profound solitude is very useful for me to resume my previous passions. Remembering, right? Go through the ancient directions of time and observe.

ANA.— Do you have one? A refuge, or a picture, or something that you always carry with you. Do you have any of those?

MARLIES.— When I look back I remember very nice things.

ANA.— I had no idea of how to build a home. I didn’t know

if I wanted all that that one is supposed to want either. I didn't have any things, I didn't have those things that suppose a complete refuge, a real one. There was no smell of cookies or anything sweet in the environment, there was no hot kettle on the stove, there was neither a kettle nor a stove. I had nothing, but I craved. A craving for all this that is about to happen. Now I am older and I get to choose. I can part and I can return. There is no when, but there is an option.

MARLIES.— Taking courses is also very nice. My desire to know does not cease. The years encourage me to follow that path. I think I'll be like this forever. What is, does not change, right?

ANA.— (*Shouting through the window*) I want to go to a tablado⁵. (*To herself*) Is it said like that?

MARLIES.— I'm almost sure that unity is possible.

ANA.— I don't know some words but I know very well what I crave.

MARLIES.— There is something older than my memory that cannot be broken.

ANA.— I part and I am this. Something split that finds its *Heimat* in splitting and breaking and parting⁶. Do you understand me? I don't know how to translate it. At some point. I mean. I'm learning that starting by parting is a good point... where to part from? I got a little tangled up. A synonym would be good, how do you say that? I mean. There are times when one feels like... like in this middle stage, right? Like being between one part and the other, right?

MARLIES.— The unity of myself. Because there is something that remains in all this coming and going, I don't know how to argue it, fictions are not my thing but I am sure of that, of unity. Of this thing about being one and many at the same time.

⁵ A flamenco tablado or tablao, as called in Spain, is a place where flamenco shows take place (TN).

⁶ Word play between different possible meanings of the verb "to part" in Spanish: "partir" means to depart, to break and to split. In the original version: "ANA.— Parto y soy esto. Algo partido que encuentra su *Heimat* en partirse y partirse y partir. ¿Me entienden? ...» (TN).

ANA.— Only that who has been broken a thousand times could understand me or help me translate all these thoughts.

MARLIES.— It's fun too. I'm always in this enthusiastic search, and doing courses is very useful.

ANA.— Where was I? Ah yes, Malaga, I came here. I arrive and the questions start, the definitions, the new searches. It is difficult to tell in one language memories of another language. It is something related to going forward and then backwards, it takes time.

MARLIES.— I stay.

ANA.— I know how to tell better with the body.

MARLIES.— Everything goes well. I stay.

ANA.— What would you do if you realized that everything in front of you is an abyss without translation?

MARLIES.— When you find your own center it is better to stay. I stay.

ANA.— A specific place in time and space where it seems that everything is about to overflow and you are about to fall.

MARLIES.— That center, let's say equilibrium.

ANA.— That's what I mean by abyss. That feeling of a dark threshold, that... I don't know how to say it.

MARLIES.— The equilibrium amongst the parts.

ANA.— The second jump is more artistic, I could say. If the first was awe without any conscience, the second comes with a run. With the force of revenge.

MARLIES.— What I like to call the unity.

ANA.— (*Sitting at the window of the house*) It's not that I want to fight someone, or that's not what I'm trying to say now. I want to give myself the moment to jump.

MARLIES.— Then the other very nice thing is to discover the multiplicity of unity.

ANA.— A long jump. Maybe revenge too.

MARLIES.— You can be one a thousand times. I mean, you can be the same in many ways... And then all that other thing about living, right?

ANA.— Revenge that dances itself and moves to find and tell and tell itself.

MARLIES.— Those crazy manners people use. Those ways so exuberant or foreign.

ANA.— There are departures that are urgent. There are others that are necessary. A matter of survival. And there are others that are very... this... I mean... what was it called? This that... This that cannot be, this that cannot be said.

MARLIES.— It's very nice, isn't it? When you become a foreigner and properly exuberant at the same time.

ANA.— You understand me, don't you? This that happens to you here. This that feels like this, like. Well, the thing is that this happened to me and I parted or jumped or everything together and then things started again.

MARLIES.— There's something about that that centers me. In myself. In my way. I built a method. But that's not what's important. That thing about exile must be what's interesting, right?

ANA.— (*Dancing tango*) Name, address, date of birth, place of birth, who are your parents, where do they live, why are you here. Names please. Addresses. Names again. Who are they. What do they do. And before. What did they do before. Why did they leave. Why here. Why do you speak with this accent. Where from exactly. How did you get there. What date did you arrive. But from what part. But why so many parts. Why part so much. What for and why and what for, and what do I know, I dance. (*Pause*).

MARLIES.— Movement generates restlessness, it's natural.

ANA.— I dance.

MARLIES.— Before parting, I opened my window and thought the world was that.

ANA.— I dance. I am a dancer and I come to dance.

MARLIES.— But there are many ways, right?

ANA.— Yes, I know how to dance in many ways.

MARLIES.— There is that thing about the unique and multiple. That same window through which you can see life very differently.

ANA.— But I want to learn something else. (*To the neighbors, from the window*) Where are the boards?

MARLIES.— There's my definition. Parting is changing what you look at out the window. You are the one who looks. One part belongs to you and another part receives what's new.

ANA.— Tablao? So, without a D. Well, knowing how to say is a start.

MARLIES.— So many ways to live. For example, Inge, from her window she can see Charles, one day I knocked on her door very late and discovered their ritual. They have the custom of raising each their curtain and waving to each other at ten o'clock before going to sleep.

ANA.— There, take me there. Or better, tell me how to get there.

MARLIES.— Exile is what matters, yes, but the first departure was in childhood. That window change was from the inside. They did not take me anywhere, I parted for something new in me. The multiplicity of unity, right? That's the game that starts it all. The departure that inaugurates all this thing about parting so much, the first sensation of being broken and keeping a part.

ANA.— At the front door of the tablao there is a group of very wild, very crazy people. I look at them from a distance as if to take a run and launch myself, all this about arriving and introducing oneself again makes me nervous. Standing that way they look like guardians. They are huge, and not because of their size but because of their look, they hold their heads high and their chests out. They look in all directions without fear, as if waiting for something, with an intense look in all directions, what are they waiting for? (*At the same time than the CANTAORES*) "Hala⁷, pretty one, come closer, it's okay!⁸" (ANA *continues*) they yell at me from a distance... Well, I go.

⁷ "Hala", interjection used in Spain to instill encouragement or hurry (TN).

⁸ In the original version, the Andalusian way of speaking Spanish is reproduced: "¡Hala guapa, acercate, que no pasa ná!", and so every time Ana quotes the words of the guardians, from now onwards (TN).

MARLIES.— I have an infinite number of windows in my memory, the summer house with its salty landscape, my kitchen in Martínez where I could see the little pine trees in the garden, the window of my brother's living room where we would sit down to read and have tea in peace. All this about living a life that is many lives, right? It's like clothes. I am me but I appear to be different. I have a great passion for gloves, there is something in the garments that help you a lot to reinvent yourself.

ANA.— Hi mom, I'm Ana, I dance on a stage called tablao. Yes mom, it's said that way, crazy, isn't it? It seems they don't like the D's.

MARLIES.— It is very difficult to master the glove technique. If I told you about the diversity of hands that I have measured. It's impressive. A whole world, that of fingers and palms.

ANA.— I ran into some literary rebels, and you don't know. Impressive people. Dad would love this, very creative. He would be clapping like crazy this absence of the D. How are the gloves going, mom?

MARLIES.— And all that about touching with another skin, right? The memory of the hand is something that... I'm more into colors, but the hand, right? the hand remembers by itself. For example, I could touch the sequins on the first outfit I made for Antjie with my memory. Back then I didn't have my Singer, I had to hand sew each sequin. I can still feel the wounds from the needle pricks on my fingers, the fine cut of the sequin rubbing clumsily against my skin. Thirteen hundred and three hand-sewn sequins on a pink bodysuit that looked stunning on Antjie, after the show she wore it every afternoon to practice in the living room.

ANA.— The thing is that a friend of mine lends me this enormous house, I'm not afraid. I stay as guardian of a tremendous solitude.

MARLIES.— So Antjie grows up, leaves and builds her own life. That's alright. She goes far away. She tells me something about the revolution and the words. I told my friends at the club—I signed up for a poetry club, can you believe it? because, well, it's always nice to listen to fiction—the thing is, they thought it was a fantastic title

for an edition of poetry, the word revolution has an attraction that never goes out of style.

ANA.— I soon meet others who are pronounced without a D, of course. Here, words are said like that and I love that, we all speak a little oddly, a bit different and nobody is bothered by that lack of precision. Guardiane⁹, I call them, here we also split the S's —and we say here¹⁰—. They are my guardiane', they keep my soul from so much parting, and we share something important that is pronounced complete: desire, guardiane', desire. That is understood in any language.

MARLIES.— Despite my best efforts, Antjie is quite like her father. She is rebellious and beautiful. She's turning around the earth looking for who knows what.

ANA.— It doesn't need a translation. So much craving is transformed into practices, in rehearsals, broken words and multiple enjoyment. You don't need to talk so much when you understand each other with your body.

MARLIES.— Actually, I kind of know what she's looking for. I am also looking for the same thing, but each one with their method.

ANA.— Are you listening? It's them (*hearing the heels and clapping*). Powerful, isn't it?

MARLIES.— Years later my husband comes back and visits me. We spend all our time remembering things from another time. There comes an age when the past returns with great strength, it's like that, there is a kind of need to review it.

ANA.— (*She joins the clapping*) Little by little this is building up, I'm building up, and I learn, I discover, all this new thing about the clapping, the dots and the look.

MARLIES.— Oblivion hurts, feeling forgotten hurts more, I prefer to remember.

ANA.— You look in a different way, the eyes reveal what's inside

⁹ “Guardiane”, the Andalusian pronunciation of “guardianes” (guardian), omitting the final S (TN).

¹⁰ Referring to “aquí” (Spanish word for “here”) as opposed to “acá”, the way Argentine Spanish speakers say it (TN).

and the body expels it with blows. And they enjoy themselves, above all they enjoy themselves, then for the rest they sing bulerías or tear their shirts apart. Isn't it beautiful to express everything with heels and a loose hand?

MARLIES.— Then we remember things from youth, from childhood, from our daughter's childhood, from how we thought we would be at this moment. If I could travel in time, I would warn myself of several things, especially this thing about being far away and learning to look at landscapes with the same eyes. I would go look for myself in childhood to let me know that what is coming is only the beginning. Everything begins by parting, by leaving behind one's own territory and crossing new frontiers. I parted, you parted, we all parted. And this is not a language game, it is not just poetry of the verb to part. It is a moment. We all start off from the infant territory and from then on, life: a continuum of windows. Parting penetrates you, blurs you, changes your shape. Where do all those other parts end up? Even if you don't know well what you carry within your contour, all that parts with you. I don't want to bore you with these very... disinteresting meditations. Was it said like that? I better shut up.

Scene IV | The celebration

In the spaces, a telephone. A phone in each city.

It's Christmas time. ANA is in Spain preparing for the celebration.

MARLIES is far away, in Germany, she is drinking.

The sonorous landscape becomes gypsy. The CANTAORES whisper songs. They accompany ANA, they surround her.

ANA.— It's cold in the house, Christmas is coming. Mediterranean Christmas is less chilly than the Nordic one but anyways, my goodness, how cold it is. I remember Christmas at my grandmother's house in Boedo and I can't believe that everything is so different now. It was so hot, it was always so hot and my cousins and I, all sweaty, ran so much, we dynamited the patio with giggles

and games. Aunt Nora brought the Russian salad and nothing else, the same thing every Christmas, that drove mom crazy. I loved her typical dish, and the rest I suppose also because they always ate everything, you had to hurry to serve yourself. At midnight a lot of panettone, non-alcoholic cider that tasted like syrup for all the patriots of childhood, and chocolate candies that melted as soon as you put your hand in the pot. Grandma came stealthily and gave each grandson a little envelope, she quickly took away from us the illusion of the chubby man in the sleigh, with that act we began to ask questions and from one moment to the next Uncle Carlos confessed. The thing is that I'm with all these Spanish people around me singing Christmas carols and I need to fill the house. I throw a party, and what do I care: come on everyone, hala! that not even the whole world could warm with their breath the cold I feel. Come and dance, come and enjoy, come, come on, come on, that the house is huge. I went out that morning to buy *tinto de verano*¹¹ and invite all the neighbors from all the *tablaos* on each block, it's unbelievable how many gypsies there are on each street. You turn the corner and hala! another *tablaos* with handsome men who stare at you. I bought wine and added: meat, carrot, onion, celery, garlic, parsley. Everything to cook the *Vitel Toné* that my grandmother used to make, the inevitable dish on Christmas Eve. Christmas was always my day off to eat everything. The house was filled with *guardiane'* and coffee liqueur, a Galician thing, I'm not the only one who came here to blend. We had dinner fifteen minutes before the bells announced twelve "come, quickly, eat!". Such a waste of food, so much preparation for such a rush. Before dinner, in the midst of drunkenness and melancholy, there was room for the ritual. The boards pull, so is their blood. Carmela, my favorite guardian in this entire Andalusian movie, put on the ruffles and harangued José so that he would start humming. The thing here starts from one moment to another without you realizing it, immediately everyone raises their foreheads and the clapping begins. José turned the Christmas table into a musical banquet,

¹¹ "Tinto de verano" is a cold, wine-based drink popular in Spain (TN).

the plates, the table, the cutlery, everything sounded like flamenco. We sang a bulería to exorcise each one of us their own demon and hugging each other in a circle we promised ourselves that the best was yet to come. Thus began the procession of clapping, shouting, and hoping. The encouragement was from one to the other and the chorus was accompanied with clapping: “Let it come, damn it! Go for everything man, go for everything! Ole exile, Ana! Ole you! Olé!”¹² We hugged each other around the fire and sang loudly to the world to alleviate a little so much shaking of the soul. It was José’s last night before he left, he wanted to leave for America¹³. He said it a little as a joke and a little bit seriously. It’s just that fantasies sometimes go mixed, what an obsession some of us have with putting our dreams across the ocean! Then he declared that that night would also be New Year, and for dessert... Just imagine... “Bring the grapes, the bells are coming!” Carmela yelled, and everyone: “One, two, three...” We all ate at the rhythm of the bells and watched each other chew with red cheeks.¹⁴ It was a lot of fun but I couldn’t make it. It is necessary to be trained or to have been born a Spaniard to eat them with such speed. It was impossible for me, of course, but I took my time and ate thirteen, because that is my fortune. Each one builds its own rites, right? That’s why after the toast I looked inside my suitcase for this piece, a part of the Tyrolean dress my mom made me on our first chilly Christmas. I danced amongst them for a while with this on, I miss her. If she saw me moving my hands like this amongst so many Gypsies, she would laugh. What do I know. Little by little they all went to sleep and there I was, once again, with all this confusion of distance, rites

¹² “Olé”, an interjection used in Spain to express enthusiasm or joy for something or someone. Also, an expression that encourages or applauds in a show, especially flamenco or bullfighting (TN).

¹³ In the original version, “hacer la América”, expression that refers to leaving for some place in America in search of better life opportunities (TN).

¹⁴ This refers to the Spanish tradition of eating twelve grapes on New Year’s Eve, just before the clock strikes midnight (TN).

and loneliness. It's hard to know what to do in the face of so much that is new, so I go to sleep too, I join the rest.

MARLIES.— Excuse me... I would like to tell something nicer. Not leaving a last image, trace, of me, of my memories, I mean. I want to tell something more beautiful, can I?

ANA.— The next morning something happened to me, that that my dad says is very nice, that thing about the body arriving before the soul. I woke up on December 25th wanting to smell barbecue out of the window, in the patio, or the German cookies my mom made, or any other smell of those that should be in a house on December 25th. I woke up hungry, with that noise in my belly that makes you feel like everything is a bargaining chip, that anything goes if they bring you a croissant with dulce de leche at that very moment. And I thought of the teacher, of course I did.

A halo of thin sunlight entered through the highest window of the living room when I opened my eyes as if to peep at what was happening, checking out the place, recognizing the fireplace, the chairs, out of place, the smell of smoke still present, the guardian's who were still scattered around without realizing that it was daylight already, after dancing with so much magic the night before. I was in the land of bulerías, I had chosen it and I had to make it worth it. So many partings must make one fair. So I get up, I pick up the grapes from the floor, I put paper on the puddles of wine, I carefully pick up the broken dishes, I drag the guardian's who refuse to wake up to the couch and I wash everything down. Everything out, everything that comes must be better, out. We had promised a lot and I was going to fulfill it. "Choreography girl, do choreography" a guardian told me who half-opened his eyes and saw me dancing with the buckets all over the house. "What you are doing, damn it. Do it on the tablao, teach Carmela." And I should, right? If he's right, if I came here to do choreography and dance to all of this. I want to direct, emancipate myself, have autonomy over my body, my desire, feed it with joy and make it feel. I'm going to do it, yes. "Come on, Carmela, up!" I tell her while I pick up the sluttiest of all. It's just that this Carmela doesn't leave anything for

her, she's all out and the next day you can't even find her. "Hala Carmela, I've made up my mind." So I raise her with humming and food, it's that way here, without enjoyment there is nothing. She looks at me and understands, and yes. She looks at me and says yes, yes and yes. "Ole Ana, you dance and enjoy, we have adopted you, right? That you are already one of ours Ana, ole your exile ". And something arises here in my chest that... how to tell it?...

MARLIES.— It would be nice to leave a happier sensation.

ANA.— I'm going to direct, it's over. From the room to assistance, to modern, to the thirty thousand searches, and now I'll direct. The waiting is over, the infinite preparation, the discipline. The hunger. What's serious. I'm going to do it. I'm going to make choreographies. Create my story, my show, my own fiction.

MARLIES.— Merry Christmas, Ana.

ANA.— Mom, Merry Christmas. And New Year. We are celebrating everything. We must celebrate, mom. I'm going to direct. I had an idea, I want to carry it out. I am going to create a show here¹⁵, with my *guardiane'* in a *tablao*. A *bulería* choreography.

MARLIES.— I would like to count on you.

ANA.— Would you like to make the skirts, the costumes? This time there are no sequins, it'll be easier.

MARLIES.— Tell the part you want. Tell it with you.¹⁶

ANA.— I'm preparing something huge. I am going to lead a revolution to vindicate the burned causes. We are going to fight. To dance torn stories so that they are sustained, that they are not lost in the fragments of time, that they circulate and coexist with what's new. That the obvious does not become a novelty, that the

¹⁵ In the original version, "here" appears twice, in its Spanish and Latin American versions: "Voy a crear un espectáculo aquí, acá, con mis *guardiane'* en un *tablao*. Una coreografía de *bulerías*." (TN)

¹⁶ Word play with the verb "contar", which means to tell and also to count (on someone):

"MARLIES.— Me gustaría contar con vos.

ANA.— ¿Querés hacer las polleras, los trajes? Esta vez no hay lentejuelas, va a ser más fácil.

MARLIES.— Contar la parte que quieras. Contarlo con vos." (TN)

horror is not repeated, and that we enjoy, right? Above all I want us to enjoy ourselves. To feel free, mom.

MARLIES.— Ana, I'll tell it with you, however you want. But let's tell it well, from the beginning. Life has given me everything, Ana, everything. I would like to tell that.

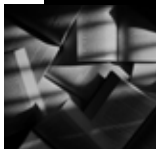
ANA.— A play about parting and hope. Clap your hands, come on, that my mom is listening, hala! We are going to do something spectacular, we are going to plot a great plot, to tell to be a part of it, to remember.

The CANTAORES hum spoken words. Something about departing and hoping for what's to come. All the spaces come together to form a single space: a large tablao.

The CANTAORES sing and dance. ANA and MARLIES say goodbye, or welcome each other, all that which is complex to part.

THE END.

PREMIER PRIX



PARTIR (SE PARTAGER)

BELÉN GALAIN

Remerciements

Je remercie mes gardiennes dans cette traversée, Lilian et Camila.

Paula, pour sa compagnie dans la recherche.

Mes ami.e.s, pour leur confiance et leur enthousiasme.

Sasu, pour son écoute attentive et ses immenses câlins.

Ma maman, pour m'offrir des métaphores d'une poésie inépuisable.

Ana Bayer, spécialement, pour avoir partagé avec générosité son histoire et m'avoir appris quelque chose sur le courage et la pertinence du désir.

Si je devais dater le premier feu, il a été allumé à Faluche, un hameau galicien, le 15 juin 2017. Mais la curiosité est apparue avant, quand j'étais enfant, avec les histoires natales de mon grand-père espagnol. Merci à eux, les grands-parents.

À ceux qui sont partis, à ceux qui se sont partagés, à ceux qui sont quelque part ailleurs, merci. À eux tous, merci pour avoir tendu des ponts permettant de découvrir ce que le mot « partir » a d'interminable.

Pièce pour deux actrices et cinq gardiens.

« Nous trouvons tout cela dans le verbe *partir* : le moment où se mélangent le départ, la rupture, l'attente, l'espoir, et l'inquiétude ; puis, la partance. »

Jean-Luc Nancy

Personnages

ANA

MARLIES

Scène I | La présentation

ANA.— Tout ça commence quelque part.

MARLIES.— Il y a un point de départ.

ANA.— Tout ça commence avec le départ. D'un moment à l'autre nous sommes parties, et c'est là que tout démarre.

MARLIES.— Le départ, le fait de partir, quelque part, ou bien d'être soi-même partagé. Je veux dire que le départ te divise en parts.

ANA.— Je suis danseuse.

MARLIES.— Tout point de départ met à part quelque chose.

ANA.— Le fait, c'est que je danse.

MARLIES.— Cette histoire raconte comment j'ai commencé à travailler. Du jour au lendemain nous partons en Allemagne, et je commence à travailler.

ANA.— Pour dire la vérité, je veux être *bailaora* mais j'ai grandi en Allemagne.

MARLIES.— C'est là que je commence. Je deviens quelqu'un qui sait se répartir entre ses activités et je fais un peu de tout.

ANA.— Enfant, je faisais du théâtre aussi, à Buenos Aires, mais c'est une autre histoire.

MARLIES.— J'aime bien le dire comme ça, un peu de tout. L'imprécision, c'est utile. Alors, quand quelqu'un me demande, je dis comme ça, un peu de tout, et on imagine des choses importantes.

ANA.— C'est une histoire sur le départ.

MARLIES.— Elle commence comme ça.

Des CANTAORES fredonnent des mots.

Scène II | Allemagne

Des CANTAORES transforment la scène. ANA entre au studio de danse, MARLIES voyage en train.

ANA.— J'avais quinze ans, je suis arrivée, quinze ans, oui,

toute jeune, c'était ce que je sentais -une gamine, parce qu'ils étaient bien plus grands que moi ceux qui faisaient partie de la compagnie- et ma maman m'a amenée et a dit « oui, nous venons de l'Argentine, et nous avons dû... je ne sais pas quoi » et la professeure, qui parlait avec moi, a dit « Ah, l'Argentine ! Je lui dois tellement ! Parce que j'ai dû moi aussi partir à une époque ». Elle m'a dit « je lui dois tellement ». Donc, immédiatement, pour cette raison... En plus, elle a dit « Je connais la qualité qui ont là-bas les studios de danse ». Bon, et puis c'est vrai, si on compare avec les Allemandes un peu lourdaudes qui dansaient là, tu vois ? MARLIES.— Je suis assise dans un wagon en bois. Antjie me demande une paire de chaussettes et, quand j'ouvre la valise, tout tombe par terre, les boules de couleurs s'éparpillent comme de petites balles qui roulent jusqu'aux voyageurs près de nous, comme une catastrophe s'éloignent de cette valise mal faite toutes les chaussettes tricotées que nous a données ma mère avant notre départ. Qui a besoin de tant de chaussettes de laine ? « Grand-mère pense que je suis un mille-pieds, maman ».

ANA.— Maman... Quand je me suis présentée à l'école, je n'avais rien à moi, je n'avais pas mes vêtements de danse, j'avais perdu mon petit sac.

MARLIES.— Le train avance, indomptable, sans pause.

ANA.— Cette directrice, alors, m'a dit « Ça ne fait rien, on va trouver quelque chose... regarde là, les filles laissent leurs affaires ou les oublient, regarde, cherche-toi quelque chose, derrière le paravent il y a un coffre ». Et je me souviens que j'ai mis un maillot bleu ciel, laid, laid, laid, grand, un peu... ça se voyait qu'on l'avait jeté... un bleu ciel un peu gris, très, très grand.

MARLIES.— Je regarde ma montre. Il est onze heures du matin, onze heures trois minutes. Le soleil brille et fait fondre la neige à côté de la voie ferrée. Je n'avais jamais vu de la neige, et je n'avais pas non plus imaginé comme elle goutte quand elle fond, comme elle se dissout sur le métal de la voie.

ANA.— J'ai trouvé une paire de ces... on les appelait comment déjà ? ballerines laides. Je me rappelle tout ça,

laid, énorme... j'entre, elle était là, et tous... et moi...

MARLIES.— C'est l'hiver et il fait très froid. Quand le train entre en ville, une odeur à charbon très prégnante nous enveloppe, la fenêtre est à peine ouverte, il n'y a que ce filet d'air qui pénètre. De toute façon, l'odeur se filtre. Les cheveux, les vêtements, le manteau, maintenant tout sent la fumée. Alors je vois les couleurs. Plutôt que l'odeur, en moi, les lieux sont des couleurs. Je vois les maisons encore vieilles, le mur... Tout ça... présent.

ANA.— Tout grand, en moi, tout autour. Personne de ma taille n'avait rien oublié.

MARLIES.— (*Descend du train*) Alors nous arrivons, « toc, toc » (*tous applaudissent*) « je veux une chambre ». « Oui, une chambre pour une dame et sa fille. Oui, une chambre. J'ai peu d'affaires, non, mais je ne suis pas terroriste ».

ANA.— (*Se cache derrière MARLIES*). J'avais aussi un peu honte, je n'étais pas à l'aise, comment le dire à la professeure. Je pensais, là elle va me poser des questions et, moi, je ne sais pas dire.

MARLIES.— Donc rien (*Signalant quelque chose à ANA*) mine chagrine, pas de pièce, nous continuons. Nous dépensons le dernier petit sou dans un café qui nous a menées jusqu'à Inge. Notre déesse sauveuse de ces jours-là. Nous prenons un café pendant que je cherche sur le journal. Alors, je suis en train de chercher et elle s'approche de moi -une très jeune fille- et nous nous mettons à parler « d'où venez-vous / connaissez-vous un endroit près d'ici où pouvoir dormir ? / bon, ici à l'étage il y a des chambres que la propriétaire met à disposition des employés pour que nous puissions dormir, et il y a justement une toute petite chambre de libre / Ah, bon, nous allons donc parler avec elle ». La propriétaire est au fond du café, assise sur un fauteuil, on la voit comme si elle faisait des comptes sur son cahier. Elle a un de ces cahiers couverts de toile que possèdent les gens qui écrivent des choses importantes. Un de ces cahiers qui sont très couverts, dont on ne connaît pas la véritable couverture. Je m'approche un peu et j'attends qu'elle me regarde pour ne pas l'interrompre. Je m'approche un peu plus et je fais mine de demander la permission. Je m'approche un petit peu

plus et je souris. Enfin elle me regarde et me demande en quoi elle peut m'aider. Ça recommence « D'où venez-vous / que faites-vous dans ce village / c'est vous et votre fille alors / avez-vous des valises / et votre mari où est-il / d'où venez-vous exactement ». J'essaie de lui répondre avec ambiguïté, l'imprécision, c'est très utile quand tu ne sais pas ce que pense l'autre de tout ça. Un instant plus tard, elle me regarde, fait une pause, et dit « vous pouvez rester, bien sûr ». (MARLIES *entre dans la chambre*). Quand je me réveille le lendemain, il m'arrive ce dont on parle souvent, j'ai lu quelque part que le corps arrive avant l'âme. J'ai oublié l'espace d'un instant que j'étais ailleurs. J'ai regardé par la fenêtre et j'ai eu peur : tout n'était qu'une seule ruine.

ANA.— J'ai été admise. Je faisais partie de la compagnie. J'étais pratiquement là. Auditrice libre. Drôle, n'est-ce pas ? Un être qui entend. En réalité, j'étais assistante, c'est comme ça que ça s'appelle.

MARLIES.— (*En même temps qu'ANA*) Je suis un être qui regarde.

ANA.— C'était intéressant. Je ne dansais pas mais j'écoutais, j'observais. C'était impressionnant ! J'assistais la professeure et j'apprenais en la regardant travailler.

MARLIES.— L'histoire, c'est que j'apprends à coudre et je me fais des rideaux. J'ai toujours été pratique, très pratique. Avant, mon objet préféré était la machine, celle à écrire. Je suis dactylo. Parce que je suis traductrice. Alors, j'ai appris les deux métiers. Mais ici je me suis découvert une habileté pratique pour les travaux manuels. Quand nous sommes arrivées, la chambre était vide : deux petits matelas, nos valises contenant des chaussettes plus deux ou trois choses, et une machine délabrée qui était rangée ici, ou plutôt jetée, comme si quelqu'un l'avait poussée à coups de pieds jusqu'au coin. Ce lieu devait être un entrepôt d'objets dont personne ne se sert mais qu'on n'ose pas mettre à la poubelle. Chez nous, à Martínez, on avait un espace pour ça aussi, une petite pièce au fond de la cour pour mettre à l'abri des souvenirs inutiles. C'est drôle comme on peut garder des objets sans but. Le truc, c'est que cette Singer m'attendait ici et c'est grâce à moi qu'elle a eu le plaisir de reprendre son activité. En Argentine je ne m'adonnais pas trop à la couture

ni aux loisirs créatifs de la sorte, je manquais de temps. Mais ici, dans cette pause de regards suspendus d'une fenêtre, je me suis aperçue que je me débrouillais assez bien pour réparer des choses. J'adore les objets et je comprends pourquoi on ne l'a pas mise à la poubelle, mais jamais je n'avais essayé de réparer quoi que ce soit. Mon grand-père avait cette capacité-là de réparer des objets, avant cette disposition de faire durer les choses était naturelle, et je crois que ça me vient de là. Il fait si froid, c'est bientôt Noël. À Noël il peut geler, je ne le savais pas. Le fait, c'est que j'ose coudre et, bon, ces robes tyroliennes, je les réusis.

ANA.— Au bout d'un moment, j'étais fatiguée. J'ai quitté la salle énorme, le malaise. Je suis partie à une autre institution très connue, une des premières à avoir fait des choses très modernes. Sa spécialité, c'étaient les nouveaux trucs. Et j'ai commencé à danser d'une manière différente.

MARLIES.— Cet endroit se trouve dans un petit village au milieu d'une zone très industrielle. Quand tu arrives, tu entends tout le temps parler de cette zone industrielle, où il y a du charbon et des usines et tout le tintouin. Tu penses à des usines, à quelque chose de gris ; c'est pour ça que, quand nous sommes arrivées ici, et que tout était vert... un lac, non, une rivière, ou un lac, je ne sais plus. Un lac à la forme d'une rivière, un "lac rivière" avec plein de vert tout autour, et au milieu cette école, ce qui est déjà drôle pour moi, voir ça à l'extérieur des ruines. Mais bon, c'est très joli. Et il y a une école. D'abord l'école, et puis, bon, le reste... Je crois que je ne l'ai pas bien raconté. D'abord l'école et ensuite le café. Après la pièce, la machine, puis tout ça. D'abord, l'école.

ANA.— J'aurais dû faire à l'envers.

MARLIES.— Nous avons nos valises et c'est tout. Dans les valises, tu mets les robes, tu ne mets pas de drap, pas de serviette de bain, pas de casserole, ni rien de ce qui sert à vivre. Les gens, alors, nous regardent d'une manière spéciale, parce que nous avons seulement une valise, mais nous ne sommes pas de touristes, et ce n'est pas un déménagement, mais nous ne sommes pas, non plus, de passage. Et ils soupçonnent de ça.

ANA.— D’abord les chorégraphies, les apprendre, apprendre cette discipline. La faim que le ballet exige. Supporter. Supporter le désir. Supporter la faim, l’angoisse, la frustration. Rester à l’école et passer d’être auditrice à danseuse, faire partie de la compagnie du corps qui danse.

MARLIES.— Le dimanche, j’aime sortir me promener, c’est une habitude depuis toujours. Quand nous sommes arrivées, c’était un peu drôle ça, nous promener. Il y a un groupe de dames qui se retrouvent toujours sur le même banc et, de temps en temps, échangent un mot au milieu de ce grand silence, ce lieu si gris. Quand je passe devant elles, je les salue d’un geste simple, sans ouvrir la bouche, pour qu’elles ne s’aperçoivent pas de mon accent étranger. Je me suis même fait une petite veste très semblable à celle qu’elles portent. Malgré tout, elles font des commentaires. Elles ne me regardent pas droit dans les yeux, elles chuchotent, entre elles, alors qu’elles ne m’adressent même pas la parole. C’est pareil tous les dimanches, comme si je ne m’en rendais pas compte. Je ne domine pas bien l’accent, mais je comprends tout, je sais très bien lire les regards, ces yeux de ruines. Ce n’est pas agréable de se promener quand quelqu’un te regarde comme ça, comme si tu portais une... ou va savoir à quelles horreurs elles pensent quand elles me voient passer.

ANA.— Supporter la faim, passer à la danse moderne. Ou m’en lasser avant, abandonner le régime et partir quelque part où je puisse exister. Quand, en quittant l’Argentine, j’ai fait mes adieux à ma professeure de danse, elle m’a conseillé de manger de la confiture au lait avant de partir. Elle m’a dit d’en profiter, parce qu’on ne mange nulle part ailleurs comme à Buenos Aires. D’en profiter. D’en profiter avant de partir. C’est comme ça qu’elle a dit. Comme elle avait faim, cette femme. Maintenant je comprends ça comme un avertissement, une anticipation subtile.

MARLIES.— Ils se rappellent certainement sans pitié mon arrivée, avec mes valises, frappant aux portes, sans rien d’autre à traîner. C’est drôle, parce que j’ai cette tendance à garder des choses, je m’attache beaucoup aux objets. À mon avis, les objets parlent...

te racontent des histoires, n'est-ce pas ? Bon, je n'ai pas d'histoires. Enfin, si, j'en ai, mais je n'ai pas d'objets, et c'est pour ça qu'ils soupçonnent. Ils doivent penser « qui est cette femme qui a laissé toutes ses affaires, elle cache quelque chose », parce que personne ne se débarrasse de ce qui est bon, personne n'abandonne ses objets, s'il s'agit de souvenirs dignes. Ils doivent penser que je cache une faute, une erreur, un secret. Mais comment expliquer l'exil à ces gens qui n'osent pas me regarder en face ?

ANA.— Où j'en étais ? Je disais que j'étais fatiguée. Je voulais être *baïlaora*. Vous avez déjà vu danser ces nanas ? Ces gens-là mangent et jouissent. Ils n'ont rien à voir avec l'interdiction classique. Mais comme j'étais loin de l'espagnolade, je me suis mise à danser avec les modernes. Leur discipline me gêne moins, elle est un peu plus libre. Partir est une occasion pour changer d'aspect, c'est maman qui me l'a appris. J'ai su que je quittais Buenos Aires quelque temps après mon arrivée. J'étais dans un endroit qui sentait d'une manière différente, où étaient d'usage d'autres rythmes, d'autres horaires, sans mon sac, avec une langue que je parlais à moitié, sans savoir quelle histoire raconter aux autres et à moi-même. Pour maman, c'était plus clair, mais moi j'ai mis longtemps à comprendre ce qui était en train de se passer.

MARLIES.— Quand tu n'as rien, tu veux avoir de la dignité, qu'on te regarde comme il faut, comme on t'a regardé toute la vie quand tu étais dans ta maison de toujours.

ANA.— (*Monte l'espace du bateau*) Elle a commencé sur le bateau vers l'Allemagne, je crois, toute cette confusion. C'était un de ces bateaux à passagers sur lesquels tu vas à la piscine. L'aventure, n'est-ce pas ? Pendant les premiers jours de voyage, la piscine était chaude à cause du soleil, et c'était amusant d'y passer la journée, en observant cet infini de la mer et du ciel, sentir l'eau et danser tout ce que j'éprouvais. Je m'y suis installée comme pour essayer de ne pas penser, de ne pas bavarder. Personne ne me posait de questions, c'était très facile. Je jouais avec les marins, qui prenaient tout leur temps. C'est différent de danser avec les vagues. Avec les marins... bon. La semaine dernière, il a commencé à faire froid,

on approchait de l'Europe. Et puis ce truc frappant de connaître, n'est-ce pas ? Quel suspense !

MARLIES.— Pour éviter la méfiance ou le mépris, je me suis souciée de m'affairer et de résoudre. J'ai commencé par dresser une liste de ce que nous avons et de ce que nous n'avons pas. Ce qui nous manque doit être résolu avec ce que nous avons. C'est comme ça que j'apprends à faire un peu de tout. Les objets arriveront plus tard, avec le temps. La première chose à faire c'était ça, réparer la machine à coudre, les tissus bon marché, et puis la production. Ça prend de la place, tout ça. Il y a des jours où ma fille fait la gamine et monte une tente géante en mettant ensemble les morceaux de tissu. Pour obtenir ce dont nous avons besoin, je suis obligée de sortir pour vendre mes productions. Ce n'est pas un problème parce qu'Antjie passe sa journée à pratiquer ses chorégraphies dans la chambre. Parfois je crois qu'elle ne se rend pas compte que je m'en vais. L'histoire, c'est que certains soirs, en rentrant, je trouve ce campement terrible. Et, moi, j'aime aussi un peu, les jours où il y a des ventes, c'est un triomphe, et ça donne envie de faire la fête. J'aime ouvrir la porte et sentir cette chaleur du jeu et du foyer quand on est si loin, en train de construire une fiction dont on ne peut pas connaître le résultat. Quand nous sommes dans ce pique-nique nocturne entre les morceaux des robes tyroliennes, nous profitons beaucoup. Moi, je ne suis pas très forte en narration d'histoires de fiction, mais elle veut que je lui raconte n'importe quelle anecdote. C'est son père qui raconte mieux les histoires, moi, je suis plus forte en traduction, mais bon, lui est resté là-bas, dans un trou.

ANA.— Ce sont les grands qui choisissent. Je n'ai pas choisi de partir en Allemagne, on ne m'a pas demandé. À la maison on ne parlait pas politique. On vivait, mais on ne parlait pas.

MARLIES.— (*S'approche du bateau, à côté d'ANA*) Ce matin-là, le téléphone a sonné de bonne heure: « vous avez vingt-quatre heures pour disparaître, avant que... bon, qu'on vous dis... vous comprenez ? On a très rapidement démonté la maison. Mais lui, bon, il a voulu savoir ce qui allait se passer.

ANA.— On n'en parlait pas. J'ai dû me mettre à chercher pour

comprendre ce qui était en train de se passer. C'est quelque chose qui grandit petit à petit. Il faut avoir quand même cette intuition, n'est-ce pas ? L'intuition que quelque chose va venir.

MARLIES.— Le truc, c'est que j'étais très marquée à cette époque-là, si tu n'étais pas dedans, il fallait que tu sois entièrement dehors. C'est pour ça que nous sommes venues ici. Dès qu'Antjie est rentrée de sa classe de ballet, je lui ai demandé de mettre ses affaires plus importantes dans un petit sac. Elle m'a regardée avec cette tête qu'elle fait quand quelque chose éveille sa curiosité, mais elle ne m'a rien demandé. Elle a été très collaborative et l'a fait rapidement. Pour moi, la chose était claire, mais lui s'entêtait à rester dedans-dehors. Il tenait à continuer à écrire depuis la proximité, caché, avec tout ce danger voisin. Ce n'est pas facile d'être à ma place.

ANA.— Alors, nous sommes parties, je n'ai pas choisi. Comme d'un moment à l'autre...

MARLIES.— Même si je ne ressentais pas une vive sympathie pour un certain secteur, je voyais bien qui étaient les perdants.

ANA.— Je revenais de la répétition et sur l'autobus je regardais les choses avec nostalgie. Je savais qu'il se passait quelque chose même si on n'en parlait pas. Je sentais venir quelque chose, mais je ne posais pas de question. Il y avait une ambiance à la maison. Nous avons tout fait à la hâte, trop à la hâte, « les affaires plus importantes, ici, dans le petit sac, le reste, laisse-le ». Jusqu'à ce moment-là ce n'était pas clair pour moi ce qui était le plus important, ce que je choisisais, l'indispensable. Ce que je devais emporter. Je ne savais pas ce que je devais emporter, parce que je ne savais pas où on me menait. Il n'y avait pas de quand, il n'y avait pas de notion du temps, du départ, du retour. Alors j'ai rangé mes petits chaussons, maman, on les appelait comment déjà ?

MARLIES.— Des ballerines, oui, prends-les.

ANA.— Oui, je les ai rangées. Mon maillot rose, aussi, le costume à paillettes du dernier spectacle de danse, une photo dans la cour de tante Nora, le collier d'amitié que nous avons fait avec Loli, un cahier sur lequel j'ai collé une mèche de Katinka, ma petite chienne ; et le souvenir de mon premier baiser : le papier d'un

Sugus orange, son préféré. Je voulais savoir où nous allions, mais il n'y avait pas le temps pour poser des questions, mes parents n'étaient pas d'humeur à m'expliquer ce qui arrivait. Moi, je ne savais pas non plus comment leur demander.

MARLIES.— Nous perdions et nous devons partir...

ANA.— Tu connais ce moment... ?

MARLIES.— Je n'ai pas hésité.

ANA.— Quand tu as peur de la réponse.

MARLIES.— On avait le problème de la chienne. Des détails importants.

ANA.— Je n'ai pas osé demander. Mais, vraiment, je ne comprends pas pourquoi nous n'avons pas amené Katinka.

MARLIES.— Alors, nous l'avons laissée.

ANA.— J'aurais dû insister ? Je ne comprends pas, parce que sur le bateau il y avait des animaux.

MARLIES.— Voilà comment nous avons voyagé vers l'Allemagne. C'était comme un navire marchand, un des derniers bateaux de croisière. Trois semaines en haute mer.

ANA.— Katinka se serait très bien entendue avec les éléphants. Elle aurait été une compagne formidable à bord.

MARLIES.— Des vingt-six passagers, la moitié sont des membres du Cirque. Ils voyagent avec leurs éléphants pour faire des spectacles. C'est un voyage très joyeux. Les autres passagers s'amuse, pendant la journée ils discutent sur la mer, les voyages, la dichotomie entre l'humain et l'animal, ils boivent et ils nagent dans la piscine.

ANA.— Avec qui est restée Katinka ?

MARLIES.— Il y a un jeune homme tout petit, à l'aspect très marrant, qui porte toujours un chapeau et nourrit les éléphants en utilisant des astuces, l'une après l'autre. Il pousse un cri très grave et les éléphants lèvent leur trompe : « aéééééé ». Ils mangent plus que n'importe quel autre passager. Moi, je ne me sens pas très bien, je préfère ne pas participer aux activités sociales ni me baigner dans la piscine. La situation m'inquiète. Je crois qu'Antjie profite beaucoup de ce voyage comme tous

ceux qui font pour la première fois un si long voyage en bateau. ANA.— Les adultes comprenaient mieux le truc. Moi, je voyais que maman et mes tantes se téléphonaient tout le temps, mais ne me racontaient rien. J'ai toujours fait du ballet, depuis toute petite j'ai aimé être danseuse. Au studio de ballet, on ne parlait pas, avec mes amies nous ne faisons que des pratiques. La danse, alors, me bornait un peu, comme ça, cette recherche. Mais, d'autre part, elle m'a sauvé la vie. On n'a pas besoin de la langue. J'ai pu m'y remettre tout de suite. En revanche, mon vieux... bon. Voici le beau côté. (*Demande de la musique. Va à la chambre de l'Allemagne*). Un jour... papa revient. (*Jouit de la présentation musicale*). Un jour, il revient, ou il arrive. Il revient vers moi, vers nous, je veux dire, bon. Il vient en Allemagne, et... quel vieux rebelle, quand même ! MARLIES.— D'abord, c'est nous qui sommes venues. Bien plus tard, mon mari. Ça lui a pris du temps et du danger de comprendre qu'il devait partir. Ce n'est pas facile pour lui de trouver un travail allemand. Il a même changé d'aspect pour avoir plus de chances. ANA.— Je l'ai aidé à se tailler la barbe. Il avait une touche de gitan, le vieux.

MARLIES.— J'ai un peu transformé ses vêtements pour qu'il se sente à sa place ici. Il est apparu, d'un instant à l'autre il est monté sur un avion. Lui, il souffre beaucoup ici. J'ai souffert, moi aussi, mais je me régénère aussitôt. Ça n'a pas toujours été pareil pour moi. Avant, je trouvais impossible le fait d'aller travailler. Chez nous, en Argentine, nous faisons beaucoup de réunions, les gens les plus intéressants du pays nous rendaient visite, et nous discussions sur des idées passionnantes concernant l'actualité et la politique.

ANA.— Papa, dont l'outil de travail est la langue, a été longtemps au chômage.

MARLIES.— Une fois, lors d'une de ces réunions, une femme émancipée m'a demandé pourquoi je ne laissais pas Antjie aux soins d'une fille. « Marlies, il y a des options, tu sais ? Moi aussi je suis mère, j'ai trois enfants et je suis toute calme assise à cette table ». Figurez-vous ma réaction. Ce n'était pas le modèle de vie que j'aurais voulu suivre, moi, au travail, et ma gamine confiée à une dame.

ANA.— Lui, il écrit. Mais pas comme maman. Lui, il fait des histoires. Il est historien et écrit des histoires très intéressantes. Il a toujours la tête pleine d'idées et de projets.

MARLIES.— Antjie, toute petite, m'a dit que le plus joli, c'était de voir, en rentrant de sa classe de ballet, déjà depuis l'extérieur, le goûter servi sur la table de la salle à manger. La danse est très stricte, et depuis sa plus tendre enfance, j'ai dû faire attention à ce qu'elle mangeait, mais parfois pour le goûter je lui préparais quelque chose de spécial. Je crois que j'ai commencé à l'envers. Il y a eu un autre avant. L'avant, avant, avant. L'avant lui.

ANA.— Ma mère faisait ses traductions. Elle avait quelque chose de spécial pour transmettre les histoires de la famille. Dès notre arrivée, je me souviens, certaines nuits je me pelotonnais parmi ses étoffes tyroliennes et elle me racontait une histoire sur ses parents pour m'amuser pendant qu'elle cousait. Elle avait une grâce, un humour pour la tragédie. Ce que je veux dire, c'est qu'un jour mon vieux est arrivé, et c'est là que tout a commencé. Tout imberbe qu'il était, il ne savait pas quoi faire, il ne trouvait pas. Et, bon sang ! quel enfoiré, il n'allait pas prendre n'importe quoi comme faisait maman.

MARLIES.— J'ai toujours dû me débrouiller toute seule, mais ma curiosité pour connaître le monde était grande.

ANA.— Nous allions nous promener à la recherche d'une excuse, d'une inspiration. Nous découvriions la ville ensemble et nous étions tout le temps surpris. « Ana, allons-y. Tu vois ça ? Il y a une histoire là-bas ». Et c'était comme ça, il y avait toujours une ruine, une surprise, une trace de tout ce gris qui apparaissait et le faisait écrire.

MARLIES.— J'aspirais à cette sensation d'étonnement.

ANA.— La chose, c'est que le vieux ne trouvait pas d'emploi. Il travaillait comme un fou et écrivait toute la journée, il marchait beaucoup et recueillait des histoires intéressantes, mais on s'en foutait, personne ne lit en espagnol, et maman était très occupée à gagner de l'argent pour l'aider à traduire tout ça.

MARLIES.— Je l'avais vu dans les films et je brûlais d'envie d'apprendre ce mystère-là.

ANA.— Un gaspillage. Enfin, je ne veux pas dire qu'il se soit gaspillé. Bien sûr que non. Mais je le regardais, je regardais tout cet effort, et pourquoi. Non ? Que faire de toutes ces idées qui ne peuvent pas se dire. Que faire de votre nom s'il est sur une liste noire. Tant d'efforts. Pourquoi, papa ?

MARLIES.— Un jour, je me décide.

ANA.— Alors, il a commencé par là. Par la conquête des droits depuis l'exil. Toujours avec tant de projets, et des idées tellement délirantes qu'avec maman on n'en revenait pas quand les autres le suivaient. Le fait, c'est que des dames avec des idées aussi folles que les siennes étaient en Argentine en train de faire des tours sur la place. Elles se regroupent, n'est-ce pas ? Nous nous sommes regardées complices avec ma mère, nous nous sommes dit, eh oui, elles se regroupent. Les intrépides se regroupent et te font la grande révolution.

MARLIES.— Je me décide. Je m'inscris à l'École de Journalisme pour un cours de traduction.

ANA.— Faire tout ce bordel anarco à l'autre bout de l'océan. « Il faut être libre, Ana ! » Quel vieux rebelle !

MARLIES.— À cette époque-là, je travaillais dans l'entreprise familiale, et j'allais mourir d'ennui. Pour me rendre plus léger le travail à la quincaillerie, j'ai commencé à suivre des cours du soir. Soudain, j'ai pu apprendre des choses qui me passionnaient : la littérature, l'histoire de l'art, le latin, la grammaire. J'ai rencontré à l'université un tas d'autres enthousiastes nocturnes qui travaillaient à faire des choses ennuyeuses pendant la journée. Nous en avons tellement envie que le monde était trop petit pour nous.

ANA.— Les rebelles... bon. J'en ai rencontré d'autres, aussi. C'est complexe, n'est-ce pas ?, de mener cette vie anarchiste, je crois. Toute cette adrénaline, cette chose fugitive. Mon Dieu ! J'ai failli en faire partie. Mais c'est une autre histoire.

MARLIES.— Un samedi, j'allais à l'opéra avec mes amis, ça commençait tard et nous devions faire passer le temps. À l'université,

il y avait une conférence sur Wagner et nous avons pensé que c'était un bon plan d'y rester pour tuer les heures. Elle était sur le point de commencer quand j'ai vu passer de manière furtive un beau garçon plein de charme, qui marchait l'air concentré et le regard déterminé. J'étais ravie de le voir marcher devant moi par le couloir. Quelques minutes plus tard, nous sommes entrés à l'auditorium et le voilà, sans scrupules, debout devant tout ce public, en train de donner des arguments qui m'ont émerveillée.

ANA.— Tant d'histoires. L'exil, c'est ça, n'est-ce pas ? des histoires et des questions.

MARLIES.— J'ai beaucoup appris du courage avec lui, mais, moi, j'avais d'autres méthodes.

ANA.— Alors, j'ai grandi et j'ai cherché un travail. J'en avais déjà eu l'intuition. La danse-théâtre, on s'en fiche. Le ballet, on s'en fiche. Moi aussi, je m'en fichais déjà un peu.

MARLIES.— Il faut avoir du courage et beaucoup d'impertinence pour faire tout ça, n'est-ce pas ?

ANA.— J'aurais aimé me sentir optimiste mais je ne suis pas ma mère.

MARLIES.— Il faut du courage.

ANA.— C'est stupide que la danse n'intéresse personne. Pendant un bref instant, émergent en moi, très clairement, ces deux voies, entre lesquelles il me faut absolument choisir : nihilisme ou départ. Devinez ce que choisit.

Scène III | Espagne

MARLIES *reste en Allemagne, ANA se prépare pour le nouveau départ.*

ANA *s'approprié des affaires de départ de MARLIES, emporte la valise et ses petits trésors.*

MARLIES.— Où j'en étais ? L'exil, oui. Ça te divise en plusieurs parties. La part en moi qui s'est régénérée a appris de nouveaux travaux. Toute cette nouveauté te bouleverse.

ANA.— J'étais devant un nouveau point de départ. Je voulais voyager rien que pour aller quelque part, pas pour la fuite. Rien que pour aller quelque part.

MARLIES.— Des années plus tard, les coups s'amadouent et mon mari s'en va. Partir, retourner. Je l'avais prévenu. S'en aller, c'est prendre un train sans retour, même si tu retournes.

ANA.— D'abord, la maison, puis, le travail. Un ami m'a proposé un lieu et m'a avertie « si tu n'as pas peur de vivre là, tu peux rester tant que tu veux ». « Bien sûr, ça ne me fait pas peur ». Il y a quelque chose de partir tout le temps qui amadou la crainte. Dans l'aventure, la découverte, dans ces sentiments-là je trouve ma *Heimat*.

MARLIES.— « Marlies, tu as vu le journal ? Nous pouvons rentrer. C'est fini, tout ça s'est terminé, nous pouvons partir maintenant ». Non. Moi, je reste, je n'ai pas envie de continuer à courir, de recommencer. Je reste. C'est dommage de le voir partir, de nous séparer, d'éprouver une autre fois la sensation de l'éloignement. Mais non. Il ne parvient pas à m'en persuader. Je reste. D'une certaine façon, je pense qu'il n'est jamais arrivé, son corps est resté bloqué dans un autre territoire, alors que, moi, j'ai réussi à m'installer dans ce village et à me construire de nouveau. Il y a des fragments de soi qui restent sur le chemin et, moi, j'ai poursuivi ma route, ces parties sont restées derrière. Je reste. « Rentrer où ? », je lui demande. Cet où n'existe déjà plus pour moi. Cette femme que j'ai été n'est plus là, le départ m'a partagée, et j'ai changé de peau. On ne peut pas récupérer les particules qui se détachent de la peau/ du cuir. Regarder Ana m'a fait réfléchir sur toute cette question du corps et du départ. Tout ce passé, c'est de la poussière, il n'est plus là. Ma maison d'autrefois n'existe plus. Ma fille n'est pas là-bas. Je reste. D'ailleurs, j'aime beaucoup ma version allemande. Je suis ça, je suis cet endroit, je ne bouge pas. Je reste. Je lui dis au revoir en le serrant infiniment dans mes bras, je sens son cœur qui bat. Nous nous regardons et je reconnais sa bouche pleine de mots, mais il ne dit rien. Moi, non plus. C'est un départ ineffable.

ANA.— C'est un très joli mot difficile à traduire. Maman, on disait comment *Heimat* en espagnol ?

MARLIES.— Ana, et maintenant où ?

ANA.— Quelquefois on commence par aller là où l'on se sent à l'aise avec le mot.

MARLIES.— Il y a quelque chose dans ce lieu qui sent à moi. Ou c'est moi qui sens comme le lieu. En tout cas, l'odeur que je sens ici, partout ici, m'appartient. Et c'est encore une raison suffisante pour rester.

ANA.— C'est une intuition, je ne sais pas. Parfois, l'intuition se mélange avec le désir. C'est une même chose vibrante dans la poitrine qui te dit oui, vas-y. Bon. J'ai besoin de trouver ma tribu. (ANA fait ses adieux. Elle se prépare pour partir de nouveau).

MARLIES.— Il y a quelque chose dans le fait de rester d'un seul côté qui me fait oublier que je continue de me diviser en plusieurs parties, même si les autres partent encore. Le départ, voir partir nous brise, mais d'une autre façon, n'est-ce pas ?

ANA.— Partir. Aller de l'avant. Partir et arriver. Arriver et se sentir divisé en plusieurs parties. De nouveau les questions. De nouveau chercher où, quand, et avec qui. On va me poser des questions, elles seront en espagnol ? Cette fois-ci, je sais mieux dire.

MARLIES.— Mon mari est rentré, parti, de nouveau. Moi, je reste. Quand nous rentrions ensemble de la fac, j'avais ce même sentiment. Nous sortions de la classe et nous marchions ensemble jusqu'au jardin où il prenait l'autobus. Moi, je restais à l'arrêt en train de le regarder partir et lui me regardait depuis la fenêtre en grimaçant, toujours amusants ses départs. À peine parti, il me manquait déjà. Je pense à lui comme à une miniature de tout ça. Tu as vu ces jouets dans lesquels tu dois espionner pour y voir une image capturée ? D'habitude, on y met des photos joyeuses, mais pour moi c'est très nostalgique. Ce moment, je m'en souviens ainsi, je le vois très clairement, comme une anticipation de tout ce qui allait se passer. Lui, partant à son gré, moi, espérant le revoir.

ANA.— Je me prépare.

MARLIES.— Quand nous marchions jusqu'au jardin, nous

passions toujours devant un endroit qui s'appelait "Antjie", et nous nous sommes promis que si un jour nous avions une fille, nous l'appellerions comme ça.

ANA.— Salut, je suis Ana.

MARLIES.— "Antjie" avec un « j ». C'est élégant, n'est-ce pas ?

ANA.— Enfant, on me disait Antjie. En réalité, on l'a toujours mal prononcé et ça me fatigue qu'on m'appelle n'importe comment. Je suis arrivée à la maison et je l'ai annoncé. Je suis Ana. C'est fini. Simple, facile à traduire, utile et épuré. Ana... Ana, Hanna, Ann, Annie, Annette, Annina, Anita.

MARLIES.— Les promesses, bon. Nous les avons tenues. Après, autre chose, nous continuons à chercher.

ANA.— Mon nom est Ana. Je suis... Je suis argentine, et allemande, j'ai envie d'être *bailaora* et de rester en Espagne. De passage, non. Je suis ici. Comment je l'écris ?

MARLIES.— Quand j'ai rencontré mon mari, c'était l'époque où j'aimais le plus Chopin. Wagner ne m'intéressait pas beaucoup, mais lui avait une façon de parler qui me persuadait. Il a toujours été très convaincant. Il est très utile de maîtriser cette loi, celle de persuader l'autre.

ANA.— Arriver et défaire les valises. Mettre bien les photos pour arranger mon foyer à moi. À vrai dire, je n'ai qu'une seule, que je porte toujours avec moi. Cette image est mon refuge.

MARLIES.— Moi, je suis plutôt portée sur les choses pratiques, pas tellement sur l'oratoire. Mais écouter des fictions, c'est joli. Il y a quelque chose dans tout ça qui nous enveloppe, n'est-ce pas ?

ANA.— Partir et sentir l'étonnement. De nouveau le suspense.

MARLIES.— Ce moment de solitude si profonde me permet de reprendre mes passions antérieures. Me souvenir, n'est-ce pas ? Parcourir les adresses anciennes du temps et regarder.

ANA.— Tu en as un ? Un refuge, ou une photo, ou quelque chose que tu portes toujours avec toi. Tu en as ?

MARLIES.— Quand je regarde en arrière, je me rappelle de très belles choses.

ANA.— Je n'avais aucune idée de comment arranger un intérieur.

Je ne savais pas non plus si je voulais tout ce qu'on est censé vouloir. Je n'avais pas de choses, je n'avais pas ces choses qui supposent un refuge complet, un vrai refuge. Il n'y avait aucune odeur de biscuits ni de quoi que ce soit de sucré dans l'ambiance, il n'y avait pas de bouilloire chaude sur la cuisinière, il n'y avait ni bouilloire ni cuisinière. Je n'avais rien, mais j'avais envie. Envie de tout ce qui est sur le point d'arriver. Maintenant je suis grande et c'est moi qui choisis. Je peux partir et je peux revenir. Il n'y a pas de quand, mais il y a un choix.

MARLIES.— Prendre des cours, c'est très bien aussi. Mon envie de savoir ne cesse pas. Les années m'encouragent à suivre cette voie. Je crois que je serai comme ça pour toujours. Ce qu'on est ne change pas, non ?

ANA.— (*En criant par la fenêtre*) Je veux aller à un *tablado*. (*À elle-même*) C'est comme ça qu'on les appelle ?

MARLIES.— Je suis presque sûre que l'unité est possible.

ANA.— Je ne sais pas dire certains mots mais je sais très bien ce dont j'ai envie.

MARLIES.— Il y a quelque chose de plus ancien que mon souvenir qui ne peut pas être brisé.

ANA.— Je pars et je suis ça. Quelque chose de partagé qui trouve sa *Heimat* en se divisant en plusieurs parties et en se brisant et en partant. Me comprenez-vous ? Je ne sais pas comment le traduire. Dans un certain sens, je veux dire. Je comprends petit à petit que commencer par le départ est un bon point de... départ ? Je m'embrouille un peu. Ça serait bien d'avoir un synonyme, ça se dit comment ? Je veux dire. Parfois on se sent comme ça... comme dans cette situation intermédiaire, non ? Comme être entre une partie et une autre, non ?

MARLIES.— L'unité de moi-même. Parce qu'il y a quelque chose qui se maintient dans tout ce va-et-vient, je ne sais pas comment l'argumenter, les fictions, je ne les maîtrise pas, mais je suis sûre de ça, de l'unité. De ce truc d'être une et plusieurs en même temps.

ANA.— Seulement quelqu'un qui se soit divisé en parts une et mille fois pourrait me comprendre ou m'aider à traduire toutes ces pensées.

MARLIES.— C'est amusant, aussi. Je mène toujours cette recherche enthousiaste, et faire des cours est très utile.

ANA.— Où j'en étais ? Ah oui, Malaga, je suis venue ici. Voilà que j'arrive et que fusent les questions, les définitions, les nouvelles recherches. Il est difficile de raconter en une langue des souvenirs d'une autre langue. C'est une question de faire et de défaire, ça prend du temps

MARLIES.— Moi, je reste.

ANA.— Je sais mieux raconter avec le corps.

MARLIES.— Tout va très bien. Moi, je reste.

ANA.— Que ferais-tu si tu te rendais compte que tout ce qu'il y a en face de toi est un abîme sans traduction ?

MARLIES.— Quand tu trouves ton propre axe, il vaut mieux rester. Moi, je reste.

ANA.— Un lieu spécifique dans le temps et l'espace où l'on dirait que tout est sur le point de déborder et, toi, tu tomberas.

MARLIES.— Cet axe, disons, l'équilibre.

ANA.— C'est ce que je veux dire par abîme. Cette sensation de seuil sombre, que... Je ne sais pas comment ça se dit.

MARLIES.— L'équilibre entre les parties.

ANA.— Le deuxième saut est plus artistique, je pourrais dire. Si le premier était un étonnement sans conscience, le deuxième a pris de l'élan. Il a la force de la revanche.

MARLIES.— Ce que j'aime appeler l'unité.

ANA.— (*Assise à la fenêtre de la maison*) Ce n'est pas que je veuille batailler avec quelqu'un, ou ce n'est pas ça, du moins, ce que j'essaie de dire maintenant. Je veux m'offrir le moment de sauter.

MARLIES.— Puis, ce qu'il y a aussi de très joli, c'est de découvrir la multiplicité de l'unité.

ANA.— Un saut d'un bon pas. C'est peut-être aussi une revanche.

MARLIES.— On peut être soi-même mille fois. Je veux dire, on peut être la même de plusieurs façons... Puis, toute cette autre question de vivre, n'est-ce pas ?

ANA.— Une revanche qui se danse elle-même et bouge pour trouver et raconter et se dire.

MARLIES.— Ces façons folles que les gens emploient. Ces façons exubérantes ou étrangères.

ANA.— Il y a des départs urgents. Il y en a d'autres nécessaires, dont dépend notre survivance. Et il y en a d'autres qui sont très... ce que... je veux dire... ça se disait comment ? Ce qui ne peut pas, ce qui ne peut pas être dit.

MARLIES.— C'est très joli, n'est-ce pas ? Quand tu deviens étrangère et vraiment exubérante à la fois.

ANA.— Vous me comprenez, n'est-ce pas ? Ce qui nous arrive ici. Ce qui est ressenti comme ça, comme, bon, voilà ce qui m'est arrivé et je suis partie ou j'ai sauté ou tout à la fois et là l'histoire a de nouveau démarré.

MARLIES.— Il y a là quelque chose qui me remet dans mon axe. En moi. À ma façon. J'ai peu à peu construit cette méthode. Mais ce n'est pas ça qui est important. C'est la question de l'exil qui doit intéresser, n'est-ce pas ?

ANA.— (*Dansant du tango*) Nom, adresse, date de naissance, lieu de naissance, qui sont tes parents, où habitent-ils, pourquoi es-tu ici. Des noms, s'il te plaît. Des adresses. Encore des noms. Qui sont-ils. Que font-ils. Et avant. Que faisaient-ils avant ? Pourquoi sont-ils partis ? Pourquoi ici ? Pourquoi parles-tu avec cet accent ? D'où exactement. Comment es-tu arrivée. À quelle date es-tu arrivée ? Mais d'où ? Mais pourquoi tant d'endroits ? Pourquoi partir autant ? Pour quoi faire et pourquoi, et je ne sais pas, je danse. (*Pause*).

MARLIES.— Le mouvement génère de l'inquiétude, c'est naturel.

ANA.— Je danse.

MARLIES.— Avant de partir, j'ouvrais ma fenêtre et je pensais que le monde était ça.

ANA.— Je danse. Je suis danseuse et je viens danser.

MARLIES.— Mais combien de façons, non ?

ANA.— Oui, je sais danser de beaucoup de façons.

MARLIES.— Voilà cette question de l'unique et le multiple. Cette même fenêtre à travers laquelle tu peux voir la vie très différente

ANA.— Mais je veux apprendre quelque chose d'autre. (*Aux voisins, depuis la fenêtre*) Où sont les *tablas* ?

MARLIES.— Voilà ma définition. Partir c'est changer ce que tu regardes par la fenêtre. C'est toi qui regardes. Une partie t'appartient et une autre reçoit la nouveauté.

ANA.— *Tablao*? Comme ça, sans « d ». Bien, savoir dire est un début.

MARLIES.— Combien de manières de vivre. Par exemple, Inge, de sa fenêtre, peut voir Charles. Une fois, j'ai frappé très tard à sa porte, et j'ai découvert son rituel. Ils ont l'habitude de lever chacun son rideau et de se saluer en levant la main à dix heures précises avant de se coucher.

ANA.— Là, emmenez-moi. Ou plutôt dites-moi comment y arriver.

MARLIES.— C'est l'exil qui intéresse, oui, mais le premier départ a eu lieu dans l'enfance. Ce changement de fenêtre s'est produit depuis l'intérieur. On ne m'a emmenée nulle part, je suis partie vers quelque chose de nouveau en moi. La multiplicité de l'unité, n'est-ce pas ? Celui-ci est le départ qui fait tout commencer. Le départ qui inaugure toute cette histoire de partir tellement, la première sensation d'être partie et de conserver une partie.

ANA.— Devant la porte du *tablao* il y a un groupe de gens très fous, très dingues. Je les regarde de loin comme si je voulais prendre de l'élan et me lancer vers eux, que ça m'énerve une autre fois ce truc d'arriver et me présenter. Debout, comme ça, ils ont l'air de gardiens. Ils sont énormes, et pas pour leur taille, mais ils ont la tête haute et la poitrine bombée. Ils regardent tous d'un côté et de l'autre sans rien craindre, comme s'ils attendaient quelque chose, posant partout leur regard intense, qu'est-ce qu'ils attendent ? (*en même temps que les CANTAORES*) « Salut, *guapa*, viens là, on ne te fera pas de mal ! » (*continue ANA*) me crie-t-on de loin... Bon, j'y vais.

MARLIES.— J'ai un nombre infini de fenêtres dans la mémoire, la maison d'été avec son paysage salé, ma cuisine à Martínez où je voyais les petits sapins dans le patio, la baie vitrée du salon de mon

frère où nous nous asseyions pour lire et prendre tranquillement le thé. Toute cette histoire de vivre une vie qui est multiple, n'est-ce pas ? C'est comme les vêtements. Je suis moi mais j'ai l'air différent. J'ai une grande passion pour les gants, il y a quelque chose dans les vêtements qui nous aide beaucoup à nous réinventer.

ANA.— Bonjour, maman, c'est moi, Ana, je danse sur une scène qu'on appelle *tablaó*. Oui, maman, c'est comme ça qu'on dit, c'est drôle, non ? Ils n'ont pas l'air d'aimer les « d ».

MARLIES.— Il est très difficile de maîtriser la technique du gant. Si je vous racontais la diversité de mains que j'ai mesurées. C'est impressionnant. C'est tout un monde que celui des doigts et des paumes.

ANA.— J'ai rencontré des rebelles des lettres, tu ne peux pas savoir. Ce sont des gens impressionnants. Papa aimerait beaucoup ça, c'est très créatif. Il applaudirait comme un fou cette absence de « d ». Comment vont les gants, maman ?

MARLIES.— Et il y a aussi cette question de toucher une autre peau, n'est-ce pas ? La mémoire de la main c'est quelque chose que... moi, je suis plutôt portée sur les couleurs, mais la main, n'est-ce pas ? la main se souvient d'elle-même. Par exemple, je pourrais toucher les paillettes du premier costume que j'ai fait pour Antjie avec ma mémoire. À cette époque-là je n'avais pas ma Singer, j'ai dû coudre à la main chaque paillette. Je peux encore sentir sur les doigts les blessures des piqûres de l'aiguille, l'égratignure de la paillette me frôlant maladroitement la peau. Mille trois-cent trois paillettes cousues à la main sur un maillot rose qui seyait magnifiquement bien à Antjie. Après le spectacle, elle le mettait chaque après-midi pour pratiquer dans la salle de séjour.

ANA.— La chose, c'est qu'un ami me prête cette maison énorme, je n'ai pas peur. J'y reste comme la gardienne d'une extrême solitude.

MARLIES.— Alors Antjie grandit, part, et fait sa vie. Elle va très bien. Elle part loin. Elle me raconte quelque chose de la révolution et des mots. J'en ai parlé à mes amies du club -je me suis inscrite à un club de poésie, vous pouvez le croire ? parce que, bon, c'est

toujours agréable d'écouter des fictions- et voilà qu'elles ont trouvé que c'était un titre fantastique pour une édition de poésie, le mot « révolution » possède un attrait qui n'est jamais démodé.

ANA.— Aussitôt j'en connais d'autres qui se prononcent sans « d », bien sûr. Ici, on dit comme ça les mots, et j'adore ça, nous parlons tous d'une manière un peu particulière, un peu différente, et ce manque de précision ne gêne personne. « *Guardiane'* », je leur dis, ici on laisse aussi tomber les « s », et on dit « *aquí* ». Ils sont mes *guardiane'*, ils gardent mon âme de tous mes départs, et nous avons en commun quelque chose d'important qui se prononce entièrement : le désir, *guardiane'*, le désir. Ça se fait comprendre dans n'importe quelle langue.

MARLIES.— Au-delà de mes efforts, Antjie ressemble beaucoup à son père. Elle est belle et rebelle. Elle fait le tour du monde à la recherche de je ne sais quoi.

ANA.— Il ne faut pas de traduction. Cette envie se transforme en pratiques, en répétitions, en paroles sans « d » ou « s » et en jouissance multiple. Il n'est pas nécessaire de beaucoup parler quand on s'entend avec le corps.

MARLIES.— À vrai dire, un peu je sais ce qu'elle cherche. Je cherche, moi aussi, la même chose, mais chacune a sa méthode.

ANA.— Vous écoutez ? Ce sont eux (*entendant le claquement des talons et le battement des mains*) C'est puissant, n'est-ce pas ?

MARLIES.— Des années plus tard, mon mari revient me rendre visite. Nous passons notre temps à nous rappeler des choses d'une autre époque. Il arrive un moment dans la vie où le passé revient avec beaucoup de force, c'est comme ça, il nous faut réviser.

ANA.— (*Se met à taper des mains*) Peu à peu ça prend forme, moi, je prends forme, et j'apprends, je découvre, toute cette nouveauté des battements des mains, des pois, et des regards.

MARLIES.— L'oubli fait mal, se sentir oubliée fait encore plus mal, je préfère me souvenir.

ANA.— On regarde autrement, les yeux révèlent ce qu'il y a à l'intérieur et le corps expulse violemment. Et on jouit, on jouit surtout, puis pour le reste on chante des *bulerias* ou on

se déchire la chemise. Quelle beauté cette façon de s'exprimer avec des purs claquements de talons et des mains, non ?

MARLIES.— Nous nous rappelons donc des choses de la jeunesse, de l'enfance, de l'enfance de notre fille, de la façon dont nous pensions avant que nous serions en ce moment. Si je pouvais voyager dans le temps, je me mettrais en garde contre plusieurs choses, notamment contre cette histoire de distance et d'apprendre à regarder les paysages avec les mêmes yeux. J'irais me chercher à l'enfance pour m'avertir que ce qui vient n'est que le début. Tout commence par le départ, par le fait de laisser en arrière son propre territoire et de traverser de nouvelles frontières. Je suis partie, tu es parti, nous sommes tous partis. Et ce n'est pas un jeu de langage, ce n'est pas seulement de la poésie du verbe « partir ». C'est un instant. Nous partons tous du territoire infantile et, désormais, de la vie : un continuum de fenêtres. Partir te transperce, te brouille, te fait changer de forme. Où vont toutes ces autres parties ? Même si tu ne sais pas bien ce que tu portes à l'intérieur de ton contour, tout ça part avec toi. Je ne veux pas être ennuyeuse avec ces méditations très... inintéressantes. Ça se disait comme ça ? Je ferais mieux de me taire.

Scène IV | La célébration

Dans les espaces, un téléphone. Un téléphone dans chaque ville.

C'est la saison de Noël. ANA, en Espagne, se prépare pour la célébration.

MARLIES est loin, en Allemagne. Elle boit.

Le paysage sonore devient gitan. Les CANTAORES chuchotent des chansons. Ils accompagnent ANA, l'entourent.

ANA.— Il fait froid dans la maison, Noël approche. Le Noël méditerranéen est moins glacial que le Noël nordique, mais bon, qu'est-ce qu'il fait froid. Je me souviens de Noël chez ma grand-mère à Boedo et je n'arrive pas à croire que tout soit si différent maintenant. Il faisait une chaleur accablante, il faisait toujours tellement chaud, et quelle manière de courir, mes cousins et moi,

tout en sueur, nous dynamitions le patio de purs fous rires et de jeux. Tante Nora apportait la salade russe et rien d'autre, la même chose à chaque Noël, ce qui énervait maman au plus haut point. Moi, j'adorais son plat typique, et je suppose que je n'étais pas la seule, parce qu'on mangeait tout, et il fallait se servir rapidement. À minuit, beaucoup de *panettone*, du cidre sans alcool au goût de sirop pour tous les patriotes de l'enfance, et des lentilles en chocolat qui fondaient dès qu'on mettait la main dans le pot. Grand-mère venait furtivement et donnait à chaque petit-enfant une petite enveloppe, nous tirant de l'illusion du bonhomme potelé sur le traîneau. Par cet acte, nous avons commencé à poser des questions et, d'un moment à l'autre, l'oncle Carlos a avoué. Le truc, c'est que je suis entourée de toute cette espagnolade qui entonne des chants de Noël, et j'ai besoin de remplir la maison. Je fais une fête, et je m'en fous : venez tous, allez ! que même le monde entier ne pourrait pas réchauffer de son souffle le froid que je ressens. Venez et dansez, venez et jouissez, venez, oui, venez, la maison est immense. Je suis sortie ce matin pour acheter du *tinto de verano* et inviter tous les voisins de tous les tablaos de chaque rue, on ne peut pas croire qu'il y ait autant de gitans dans chaque rue. On tourne le coin et hé ! un autre tablao avec de beaux hommes qui te dévisagent. J'ai acheté du vin et ai ajouté : un rôti de veau, des carottes, des oignons, du céleri, de l'ail, du persil. Tout pour cuisiner le vitel toné que faisait ma grand-mère, le plat incontournable du réveillon de Noël. Noël a toujours été mon jour libre pour manger de tout. La maison s'est remplie de *guardiane*' et de liqueur de café, un truc galicien, je ne suis pas la seule à être venue se mélanger. Nous avons dîné un quart d'heure avant que les cloches n'annoncent minuit, « venez vite manger ! ». Un gaspillage de nourriture, tant de préparation pour un tel empressement. Avant le dîner, au milieu de l'ivresse et de la mélancolie, il y a eu de la place pour le rituel. Les planches attirent, le sang aussi. Carmela, ma gardienne préférée dans tout ce film andalou, a mis des volants et a harangué José pour qu'il se mette à fredonner. La chose ici prend vie d'un instant à l'autre sans qu'on s'en rende compte, aussitôt tout le monde lève le front et les mains

se mettent à claquer. José a transformé la table de Noël en banquet musical, la vaisselle, la table, les couverts, tout sonnait comme du flamenco. Nous avons chanté une *bulería* pour exorciser chacun son démon et, enlacés en cercle, nous nous sommes promis que le meilleur était encore à venir. Ainsi est commencée la procession de battements de mains, de cris, et d'espoir. Nous nous encourageons les uns les autres et le chœur s'accompagnait de claquements de mains : « Que ça vienne, bon sang ! Le tout pour le tout ! *Olé*, Ana l'exilée ! Eh, vous ! *Olé !* » Nous nous sommes étreints autour du feu et avons chanté fort au monde pour soulager un peu les secousses de l'âme. C'était la dernière nuit de José avant son départ, il voulait aller « faire l'Amérique ». Il l'a dit un peu en plaisantant et un peu sérieusement. C'est juste que les fantaisies parfois se croisent sur la route... Quelle obsession que nous avons de mettre nos rêves derrière une flaque d'eau ! Puis il a déclaré que ce soir-là serait aussi le Nouvel An, et pour le dessert... Imaginez un peu... « Apportez les raisins, les cloches arrivent ! » Carmela a crié, et tout le monde : « Un, deux, trois... » Nous avons tous mangé en rythme, et nous nous sommes regardés mâcher, les joues rouges. C'était très amusant, mais je n'y ai pas réussi. Il faut être entraîné, ou être né en Espagne pour les manger à une vitesse pareille. C'était impossible pour moi, bien sûr, mais je l'ai fait à mon rythme, et j'en ai mangé treize, parce que c'est ma fortune. Chacun construit ses propres rites, non ? C'est pourquoi, après le toast, j'ai cherché dans ma valise ce morceau de tissu, une partie de la robe tyrolienne que ma mère m'avait faite lors de notre premier Noël glacé. J'ai dansé entre eux pendant un moment avec ça, elle me manque. Si elle me voyait bouger les mains comme ça, entre tous ces gitans, elle rirait. Je ne sais pas. Petit à petit, ils sont tous partis dormir, et j'étais là, à nouveau, avec toute cette confusion de la distance, des rituels et de la solitude. Difficile de savoir quoi faire face à tant de nouveauté, alors je vais dormir aussi, je m'intègre.

MARLIES.— Pardon... Je voudrais raconter quelque chose de plus joli. Ne pas laisser une dernière image, une trace, de moi, de

mes souvenirs, je veux dire. Je veux raconter quelque chose de plus joli, c'est possible ?

ANA.— Le lendemain matin, ce que mon père dit très gentiment m'est arrivé, que le corps passe avant l'âme. Je me suis réveillée le 25 décembre en voulant sentir le rôti devant la fenêtre du patio, ou les biscuits allemands que ma mère avait préparés, ou toute autre odeur de celles qui devraient être dans une maison le 25 décembre. Je me suis réveillée affamée, avec ce bruit dans le ventre qui donne l'impression que tout est monnaie d'échange, que tout est permis si on t'apporte un croissant à la confiture au lait à ce moment précis. Et j'ai pensé à ma professeure, bien sûr.

Un halo de soleil tout fin entrain par la fenêtre la plus haute du salon quand j'ai ouvert les yeux comme pour zieuter ce qui se passait, reluquant les lieux, reconnaissant la cheminée, les chaises déplacées, l'odeur de fumée toujours présente, les *guardiane'* qui étaient encore là, étendus sans se rendre compte qu'il faisait jour après avoir dansé avec tant de magie la nuit précédente. J'étais au pays des *bulerías*, je l'avais choisi et je devais le faire valoir. Tant de départs à rendre justes. Alors, je me lève, je ramasse les raisins par terre, je mets du papier sur les flaques de vin, je ramasse soigneusement les assiettes cassées, je traîne jusqu'au fauteuil les *guardiane'* qui refusent de se réveiller, et je nettoie tout. Tout à l'extérieur, tout ce qui vient doit être meilleur, à l'extérieur. Nous avons beaucoup promis et j'allais tenir ma parole. « De la chorégraphie, *tía*, fais de la chorégraphie » m'a dit un gardien qui a entrouvert les yeux et m'a vue danser avec des seaux partout dans la maison. « Ce que tu fais là, putain, fais-le dans le *tablao*, apprends-le à Carmela. Oui, n'est-ce pas ? S'il a raison, si je suis venue ici pour faire des chorégraphies et danser tout ça. Je veux diriger, m'émanciper, avoir une autonomie sur mon corps, mon désir, le nourrir de jouissance et le faire ressentir. Je vais le faire, oui. « Allez, Carmela, debout ! » lui dis-je pendant que je réveille la plus salope de toutes. C'est juste que cette Carmela ne garde rien pour elle, elle sort tout, et le lendemain elle ne se rappelle

plus et on ne la retrouve même plus. « Bonjour, Carmela, je me suis décidée. » Alors je la réveille en fredonnant et en lui offrant à manger. Ici, c'est comme ça, sans jouissance il n'y a rien. Elle me regarde et comprend, eh oui. Elle me regarde et dit oui, oui et oui. « *Olé* Ana, danse et jouis, nous t'avons adoptée, n'est-ce pas ? Tu es déjà l'une des nôtres, Ana, *olé* ton exil. » Et quelque chose me serre la poitrine qui... comment raconter ça ?...

MARLIES.— Ça serait joli de laisser une sensation plus joyeuse.

ANA.— Je vais diriger, c'est fini. De la salle à l'assistance, au moderne, aux trente-mille recherches, maintenant, c'est diriger. Fini, l'attente, la préparation interminable, la discipline. La faim. Le sérieux. Je vais le faire. Je vais faire des chorégraphies. Créer mon histoire, mon spectacle, ma propre fiction.

MARLIES.— Joyeux Noël, Ana.

ANA.— Maman, Joyeux Noël. Et Nouvel An. Nous sommes en train de tout fêter. Il faut célébrer, maman. Je vais diriger. J'ai eu une idée, je veux la réaliser. Je vais créer un spectacle ici, là, avec mes *guardiane*' sur un *tabla*o. Une chorégraphie de *bulerías*.

MARLIES.— J'aimerais compter sur toi.

ANA.— Veux-tu faire les jupes, les costumes ? Cette fois-ci il n'y aura pas de paillettes, ça sera plus facile.

MARLIES.— Raconter la partie que tu voudras. La raconter avec toi.

ANA.— Je prépare quelque chose d'immense. Je vais diriger une révolution pour les causes brûlées. Nous allons nous battre. Danser des histoires déchirées pour les faire tenir, pour qu'elles ne se perdent pas dans les fragments du temps, pour qu'elles circulent et qu'elles vivent avec la nouveauté. Pour que ce qui est évident ne devienne pas nouveauté, pour que la frayeur ne se répète pas, pour qu'on jouisse, non ? Je veux, surtout, que l'on jouisse. Nous sentir libres, maman.

MARLIES.— Ana, je le raconte avec toi, c'est comme tu veux. Mais racontons-le bien, depuis le début. La vie m'a tout donné, Ana, tout. C'est ça que je voudrais raconter.

ANA.— Une pièce sur le départ et l'espoir. Claquez des mains, allez, pour ma mère, qui est en train d'écouter, allez ! Nous ferons

quelque chose de formidable, nous allons tisser un grand écheveau, raconter pour faire partie, pour faire mémoire.

Les CANTAORES fredonnent des mots. Quelque chose sur le départ et l'espoir de ce qui est à venir. Tous les espaces se mettent ensemble pour former un espace unique : un grand tablao.

Les CANTAORES chantent et dansent. ANA et MARLIES se disent au revoir, ou bien se donnent la bienvenue, toute cette complexité du départ.

FIN.

SEGUNDO PREMIO



ESTOY ACÁ SIN FIN

LETICIA CORONEL

Personajes

ACTRIZMADRE

ACTRIZHIJA

A minimalist line drawing of a landscape. The drawing consists of several thin, black lines that define a horizon line, a sky area, and a foreground area. In the center of the image, there is a dense, chaotic scribble of overlapping lines that partially obscures the text. The text "estoy aca sin fin" is written in a bold, black, sans-serif font across the middle of the image, overlapping the scribble.

estoy aca sin fin

Prólogo

Ma, yo soy mejor persona que vos.

¿Por qué?

Yo sé perdonar y vos no.

ACTRIZMADRE *ingresa a escena con ACTRIZHIJA. Coloca a la ACTRIZHIJA arriba de una montaña de ropa, objetos, telas, cajas y desechos. ACTRIZHIJA se sienta, cruza sus piernas, se saca las zapatillas y se pone un auricular gigante con forma de estrellas y se tapa los ojos con dos figurines de Stranger Things.*

Confesión

Hijita de mi corazón. Voy a escribirte esta carta para alguno de tus días. Prometo decir la verdad y nada más que la verdad.

Mi maternidad comenzó a los veintidós años, conocí a tu padre a los veinte. No fue una relación fácil, nos costó entendernos hasta el día de hoy, pero ambos tenemos algo en común: amarte como siempre quisimos amar a alguien en esta vida.

Con tu papá nos separamos a tus once meses de vida, no queríamos que los gritos y llantos sean parte de los recuerdos de tus días.

Nuestros primeros años de madre e hija no fueron fáciles. Me sentí muy sola y triste. No tenía dinero, trabajaba en un restaurante donde tenía un sueldo que solo alcanzaba para pagar el alquiler del departamento y la comida del día a día. Sufrí mucho por no tener dinero. Era la única de mis amigas que era mamá y no podía pedir ayuda, porque sentía que nadie me la iba a poder dar. No me hallaba en las plazas, en las arenas con los caballitos, no me salía hablar con otras mamás y preguntarnos cosas, para ver a quién le salía mejor esto de ser madre. Compré muchos cuadernos para escribir rutinas juntas e inventar normas nuevas, pero no me salió. Las cumplía uno, dos, tres días y después se me venía todo abajo. Terminaba muy cansada del trabajo. No me gustaba ser camarera, la gente con dinero me trataba mal y mis compañeras tenían deseos poco sensibles para esta vida. Llegaba a casa y no entendía bien qué hacer para hacerte feliz. Pero lo intentaba una y otra vez. Cuando la abuela se fue a vivir a Brasil vos tenías tres meses de vida,

yo me quedé sin mamá y vos sin abuela. Se fue porque decidió dejar todo y vivir con su amor de los quince años y dar un portazo tan pero tan grande que se llevó puesta mi lactancia con ella. Por eso en todas nuestras fotos hay una mamadera y no una teta. Me quedé solita, el abuelo no sabía muchas cosas y mis hermanos menos. Así que podemos decir que fue una maternidad inventada entre vos y yo.

Soy una mamá con culpa. Mucha culpa. Culpa por haber trabajado mucho y haber preferido entregarle horas a la máquina del dinero y no a la de los abrazos. Culpa por haber pedido cinco créditos en lo que va a la actualidad para que a vos no te faltara ni un juguete y ninguna vacación. No conocimos el extranjero, no. Porque me da miedo viajar en avión. Pero te hice conocer la mayoría de las provincias de este país. Tengo culpa de que tengas encima más horas de ensayos de obras de teatro que cualquier actriz. Te llevé a todas las salas de Capital Federal con un colchoncito en la mochila para que pudieras dormir mientras yo ensayaba las obras. Te compré una computadora de niños para que pudieras ver películas mientras yo ensayaba las obras. Te compré doscientos auriculares de todas las formas y animales para que pudieras escuchar tus películas y música sin problema mientras yo ensayaba las obras. Te compré trescientos tapa ojos para que no veas las escenas dramáticas y de desnudos mientras yo ensayaba las obras. Te compré cuatrocientas cajitas de Mc Donalds para que tuvieras tu noche similar a la de cualquier niña común y te sorprendas al recibir ese juguetito. Porque comer hamburguesas juntas era la única voracidad bien compartida. Conocés todas las heladerías de la capital y todos los sabores porque te prometí siempre un helado después del ensayo de mis obras. Te llevé al parque de la costa cincuenta veces para que nunca perdieras el placer del vértigo, es decir para que el enfado de mis obras no te sacara el placer del vértigo. Me gasté cien mil pesos de los créditos que pedí para que volviéramos a casa en taxi y no en colectivos. Gasté fortuna en todos los cumpleaños de patinaje sobre hielo que te organicé para que tuvieras los mejores cumpleaños de la vida y yo

ser la madre espectacular que enseñaba a tus compañeras a patinar sobre hielo y tener algo de especial por sobre todas las otras madres. *“Yó, la madre de Amanda es la que le enseñó a patinar sobre hielo a tu hija y a tu hija y a tu hija y a tu hija...”*

¿Está bien que una madre le escriba a la hija diciéndole que tiene culpa? No lo sé. Supongo que no. Se que la culpa es mi tema de terapia y lo trabajo dos veces por semana en mi espacio de análisis (esto es como un silencio para mi cabeza).

Hijita siempre te vendí una madre fuerte y todopoderosa, la madre de los bolsos y teatros encima, te vendí la peor mentira. Porque cuando tu mamá se desmayó en el medio de la calle por no poder más con esta vida, la persona que la tuvo que levantar fuiste vos, y tenías tan solo seis años de vida. Seis años contra treinta. Veinte kilos contra sesenta. Te di la peor imagen. La mamá caída, destrozada en el piso, en el medio de la calle. La mamá caída sin alcohol, sin drogas y sin pastillas, pero la mamá caída por culpa. Mi analista dice que por suerte vos me viste en falta y yo digo que es una maldición. Ya van diez caídas que me ves y que tenés que levantar. Pero por suerte hace un año que venimos bien y mamá no se desmaya más.

Hijita. Tu mamá le tiene miedo a la muerte. O sea yo. O sea yo le tengo miedo a la muerte y siempre pensé que era una tragedia si te confesaba eso. Porque para los hijos el miedo a la muerte de los padres debería no existir, ni ser parte de la lógica de los miedos y terrores. Pero debo confesarte que sí, que le tengo un profundo miedo a la muerte desde que nací. Y que por eso me dedico a la actuación, porque es lo único que me hace olvidarla.

Hijita, por eso decidí hacer una obra con vos, escribir una obra para vos, pagarte por mes para que actúes conmigo. Porque no quiero que tengas el mismo miedo que tuve yo como hija. Quiero que te quede algo eterno de tu madre. También estoy haciendo una obra con los abuelos. Porque como sabrás nosotros no somos buenos

con los afectos en los afectos pero sí con los afectos en las cosas. Entonces hay muchas cosas que no sé de la abuela ni del abuelo. Y en el único lugar donde le puedo preguntar cosas es en la escena y sorprendentemente la abuela y el abuelo están pudiendo emocionarse como nunca lo hicieron en la vida. El abuelo siempre se va de los ensayos con un “esto es fabuloso” “esto es fabuloso” y me agradece por enseñarle emociones. No sabía que una persona podía enseñar emociones a otra persona y menos a un padre. Gracias a la escena pude saber bien por qué la abuela se fue a Brasil, que le pasó, que le dolió. Gracias a la escena pude conocer la muerte de tu bisabuela y pude ver llorar a mi papá por primera vez. Entonces quiero decirte que por esto hago una obra con vos, por esto te pago cinco mil pesos por mes (aunque todavía no te los di) por esto le pedí de rodillas a tu padre para que me firmara los permisos para dejarte actuar, porque quiero darte todos esos afectos que en la vida no puedo, quiero darte una mamá mejor, una persona mejor, una verdad de ojos y palabras y silencios con luces y canciones, quiero darte una mamá de aplausos, quiero que te quede una mirada para toda la vida, quiero que te quede un instante con el que puedas combatir mi propia muerte, que le ganes cuando llegue. Que le puedas decir mi mamá me dio una imagen tan pero tan fuerte que cuando llegues no vas a existir. Que puedas decir yo a mi mamá la vi feliz, cinco segundos, pero la vi feliz. En escena agarrada de mi mano. Las dos de la mano. No quiero que pases por lo que pasé yo de no ver felices a mis papás y tener que enfermarme por ser su tristeza.

Cualquier persona diría que todo esto habla de una pésima madre controladora y egoísta que no da lugar a su hija, es decir que no te doy lugar a que elijas si querés actuar conmigo o no, si querés amarme o no. Sí, es verdad. Y te pido perdón, pero necesito que me hagas caso, que actúes conmigo, que puedas tenerme feliz por algunos instantes. Sé lo que digo, estoy restándole dolor a tu futuro. No quiero que cuando te pregunten si tuviste una madre feliz tengas que decir que no.

Vos ahora tenés once años, estás entrando en la preadolescencia y no me hablás o me hablás muy poco. Te estas peleando conmigo todos los días. Ya no me decís te amo ni te quiero. Ni me contás los chismes de la escuela. Y siento que hice las cosas mal. Me está doliendo tu crecimiento. No quiero que sufras y tampoco quiero que te alejes de mí. No quiero ser una extraña en tu enfrentamiento con la vida.

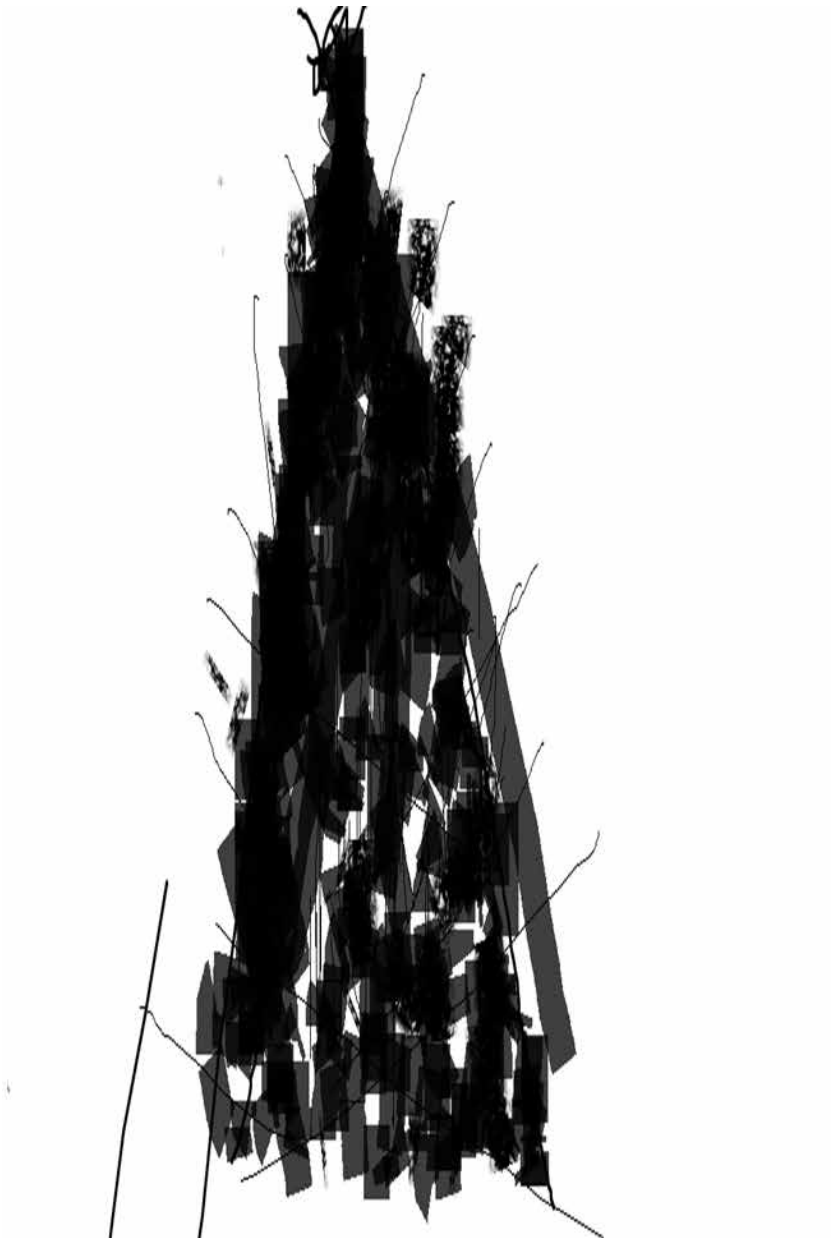
Entonces te invito a pelearme conmigo en la obra, te invito a que me destroces, a que me digas cosas feas, horribles, a que me encierres en los vericuetos de la vergüenza, sacame todas las pieles, odíame, ganame, te invito a todo, venceme hija, venceme bien vencida, dejame chiquita, arrasame, mostrame los dientes, hundime el pecho, decime que querés más a tu papá, ganame con tus palabras, te las escribo todas y más, hacé de tu crecimiento lanzas contra mi cuerpo, tirame veneno, dejame en el piso y no me levantes nunca más. Lo quiero todo. Quiero todo el piso del mundo. El piso de todas las hijas en mi cuerpo. Quiero recibir todo eso. Quiero ser tu blanco para que puedas con este mundo, para que puedas. Te quiero demostrar que mamá siempre va a estar con vos, hasta en mi muerte. En una obra de palabras y de lanzas para que te llesves mi corazón por el resto de tu vida. Tirame fuego que yo te voy a dar amor.

Te amo con locura, con lanzas, llantos y verdad.

P/D: Cuando te escribí esta carta miré estas dos fotos que adjunto. Tenemos la misma búsqueda de fuerza en los ojos. Yo la tengo en las obras y vos en la vida.







Mirada cero. Nada de todo esto va a hacernos mal.

Ma, soñé que te morías.

¿Cuándo?

Ayer. En realidad no era que te morías.

¿Entonces?

Estabas tirada de madrugada en la calle, durmiendo sola, con la misma ropa que tenías el domingo.

¿Y eso que tiene que ver con la muerte?

Que yo te veía de lejos, te gritaba, los autos pasaban, y vos no hacías nada.

¿Cómo estaba mi cuerpo?

Borracho, las manos abiertas y las piernas largas y aplastadas.

Nunca te di esa imagen.

Nunca.

¿Te quedaste triste?

No.

Qué bueno.

Me quedé mal. Estabas retirada del mundo. Lo sentí muy real.

Pero estoy acá, hijita.

Decime hija.

Estoy acá, hija.

Ya sé, te veo.

Hola.

Hola, mamá.

No me voy a morir.

Sí te vas a morir. No tengo tres años.

No ahora. Falta mucho para que eso suceda.

¿Podés dejar de tratarme como si fuera una estúpida?

No entiendo por qué me hablás así.

Porque algún día te vas a morir, mamá. Y yo no le tengo miedo a eso, pero vos sí.

Yo no le tengo miedo a la muerte.

Mentirosa.

No soy mentirosa.

Revisé tus cuadernos.
¿Por qué hiciste eso?
Vos revisás los míos.
Sí, pero yo sí puedo leer los tuyos.
Entonces yo también.
No.
Sí.
¿Qué leíste?
Todo.
Salí de acá antes de que te reviente la cara de un cachetazo.
¿Me vas a pegar?
Sí.
Hacelo.
Andate.
Hacelo.
Estás equivocada. Soy tu madre.
A veces te comportás como una hermana.
¿Qué?
Sí.
Soy una madre joven, no tu hermana.
Pero te comportás como si lo fueras.
¿Qué me estás haciendo?
Nada.
Me estás lastimando.
A vos no te gusta que te digan las cosas.
Sos demasiado chica para herir así a las personas.
Aprendí de vos.
¿Qué te pasa?
Soñé que te morías, porque leí lo que escribiste el domingo.
Eso es algo mío y es parte de mi trabajo.
A mí no me gusta que tu vida sea tu trabajo.
Lo es.
No lo es.
Lo es.
Yo tengo que ir al colegio y en vez de jugar y reírme con mis amigas,

estoy pensando en si algo malo te va a pasar.
Jamás te ubiqué en ese lugar. No podés leer mis cosas.
Vos leés las mías, mamá. Yo escribo cosas felices, sueños felices,
escribo canciones a mis mejores amigas, escribo sobre el chico
de séptimo b. Escribo las comidas que me gustan y los mejores
momentos de los días. No escribo nada malo, por suerte no soy
sentimental como vos.
Siempre fui así.
Ya estás llorando.
Me emociona mirarte.
No podés llorar cada vez que me mirás, mamá.
No lo puedo controlar.
Por eso no quiero que vengas a los actos, siempre estás llorando, por
mí, por los otros nenes, por la que va a la bandera que ni siquiera la
conocés. Me avergonzás, mamá.
No voy a ir más.
Gracias.
Sí voy a ir.
Estás loca.
Voy a dejar de mirarte cuando me emocione.
Gracias.
¿Por qué estás tan enojada?
No lo sé.
Es sano que te enojés conmigo, pero me gustaría entenderte. Antes
eran tan expresiva, cambiaste mucho.
Antes tenía cuatro años, mamá. Ahora soy adolescente.
Preadolescente.
Controladora.
Antes me decías que me amabas. que siempre ibas a estar conmigo,
que yo era la mamá de tus sueños, me hacías caricias en las orejas
antes de dormirte.
Y vos antes no gritabas, no llorabas todo el tiempo.
No te dabas cuenta.
Quizás.
¿Querés que vayamos a caminar?

No tengo ganas, estoy cansada.
¿Ir a tomar un helado?
No me gustan más los helados.
Te dejo tranquila.

ACTRIZHIJA *dibuja.*



Mirada uno. Mirarla como cuando nació.

¿Qué fue lo más lindo que te pasó en la vida, mamá?

Tenerte.

Otra cosa, no seas cursi.

Es que vos sos lo más lindo que me pasó en la vida.

Decíme otra cosa.

Tengo que pensarlo bien, no te voy a responder ahora.

Bajé tres kilos.

Lo sé y estoy preocupada.

No es nada malo, siempre tenés que interpretar las cosas mal. Dejé de tener ansiedad, ya no como tantas porquerías.

¿Estás segura que es ansiedad?

Sí. Estaba pensando mucho todo el día.

¿Y ahora?

Estoy mejor.

Podemos ir al médico. Nos puede hacer una dieta para las dos.

No quiero.

No es nada malo. Dejá de mirarme así.

Perdoname, a la mañana tengo mal humor.

Está bien.

Mi amiga Olivia te admira, dice que sos la persona más importante después de su mamá.

¿Y vos?

Basta, mamá.

Voy a tomar agua.

Yo también.

Me siento cansada, me duelen las piernas, tu mamá se está poniendo vieja.

Ya sos viejita.

No.

Un poco.

No.

Es que te duele el cuerpo todo el día.

Es que ahora sí me duele el cuerpo, antes creía que me dolía y por

eso lo actuaba.
A mí no me duele nada.
¿Nada?
Nada.
¿Nada?
No busques en mí tus cosas, mamá. Se puede vivir sin dolor.
No lo creo.
Ya estás llorando.
Perdón.
¿También llorás con otra gente?
Sí.
¿Y no te da vergüenza?
Estoy acostumbrada. Las palabras nacen así.
¿Qué?
Eso.
Las palabras no nacen del dolor, mamá. ¿Qué decís?
Siempre fui así.
Cuando me hiciste ¿lloraste?
Creo que no.
Qué horror. Ahora me queda esa imagen tuya haciendo fuerza para no llorar.
Sacala.
Seguro lloraste.
Basta.
Yo no voy a ser como vos. A mí la gente no me conmueve. Los animales sí. Ellos sí están solos de verdad. ¿Nunca te pusiste a pensar qué miran cuando miran? Sus ojos son enteros.
¿Enteros?
Sí. En los de ellos no se ven las personas. Se ve la nada.
En mis ojos te veo a vos.
Ya sé. Estoy enfrente.
Nunca pensé eso.
Ellos sí que necesitan ayuda para estar bien. Las personas se arreglan solas.
Algunas.

Odio la frase “qué cruel la vida”.
Eso lo digo yo.
Sí. Por eso. Me adelanto.
Qué cruel la vida.
Cuando eras chica ¿tenías amigas?
Pocas.
¿No salías a jugar?
Sí. Jugaba al fútbol.
Bien, mamá. Seguro ahí no llorabas.
No tanto.
¿Por qué no volvés a eso?
Me encantaría.
Es mejor una pelota que un teatro. Las reglas son claras. Metés gol o no y después te vas a tu casa.
Después te vas a tu casa. Suena lindo.
¿Ves que podés?
¿Qué puedo?
Imaginar otra cosa, mamá. Cuando tengas cincuenta años también vas a pensar que el dolor es lo más valioso de la vida?
No sé si pienso que es valioso. Es. La vida me pasa así. Siempre fui triste. Era la que miraba para abajo y la que se quedaba a mitad de camino.
Pensás demasiado. Contame una anécdota de chica.
Estoy cansada.
Por favor.
Me cuestan las anécdotas.
Porque estás pensando en la más trágica.
Sí.
Dale, mamá.
Una vez me robé una cartuchera en la primaria. Era de tres pisos, llena de lápices Faber Castell, llena de todo. Nunca había robado, pero tener esa cartuchera tan de rica me significaba mucho. Llegué a casa y la escondí en el armario. Estuve nerviosa todo el día y a la tarde me senté en la vereda a imaginar si me iba a ir mejor teniendo eso, no llegué ni a la media hora de imaginación que vino la abuela

y me partió la cara de un cachetazo. La descubrió y no lo dejó pasar. me gritó de todo, sentí mucha vergüenza. Lo peor fue tener que devolverla al otro día. Quería que fuera mía, me quedaron muchas cosas por imaginar. Me quedó pendiente saber si algo cambiaba con algo que yo no tenía.

¿Eso es una anécdota, mamá?

Sí, no debería enseñarte esto. Perdón.

No deberías enseñarme la idea de estar mejor con algo que una no tiene. Me da la sensación de que no tiene fin.

No lo tiene.

A mí me gusta todo lo que tengo. No lo pienso mucho, lo que tengo es lo que tengo y ahí se termina todo. No viene algo después. Salí a mi papá. Mi amiga Luciana es igual a vos. Todo el tiempo está mirando lo que no tiene, cambia de humor cada dos segundos.

¿Eso no es aburrido, mamá?

Demasiado. ¿Qué tenés vos?

Lo que ves.

Decime.

No. Es lo que ves.

Decime, por favor. Quiero escuchar cómo lo nombrás.

Tengo una mamá, un papá, dos casas porque mis papás están separados desde que nací, cuatros perros, tres gatos y mi nombre Amanda.

¿No son cinco perros?

No, mamá. Popo murió. Te lo conté.

Cierto, perdón. ¿Cómo murió?

Murió, mamá.

Ya sé, hija. Pero no recuerdo cómo murió. ¿Estaba enfermo?

Estaba viejo, ya le tocaba. Salió a dar una vuelta con papá, entraron, papá le dio de comer y murió.

¿Murió después de comer?

Sí, mamá. Como muere todo perro. Se fue con la última comida.

La más rica de todas. Papá le había preparado un guiso.

¿Lloró el?

Por supuesto. Lloró porque de verdad no tenía más a su perro.

Nunca tuve perros.
Si tuviste y lo devolviste porque no sabías cuidarlo.
Sí que sabía.
No sabías.
Lo trataba como un bebé, le di todo.
Sí, pero después se lo sacaste. No vale dar todo para después quitarlo.
No tenía tiempo.
Pero eso no se hace. No podés abandonar perros porque no tenés tiempo. Ellos se encariñan, no es solo lo que a vos te pasa.
Te levantaste mala hoy.
Mamá, ¿por qué una persona deja de hacer cosas?
Porque a veces no se tiene más fuerza.
¿Qué es la fuerza?
La fuerza, hija.
Repito. ¿Qué es la fuerza?
El corazón de todas las cosas.
No creo que tenga que ver con el corazón y menos con las cosas.
Suena ridículo.
Yo sí lo creo.
La fuerza debe estar ligada a la muerte. Si estás cerca de la muerte la fuerza se apaga. Es la doble cara. No creo que tenga otra razón.
Si estás viviendo, tenés fuerza. Y si te estás muriendo, tenés menos fuerza. Y si estás muerta, se te apagó la fuerza.
No entiendo esta conversación.
Trato de entenderte, mamá.
Te amo.
Y yo a vos.
Hoy es un día muy difícil.
Lo sé.
Las personas grandes sentimos a veces que nos equivocamos mucho y más en los momentos importantes de la vida. Perdón, pero ya estoy llorando.
No te preocupes.
No debería hablar esto con vos, pero me siento demasiado sola y

ya no sé si correr o dormirme. Una se pone más grande y se vuelve de piedra por dentro, por eso lloramos tanto las mamás solas. Estas lágrimas que ves ni yo las entiendo, es como si hubieran perdido su función en este cuerpo. Caen y caen porque adentro no hay lugar, es como la lluvia en una ventanilla cerrada.

No me estás diciendo por qué estás triste, mamá.

Porque soy grande y le sigo teniendo miedo al amor. Y no paro de equivocarme, de enredarme y te veo a vos crecer y no entiendo ni cómo, ni cuando esto pasó. Sé que no tengo que pensar tanto las cosas y sus lógicas, pero necesito entender todo y no lo entiendo y quiero entender que el mundo necesita de finales, pero yo no quiero que eso sea así, quiero que las cosas, las personas y los sentimientos sean quietos para siempre, sin alteración posible, que nada se derrumbe, ni deteriore, ni nada. Que todo sea para siempre. Milimétricamente para siempre.

Ma, yo no te pedí nacer.

ACTRIZHIJA *dibuja.*



Mirada dos. Buscar la verdad en la soledad.

No entiendo qué me querés decir.

Que las cosas cambian. Que vos antes elegías por mí y ahora cada vez menos porque yo empiezo a ser grande y eso está bien. A mí me gusta. ¿No me dijiste que el abuelo ahora es mejor persona?

Sí.

Y bueno, ma. Es eso. Antes el abuelo era raro, creció y ahora se deja ver mejor. Aprendió. Lo mismo la abuela, ella está aprendiendo a ser feliz. Eso me dijiste vos desde chiquita y yo te creí siempre. ¿Te acordás que Luciana me había mentido?

Sí.

Bueno, yo le di una oportunidad. Ya está, mamá. Las cosas pasan, se trata de dar segundas oportunidades a las personas y a los años. Ahora somos mejores amigas, dejamos atrás lo que había que dejar atrás. Ahora entiendo por qué papá me decía que vos eras muy de película, pero de las buenas películas. Te saqué una sonrisa.

Me tragué una lágrima.

Qué rico.

Hijita, me dan ganas de que inventemos un silencio. ¿Querés? Creo que necesitamos eso.

Me dijiste hijita. Bueno, esto ya empezó. Te pido que la imaginación no sea estar en la plaza de un hospital. Mejor que sea en un río.

Hagamos río.

Hagamos.

Vestite de un color y yo de otro. Seamos bien extrañas.

Me hacés reír, ma. Después decís que no te quiero.

Voy de rojo.

Yo de azul, somos extrañas, pero de San Lorenzo.

Yo no soy de San Lorenzo, soy de Boca.

Mamá, a Boca le está yendo súper mal, vas a llorar toda la vida así.

Además San Lorenzo tiene las mejores canciones.

¿Tu papá sigue escuchando la radio del club después de cada partido?

Sí. Después de cada partido.

¿Sigue insultando a la pared y hablando como loco suelto?

Sí y me da mucha vergüenza.

Me hacés reir.

Deben tener como ochenta años los conductores de ese programa, pero siempre hablan con el mismo entusiasmo.

Lo recuerdo.

Ya estoy lista.

Yo también. ¿Puedo ir con anteojos de sol?

No. Quiero verte la cara, mami. Te voy a estar controlando las lágrimas con el reflejo del agua.

Bueno. Creo que el rojo me queda bien.

Sí, y a mí el azul. ¿Vamos a la cancha uno de estos días?

No me veo en la cancha.

Yo te llevo, ma. Es la verdadera inmensidad. Te juro que dejás de pensar en las cosas malas ahí, solo cantás o gritás. Todo es diferente.

Algún día.

Quiero verte el rojo de lejos en la calle y decir de lejos que esa es mi mamá.

Dijimos que iba a ser en silencio, me vas a hacer llorar.

Tenés razón. Me calmo.

Rojo.

Azul.

Azul.

Rojo.

Vamos.

Vamos.

Silencio.

Silencio.

Tomá.

Tomá.

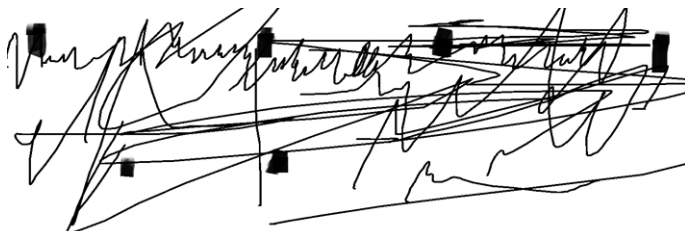
Te toca primero. Leelo.

Espero no hayas sido tan romántica esta vez.

Leelo, es corto.

Voy, no me apures.

ACTRIZHIJA *dibuja.*



Cuando naciste tuve mucho miedo. Tenía tan solo veintidós años y ya nos estábamos separando con tu papá. La abuela se había ido a vivir a Brasil con un nuevo amor y no tuve quien me acompañara en mis primeros diálogos de madre. Tuve miedo de hacer las cosas mal, de cuidarte cómo una mala mamá joven e irresponsable, pero me anoté paso por paso todo lo que tenía que hacer y sentir. Era estudiar una vida a solas. Con vos descubrí que la noche puede ser una compañía y que nadie quiere estar solo. Que un hijo, además de un hijo puede ser muchas otras cosas. Y que no está ni bien ni mal tener un hijo para estar menos solo en el mundo. Es lo que es. Pero la soledad puede darte los amores más hermosos. La primera vez que sentí que podía algo en la vida fue cuando te salvé de una internación por insuficiencia cardíaca. Te repetí incansablemente cuatro palabras: estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

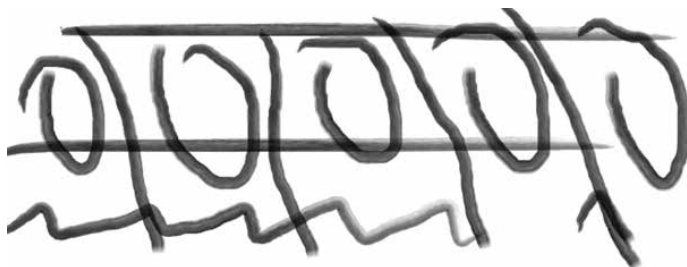
estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.

estoy acá sin fin.
estoy acá sin fin.
estoy acá sin fin.
estoy acá sin fin.
estoy acá sin fin.
estoy acá sin fin.
estoy acá sin fin.

ACTRIZHIJA *dibuja.*



ACTRIZHIJA deja de dibujar, baja de la montaña, se saca los auriculares, los tapa ojos de figurines de stranger things y coloca a la madre en el piso.

Me llamo Amanda Molina Coronel, tengo once años. Mi mamá se llama Adriana Leticia Coronel Sardone, tiene treinta y cuatro años. Me gusta estar con mis amigas, estar con el celular, estar con los animales y tener la razón. Me gusta pasar el tiempo en lo que me pueda divertir. Por el momento no tengo ninguna pasión. A mi mamá le gusta actuar y escribir y su pasión es actuar. Mi mamá me enseña que no tengo que juzgar y algunas otras cosas. Me gustaría enseñarle a mi mamá que a veces tiene que reconocer que no tiene la razón. No me gusta el teatro. Me gusta como actúa mi mamá, como escribe y como dirige. Me llevó a muchos lugares en sus ensayos. Me gusta verla en escena si no es tan tarde. No tengo ningún dolor. Mi mama tiene un dolor. Mi mamá me conoce sí y no. Y yo no la conozco del todo. Me gustaría que cambie algo. Soy feliz. Mi mamá es feliz. Lo peor del teatro es la vergüenza, el pánico escénico, olvidarse de los textos, es bastante incómodo. Mi mamá es feliz en el teatro. Mi mamá no puede reconocer que a veces no tiene razón y algunas otras cosas. No me gustaría que mi mamá deje el teatro. Yo quiero actuar en esta obra. Ella me prometió algo. Tengo un miedo. No sé que pienso del amor. No quiero decirle nada a mi mamá.

Entrevista a Amandita.

https://drive.google.com/drive/folders/1wILJjs2FKPA_u5sm0TYja9MLdX38cPFS?usp=sharing

SEGUNDO LUGAR



ESTOU AQUI SEM FIM

LETICIA CORONEL

Personagens:

ATRIZ-MÃE

ATRIZ-FILHA



estoy acá sin fin

estou aqui sem fim

Prólogo

Mãe, eu sou uma pessoa melhor do que você.

Por quê?

Eu sei perdoar e você não.

ATRIZ-MÃE *entra em cena com a ATRIZ-FILHA. Coloca a ATRIZ-FILHA em cima de uma montanha de roupa, objetos, tecidos, caixas e lixo. ATRIZ-FILHA se senta, cruza as pernas, tira os tênis e põe os fones de ouvido gigantes com forma de estrela e tampa os olhos com dois figurinos de stranger things.*

Confissão

Filhinha do meu coração. Escrevo esta carta para que você leia algum dia. Prometo dizer a verdade e nada mais do que a verdade.

Minha maternidade começou aos vinte e dois anos, conheci o teu pai aos vinte. Não foi uma relação fácil e até hoje temos dificuldades para nos entender, mas nós dois temos uma coisa em comum: amar você como sempre quisemos amar alguém nesta vida.

Eu e o teu pai nos separamos quando você tinha onze meses de vida, não queríamos que os gritos e o choro fossem parte das lembranças dos teus dias.

Nossos primeiros anos de mãe e filha não foram fáceis. Me senti muito sozinha e triste. Não tinha dinheiro, trabalhava em um restaurante em que tinha um salário que dava só para pagar o aluguel do apartamento e a comida do dia a dia. Sofri muito porque não tinha dinheiro. Era a única das minhas amigas que já era mãe e não podia pedir ajuda, porque sentia que ninguém ia fazer alguma coisa por mim. Não me sentia à vontade nos parques de diversão, nas areias com os cavalinhos, não conseguia conversar com as outras mães e perguntar coisas, para ver quem conseguia ser uma mãe melhor. Comprei muitos cadernos para escrever sobre a nossa rotina juntas e inventar normas novas, mas não consegui. Cumpria por um, dois ou três dias e depois tudo ia para trás. Terminava o trabalho muito cansada. Eu não gostava de ser garçonete, as pessoas com dinheiro me tratavam mal e as minhas colegas de trabalho tinham desejos pouco sensíveis para esta vida. Chegava em casa e

não entendia bem o que tinha que fazer para te fazer feliz. Mas eu tentava, tentava e tentava.

Quando a sua avó foi morar no Brasil você tinha três meses de vida, eu fiquei sem mãe e você sem avó. Ela foi embora porque resolveu deixar tudo para viver com o amor dos quinze anos e fechar a porta com tanta força que levou com ela a minha lactância. Por isso, em todas as nossas fotos, tem uma mamadeira e não um peito. Fiquei sozinha, o vovô não sabia muitas coisas e os meus irmãos menos ainda. Então podemos dizer que foi uma maternidade inventada por nós duas.

Sou uma mãe com culpa. Muita culpa. Culpa por ter trabalhado muito e por ter preferido entregar as minhas horas para a máquina do dinheiro e não a dos abraços. Culpa por ter pedido cinco créditos até agora para que não te faltasse nem um brinquedo ou para que você não ficasse sem férias. Não conhecemos o exterior, não. Porque eu tinha medo de viajar de avião. Mas te levei para conhecer a maioria das províncias deste país. Me sinto culpada por você ter acumulado mais horas de ensaios de peças de teatro do que qualquer atriz. Te levei para todas as salas da Capital Federal com um colchãozinho na mochila para que você pudesse dormir enquanto eu ensaiava. Te comprei um computador para criança para que você pudesse assistir a filmes enquanto eu ensaiava. Te comprei duzentos fones de ouvido de todas as formas e animais para que você pudesse escutar os teus filmes e músicas sem ter nenhum problema enquanto eu ensaiava. Te comprei trezentos tampa olhos para que você não visse as cenas dramáticas e as de nudez enquanto eu ensaiava. Te comprei quatrocentas caixinhas de mc donalds para que você tivesse um noite parecida à de qualquer menina comum e te surpreendesse ao receber o brinquedinho. Porque comer hamburguer juntas era a única voracidade bem compartilhada. Você conhece todas as sorveterias da capital e todos os sabores porque te prometi sempre um sorvete depois do ensaio das minhas peças. Te levei ao parque de diversão cinquenta vezes para que nunca perdesse o prazer do frio

na barriga, ou seja, para que o tédio das minhas peças não tirasse o teu prazer do frio na barriga. Gastei cem mil pesos dos créditos que pedi para que voltássemos para casa de táxi e não de ônibus. Gastei fortuna em todos os seus aniversários com patinagem no gelo que organizei para que você tivesse as melhores festas de aniversário da sua vida e eu fosse a mãe espetacular que ensinava as tuas amigas a patinar no gelo e assim eu pudesse ter alguma coisa especial em comparação às outras mães. *“Eu, a mãe da Amanda, que ensinou a tua filha a patinar no gelo e a tua filha e a tua filha e a tua filha...”*

Está tudo bem que uma mãe escreva para a filha dizendo que se sente culpada? Não sei. Acho que não. Sei que a culpa é assunto para terapia e trabalho isso duas vezes por semana no meu espaço de análise (isso é como um silêncio para a minha cabeça).

Filhinha, sempre me mostrei como uma mãe forte e todo-poderosa, a mãe das sacolas e teatros, te vendi a pior mentira. Porque quando a tua mãe desmaiou no meio da rua por não aguentar mais esta vida, a pessoa que teve que me levantar foi você e você tinha somente seis anos de vida. Seis anos contra trinta. Vinte quilos contra sessenta. Te dei a pior imagem. A mãe caída, desmoronada no chão, no meio da rua. A mãe caída sem excesso de álcool, sem drogas e sem comprimidos, mas a mãe caída por culpa.

Meu analista disse que era bom que você me visse falhar e eu digo que é uma maldição. Já foram dez quedas que você teve que me levantar. Mas que bom que há um ano a gente tem ficado bem e a tua mãe não tem desmaiado mais.

Filhinha. A tua mãe tem medo da morte. Ou seja, eu. Ou seja, eu tenho medo da morte e sempre achei que era uma tragédia se te confessasse isso. Porque para os filhos o medo da morte dos pais não teria que existir, nem ser parte da lógica dos medos e terrores. Mas tenho que te confessar que sim, que tenho um profundo medo da morte desde que nasci. E que por isso trabalho como atriz, porque é o único que me faz esquecer da morte.

Filhinha, por isso decidi fazer uma peça com você, escrever uma obra para você, pagar um salário por mês para que você trabalhasse comigo. Porque não quero que você tenha o mesmo medo que eu tive como filha. Quero que fique alguma coisa eterna da tua mãe. Também estou fazendo uma peça com os seus avós. Porque como você já sabe, nós não somos muito bons com os afetos com as pessoas queridas, mas sim com os afetos com as coisas. Então, tem muitas coisas que eu não sei da vovó nem do vovô. E o único lugar em que posso perguntar sobre essas coisas é em cena e para minha surpresa a vovó e o vovô estão conseguindo se emocionar como nunca tinham se emocionado na vida. O vovô sempre vai embora dos ensaios com um “isso é fabuloso” “isso é fabuloso” e me agradece porque estou ensinando para ele o que são as emoções. Não sabia que uma pessoa podia ensinar o que são as emoções para outra pessoa e menos ainda para um pai. Graças ao teatro pude saber bem por que a vovó foi embora para o Brasil, o que aconteceu, o quanto doeu nela. Graças ao teatro pude saber sobre a morte da tua bisavó e pude ver o meu pai chorar pela primeira vez. Então, quero te dizer que por isso eu estou fazendo uma peça com você, por isso te pago cinco mil pesos por mês (apesar de que ainda não tenha te dado o dinheiro) por isso pedi de joelhos para teu pai assinar uma autorização para que você pudesse trabalhar como atriz, porque quero te dar todos esses afetos que na vida não consigo te dar, quero te dar uma mãe melhor, uma pessoa melhor, uma verdade de olhares e palavras e silêncios com luzes e canções, quero te dar uma mãe de aplausos, quero que você fique com um olhar para a vida inteira, quero que você fique um instante com alguma coisa com a qual poderá combater a minha própria morte, que você ganhe da morte quando ela chegar. Que você possa dizer à morte: minha mãe me deu uma imagem tão, mas tão forte que quando você chegar não vai existir. Que você possa dizer: eu vi a minha mãe feliz, cinco segundos, mas vi minha mãe feliz. No palco de mãos dadas comigo. As duas de mãos dadas. Não quero que você passe pelo que eu passei por não ter conseguido ver os meus pais felizes e ter que ficar doente por ser a tristeza deles.

Qualquer pessoa diria que tudo isso são demonstrações de uma péssima mãe controladora e egoísta que não dá lugar para a sua filha, ou seja, que não te deixo escolher se quer subir em um cenário comigo o não, se quer me amar ou não. Sim, é verdade. E te peço desculpas, mas preciso que você faça o que estou pedindo, que suba no cenário comigo, que possa me ver feliz por alguns instantes. Sei o que digo, estou te evitando dor no futuro. Não quero que quando alguém te perguntar se você teve uma mãe feliz, que você tenha que dizer que não.

Você agora tem onze anos, está entrando na pré-adolescência e não fala comigo ou fala muito pouco. Você passa o dia inteiro brigando comigo. Você já não me diz te amo nem eu gosto de você. Nem me conta as fofocas da escola. E sinto que fiz tudo errado. Dói em mim o teu crescimento. Não quero que você sofra, também não quero que você se distancie de mim. Não quero ser uma estranha no teu enfrentamento com a vida.

Então, te convido para brigar comigo na peça, te convido para que me destrua, para que me diga coisas feias, horríveis, para que me prenda nos labirintos da vergonha, tire a minha pele inteira, me odeie, ganhe de mim, te convido para que dê tudo, me vença, filha, me vença bem vencida, me deixe pequenina, arrase comigo, me mostre os dentes, me afunde o peito, me diga que gosta mais do teu pai, ganhe de mim com as tuas palavras, eu escrevo todas as palavras que você quiser e mais, faça do teu crescimento lanças contra o meu corpo, jogue-me veneno, me deixe caída no chão e não me levante nunca mais. Quero tudo. Quero todo o chão do mundo. O chão de todas as filhas no meu corpo. Quero receber tudo isso. Quero ser o teu alvo, para que você agüente com este mundo, para que suporte. Quero te mostrar que a mamãe sempre vai estar com você, até na minha morte. Em uma peça de palavras e de lanças para que você leve o meu coração para o resto da tua vida. Coloque fogo em mim, que eu vou te dar amor.

Te amo com loucura, com lanças, choros e verdades.

PS: Quando te escrevi esta carta olhei para estas duas fotos que anexo. Temos a mesma procura de força nos olhos. Eu tenho nas peças e você tem na vida.







Olhar zero. Nada de tudo isso vai nos fazer mal.

Mamãe, sonhei que você morria.

Quando?

Ontem. Na verdade, não era que você morria.

Então, o que era?

Você estava na rua caída de madrugada, dormindo sozinha, com a mesma roupa que você usou no domingo.

E o que é que isso tem a ver com a morte?

Que eu te via de longe, eu gritava, os carros passavam e você não fazia nada.

Como o meu corpo estava?

Bêbado, com as mãos abertas e as pernas longas e esmagadas.

Nunca te dei essa imagem.

Nunca.

Você ficou triste?

Não.

Que bom.

Fiquei mal. Você estava alheia ao mundo. Senti como se fosse de verdade.

Mas estou aqui, filhinha.

Me diz uma coisa, filha.

Estou aqui, filha.

Já sei, estou te vendo.

Oi.

Oi, mamãe.

Eu não vou morrer.

Lógico que você vai morrer. Não tenho três anos.

Não por enquanto. Falta muito para que isso aconteça.

Você poderia deixar de me tratar como se eu fosse uma idiota?

Não entendo por que você fala assim comigo.

Porque algum dia você vai morrer, mamãe. E eu não tenho medo disso, mas você sim.

Eu não tenho medo da morte.

Mentirosa.

Não sou mentirosa.
Eu olhei o seu caderno.
Por que você fez isso?
Você olha os meus.
Olho, mas eu sim posso ler os seus.
Então, eu também posso.
Não.
Sim.
O que você leu?
Tudo.
Sai daqui antes que eu te arrebente a cara.
Você vai bater em mim?
Vou.
Então bate.
Sai daqui.
Bate.
Você não está entendendo. Eu sou tua mãe.
Às vezes você se comporta como se fosse a minha irmã.
O quê?
É.
Sou uma mãe jovem, não a tua irmã.
Mas você se comporta como se fosse.
O que é que você está fazendo?
Nada.
Você está me machucando.
Você não gosta que te digam coisas.
Você é muito pequena para ferir assim as pessoas.
Aprendi com você.
O que é que você tem?
Sonhei que você tinha morrido, porque li o que você escreveu no domingo.
Isso é coisa minha e faz parte do meu trabalho.
Eu não gosto que a tua vida faça parte do teu trabalho.
Mas é.
Não é.

É.

Eu tenho que ir para a escola e em vez de brincar e sorrir com as minhas amigas, vou ficar pensando em você, se alguma coisa ruim vai acontecer com você.

Jamais te coloquei nesse lugar. Você não pode ler as coisas que escrevo.

Você lê as minhas, mamãe. Eu escrevo coisas felizes, sonhos felizes, escrevo músicas para as minhas melhores amigas, escrevo sobre o garoto do sétimo B. Escrevo sobre as comidas que eu gosto e sobre os melhores momentos dos dias. Não escrevo nada de ruim, ainda bem que não sou sentimental como você.

Sempre fui assim.

Você já está chorando.

Olhar para você me emociona.

Você não pode chorar todas as vezes que olha pra mim, mamãe.

Não consigo controlar.

Por isso não quero que você venha nas festas da escola, você sempre chora, por mim, pelas outras crianças, pela aluna que ganha medalha e que você nem sequer conhece. Você me deixa com vergonha, mamãe.

Tudo bem, não vou mais.

Obrigada.

Sim, eu vou sim.

Você está louca.

Quando eu estiver emocionada, vou deixar de olhar pra você

Obrigada.

Por que você está tão brava?

Não sei.

É saudável que você fique brava comigo, mas eu gostaria de te entender. Antes você era tão expressiva, você mudou muito.

Antes eu tinha quatro anos, mamãe. Agora sou adolescente.

Pré-adolescente.

Controladora.

Antes você me dizia que me amava, que sempre ia estar comigo, que eu era a mãe dos teus sonhos, você me fazia carinho nas orelhas

antes de dormir.
E, antes, você não gritava, não chorava o tempo inteiro.
Você não percebia.
Talvez.
Você quer que a gente vá dar uma volta?
Não estou com vontade, estou cansada.
Quer ir tomar um sorvete?
Eu não gosto mais de sorvete.
Tudo bem, vou te deixar tranquila.

ATRIZ-FILHA *desenha.*



Olhar um. Olhar para ela como quando ela nasceu.

O que foi o mais lindo que te aconteceu na vida, mamãe?
Ganhar você.
Outra coisa, não seja melosa.
É que você foi o mais lindo que aconteceu na minha vida.
Diz outra coisa.
Tenho que pensar bem, não vou te responder agora.
Emagreci três quilos.
Eu sei e estou preocupada.
Não é ruim, você sempre acha que as coisas são ruins. Deixei de ser
tão ansiosa, agora não como tantas porcarias.
Você tem certeza de que é só ansiedade?
Tenho. Pensei muito o dia inteiro.
E agora?
Estou melhor.
Podemos ir ao médico. Ele pode passar um regime pra nós duas.
Não quero.
Não tem nenhum problema. Para de ficar me olhando assim.
Desculpa, é que de manhã eu fico mal-humorada.
Tudo bem.
A minha amiga Olivia te admira, ela diz que você é a pessoa mais
importante depois da mãe dela.
E você?
Chega, mamãe.
Vou beber água.
Eu também.
Estou cansada, as minhas pernas estão doendo, a tua mãe está
ficando velha.
Você já é velha.
Não.
Um pouco.
Não.
É que você reclama que está com dores no corpo o dia inteiro.
É que agora, sim, o meu corpo está doendo, antes eu achava que

doía e por isso fazia de conta que doía.
Eu não estou com nenhuma dor.
Não te dói nada?
Nada.
Nada?
Não tenta encontrar as tuas coisas em mim, mamãe. É possível viver sem dores.
Não sei.
Você está chorando.
Desculpa.
Você também chora com as outras pessoas?
Choro.
E você não fica com vergonha?
Estou acostumada. As palavras brotam assim.
O quê?
Isso.
As palavras não brotam da dor, mamãe. O que é que você está falando?
Sempre fui assim.
Quando você me fez, você chorou?
Acho que não.
Que horror. Agora vou ficar com essa imagem tua fazendo força para não chorar.
Esquece.
Com certeza você chorou.
Chega.
Eu não vou ser como você. As pessoas não me emocionam. Os animais, sim. Eles, sim, estão sozinhos de verdade. O que será que eles pensam, quando olham para alguma coisa. Você já pensou nisso? Os olhos deles são inteiros.
Inteiros?
É. Nos olhos deles não é possível ver as pessoas. Eles veem o nada.
Nos meus olhos eu te vejo.
Já sei. Estou na tua frente.
Nunca pensei nisso.

Eles, sim, que precisam de ajuda para estar bem. As pessoas se ajeitam sozinhas.

Algumas.

Odeio a frase “como a vida é cruel”.

Eu digo isso.

Diz. Por isso estou falando isso. Estou me adiantando.

Como a vida é cruel.

Quando você era pequena, tinha amigas?

Poucas.

Você não saía para brincar?

Saía. Eu jogava futebol.

Que bom, mamãe. Aí, com certeza, você não chorava.

Nem tanto.

Por que você não volta a ser assim?

Eu adoraria.

É melhor uma bola de futebol do que o teatro. As regras são claras.

Você faz o gol ou não e depois você volta pra casa.

Depois você volta pra casa. Parece perfeito.

Viu que você consegue?

Consigo o quê?

Dá para imaginar outra coisa, mamãe. Quando você tiver cinquenta anos, também vai pensar que a dor é o mais valioso da vida?

Não sei se eu acho que é valioso. É. A vida é assim. Sempre fui triste. Era a que olhava para o chão e a que ficava no meio do caminho.

Você pensa demais. Me conta alguma história de quando você era pequena.

Estou cansada.

Por favor.

Pra mim, é difícil contar histórias.

É porque você está pensando nas histórias mais trágicas.

É.

Vai, mamãe.

Uma vez, na escola, eu roubei um estojo. Era um de três divisórias, estava cheio de lápis Faber Castell, cheio de tudo. Nunca tinha

roubado, mas ter esse estojo tão rico significava muito pra mim. Cheguei em casa e escondi o estojo dentro do armário. Fiquei nervosa o dia inteiro e, à tarde, sentei-me na calçada e fiquei imaginando se isso ia me fazer bem, não deu nem meia hora de imaginação, veio a tua avó e me deu uma bordoadada no meio da cara. Ela descobriu e não deixou passar. Gritou de tudo, morri de vergonha. O pior foi ter que devolver o estojo no dia seguinte. Eu queria muito que ele fosse meu, ficou muita imaginação na minha cabeça. Faltou eu saber se alguma coisa ia mudar na minha vida por causa daquilo que eu não tinha.

Isso é uma história, mamãe?

É, eu não devia te falar dessas coisas. Desculpa.

Você não devia é falar que é possível estar melhor com alguma coisa que a gente não tem. Me dá a sensação de que isso não tem fim.

Não tem mesmo.

Eu gosto de tudo o que tenho. Não penso muito, o que eu tenho é o que eu tenho e pronto. Não vem nada depois disso. Sai o papai. A minha amiga Luciana é igual a você. O tempo inteiro está dando importância para o que ela não tem, muda de humor a cada dois segundos. Isso é muito chato, mamãe.

É demais. O que é que você tem?

É o que você vê.

Me diz.

Não. É o que você está vendo.

Fala, por favor. Quero ouvir como é que você chama isso.

Tenho uma mãe, um pai, duas casas porque os meus pais são separados desde que eu nasci, quatro cachorros, três gatos e o meu nome Amanda.

Não são cinco cachorros?

Não, mamãe. Popo morreu. Eu já te falei.

Ah, é verdade, desculpa. Como ele morreu?

Morreu, mamãe.

Já sei, filha. Mas não lembro como ele morreu. Ele estava doente? Estava velho, era a hora dele. Saiu para dar uma volta com o papai, entraram em casa, o papai deu a comida dele e ele morreu.

Morreu depois de comer?

É, mamãe. Como morrem todos os cachorros. Foi embora depois da última refeição. A mais gostosa de todas. O papai tinha preparado um ensopado.

Ele chorou?

Lógico. Chorou porque, de verdade, não tinha mais o cachorro dele.

Nunca tive cachorros.

Teve, sim, e você devolveu porque não sabia cuidar dele.

Sabia, sim.

Não sabia.

Tratava ele como um bebê, fiz tudo o que podia.

É, mas depois você deu ele. Não vale dar tudo para depois tirar.

Eu não tinha tempo.

Mas isso não se faz. Não pode abandonar um cachorro porque você não tem mais tempo. Eles se apegam à gente, não é só o que acontece com você.

Você levantou muito má hoje.

Mamãe, por que uma pessoa deixa de fazer coisas?

Porque às vezes não tem mais força.

O que é a força?

A força, filha.

Repito. O que é a força?

O coração de todas as coisas.

Não acho que tenha a ver com o coração e menos ainda com as coisas. Parece ridículo.

Eu penso assim.

Eu acho que a força está ligada com a morte. Se você está perto da morte, a força se apaga. São as duas caras. Não acho que tenha outra razão. Se você está vivo, então tem força. E se está morrendo, tem menos força. E se está morta, a força apagou.

Não entendo esta conversa.

Tento te entender, mamãe.

Te amo.

E eu te amo também.

Hoje é um dia muito difícil.

Eu sei.

Às vezes, nós, os mais velho sentimos que nos enganamos muito e, mais ainda, nos momentos importantes da vida. Desculpa, mas já estou chorando.

Tudo bem.

Eu não devia falar sobre isso com você, mas eu me sinto muito sozinha e já não sei se correr ou dormir. A gente fica mais velha e vira uma pedra por dentro, por isso, nós, as mães sozinhas, choramos tanto. Estas lágrimas que você está vendo nem eu entendo, é como se elas tivessem perdido a função neste corpo. Caem e caem porque dentro delas não tem lugar, é como a chuva em uma janela fechada. Você não está me dizendo por que está triste, mamãe.

Porque estou velha e continuo tendo medo do amor. E não paro de me enganar, de me enrolar e te vejo crescer e não entendo nem como nem quando isso aconteceu. Sei que não tenho que pensar tanto nas coisas e nas suas lógicas, mas preciso entender tudo e não consigo entender e quero entender que o mundo precisa de pontos finais, mas eu não quero que isso seja assim, quero que as coisas, as pessoas e os sentimentos sejam estanques para sempre, sem alteração possível, que nada se desmorone, nem deteriore, nem nada. Que tudo seja para sempre. Milimetricamente para sempre. Mãe, eu não te pedi pra nascer.

ATRIZ-FILHA *desenha.*



Não entendo o que você quer me dizer.

Que as coisas mudam. Que antes você escolhia por mim e, agora, cada vez menos porque eu estou começando a ser grande e isso é bom. Eu gosto. Você não me disse que o vovô agora é uma pessoa melhor?

Disse.

Então, mãe. É isso. Antes o vovô era esquisito, cresceu e agora passou a ser uma pessoa mais legal. Aprendeu. A mesma coisa está acontecendo com a vovó, ela está aprendendo a ser feliz. Foi isso que você me disse desde pequena e eu sempre acreditei. Você lembra que a Luciana tinha mentido pra mim?

Lembro.

Bom, eu dei uma oportunidade pra ela. Já foi, mamãe. As coisas passam, a gente tem que dar uma segunda chance pras pessoas e pra vida. Agora ela é a minha melhor amiga, deixamos de lado o que a gente tinha que deixar. Agora entendo por que o papai me dizia que você era um personagem de filme, mas dos bons filmes. Consegui fazer você rir.

Engoli uma lágrima.

Que gostoso.

Filhinha, me deu vontade de inventar em silêncio. Você topa? Acho que vai ser legal pra gente.

Você me chamou de filhinha. Bom, já começou. Eu te peço que a gente não tenha que imaginar estar em um hospital. Acho melhor pensar em um rio.

Tudo bem, um rio.

Vamos.

Você tem que se vestir de uma cor e eu de outra. Vamos ser bem esquisitas.

Você me faz rir, mamãe. Depois você fica falando que eu não gosto de você.

Eu vou de vermelho.

Eu vou de azul, somos esquisitas, mas vamos com as cores do San

Lorenzo.

Eu não torço para o San Lorenzo, eu torço para o Boca.

Mamãe, o Boca está jogando muito mal, você vai chorar o resto da vida assim. Além disso, o San Lorenzo tem as melhores músicas.

O teu pai continua escutando a estação de rádio do time depois de cada jogo?

Continua. Depois de cada jogo.

Continua xingando a parede e falando como maluco?

Continua e me dá muita vergonha.

Você é engraçada.

Os locutores desse programa devem ter uns oitenta anos, mas sempre falam com a mesma animação.

Eu lembro.

Estou pronta.

Eu também. Posso ir de óculos de sol?

Não. Eu quero ver o seu rosto, mamãe. Vou te controlar as lágrimas com o reflexo da água.

Tudo bem. Acho que vermelho fica bom para você.

É verdade, e o azul fica bem em mim. Vamos no estádio, no próximo jogo?

Não me imagino no estádio.

Eu te levo, mãe. É uma verdadeira loucura. Te juro que você vai deixar de pensar em coisas ruins, só vai cantar ou gritar. Tudo é diferente.

Algum dia.

Quero te ver na rua de longe com esse vermelho e dizer aquela que vem ali é a minha mãe.

A gente combinou que a brincadeira ia ser em silêncio, você vai me fazer chorar.

Você tem razão. Vou ficar quieta.

Vermelho.

Azul.

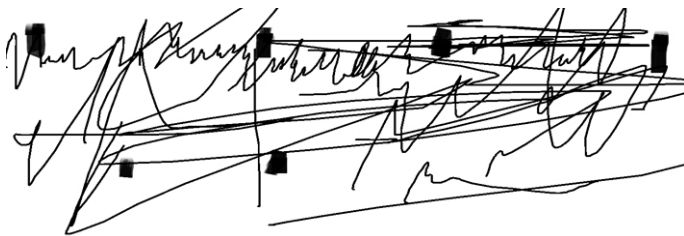
Azul.

Vermelho.

Vamos.

Vamos.
Silêncio.
Silêncio.
Toma.
Toma.
Você primeiro. Lê isso.
Espero que você não tenha sido tão romântica desta vez.
Lê, é curto.
Espera, não me apressa.

ATRIZ-FILHA *desenha.*



Quando você nasceu fiquei com muito medo. Eu tinha só vinte e dois anos e já estava me separando do seu pai. A vovó tinha ido morar no Brasil com um novo amor e eu não tinha quem me acompanhasse nos meus primeiros diálogos como mãe. Tive medo de fazer as coisas erradas, de te cuidar como uma mãe jovem ruim e irresponsável, mas anotei cada detalhe, tudo o que tinha que fazer e sentir. Era como estudar uma vida sozinha. Com você descobri que a noite pode ser uma companhia e que ninguém quer estar sozinha. Que um filho, além de um filho pode ser muitas outras coisas. E que não está nem bem nem mal ter um filho para estar menos sozinha no mundo. É o que é. Mas a solidão pode dar os amores mais maravilhosos. A primeira vez que senti que podia fazer alguma coisa na vida foi quando te salvei de uma internação por insuficiência cardíaca. Te repeti incansavelmente quatro palavras:

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

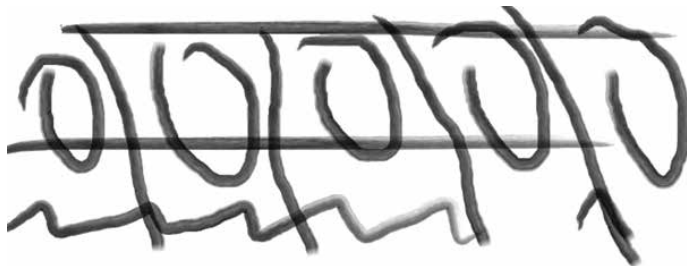
estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.

estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.
estou aqui sem fim.

ATRIZ-FILHA *desenha.*



ATRIZ-FILHA deixa de desenhar, desce da montanha, tira os fones de ouvido, o tapa-olhos de figurinos de stranger things e coloca a mãe no chão.

Me chamo Amanda Molina Coronel, tenho onze anos. A minha mãe se chama Adriana Leticia Coronel Sardone, ela tem trinta e quatro anos. Eu gosto de estar com as minhas amigas, usar o celular, estar com animais e ter razão. Eu gosto de passar o tempo com coisas que me divirtam. Atualmente não tenho nenhuma paixão. A minha mãe gosta de ser atriz e escrever e a sua paixão é trabalhar como atriz. A minha mãe me ensinou que não tenho que julgar e algumas outras coisas. Eu gostaria de mostrar para ela que, às vezes, ela tem que reconhecer que não tem a razão. Eu não gosto de teatro. Eu gosto como a minha mãe trabalha de atriz, como ela escreve e como dirige. Ela me levou a muitos lugares durante os seus ensaios. Eu gosto de vê-la em cena, se não for muito tarde. Eu não sinto nenhuma dor. A minha mãe sente muita dor. A minha mãe me conhece sim e não. E eu não conheço ela de verdade. Eu gostaria que ela mudasse algumas coisas. Eu sou feliz. A minha mãe é feliz. O pior do teatro é a vergonha, o pânico cênico, esquecer os textos, é muito incômodo. A minha mãe é feliz no teatro. A minha mãe não consegue reconhecer que, às vezes, não tem razão e algumas outras coisas. Eu não gostaria que a minha mãe abandonasse o teatro. Eu quero trabalhar nesta peça. Ela me prometeu uma coisa. Tenho um medo. Não sei o que penso sobre o amor. Não quero dizer nada pra minha mãe.

Entrevista a Amandita.

https://drive.google.com/drive/folders/1wILJjs2FKPA_u5sm0TYja9MLdX38cPFS?usp=sharing

SECOND PRIZE



| AM HERE ENDLESSLY

LETICIA CORONEL

Characters

ACTRESSMOTHER

ACTRESSDAUGHTER



estoy acá sin fin

I am here endlessly

Prologue

Mom, I am a better person than you are.

Why?

Because I know how to forgive, and you don't.

ACTRESSMOTHER *enters the scene with*
ACTRESSDAUGHTER. *She places the ACTRESSDAUGHTER*
on top of a mountain of clothes, objects, fabrics, boxes and waste.
ACTRESSDAUGHTER *sits down, crosses her legs, takes off her*
sneakers and puts on a pair of star-shaped headphones, and covers her
eyes with two figures of Stranger Things.

Confession

My dearest daughter. I am writing you this letter for one of your days.
I promise to tell the truth and nothing but the truth.

My motherhood began at twenty-two, I met your father at twenty. It was not an easy relationship, it's been hard for us to understand each other until today, but we both have something in common: we love you as we always wanted to love someone in this life.

We broke up, your dad and I, when you were eleven months old, we didn't want the screaming and crying to be part of the memories of your days.

Our first years as mother and daughter were not easy. I felt very lonely and sad. I had no money, I worked at a restaurant where I had a salary that was only enough to pay the rent of the apartment and our day-to-day food.

I didn't feel quite like myself at playgrounds, in the sand or amongst the rocking horses, I wasn't good at making conversation with other moms or asking questions, to see who did better at being a mother. I bought many notebooks to write down routines for the two of us together and to invent new rules, but it didn't work out for me. I stood to them for one, two, three days, and then everything fell apart. I ended up very tired from work. I didn't like being a waitress, people with money treated me awfully, and my workmates had desires for this life that weren't too sensitive. I got

home and didn't quite understand what to do to make you happy. But I tried again and again.

When your grandmother went to live in Brazil, you were three months old, I was left without a mother and you without a grandmother. She left because she decided to leave everything and go live with her love of when she was fifteen, and she slammed the door so, so hard that she took my breastfeeding with her. That's why in all our pictures there is a bottle and not a boob. I was left all alone, your grandfather didn't know many things and my brothers knew even less. So, we can say that it was a motherhood invented by you and me.

I am a mom with guilt. A lot of guilt. Guilt for having worked a lot and having preferred to give hours to the money machine and not to the hug machine. Guilt for having requested five loans so far, so that you didn't lack a toy or a vacation. We didn't travel abroad, no. Because I'm afraid of traveling by plane. But I made you know most of the provinces in this country. I feel guilt for you having more hours of rehearsals for plays than any actress. I took you to all the theaters in the Federal Capital with a little mattress in your backpack so you could sleep while I was rehearsing the plays. I bought you a computer for children so you could watch movies while I rehearsed the plays. I bought you two hundred headphones of all shapes and animals so you could listen to your movies and music without problem while I rehearsed the plays. I bought you three hundred eye blinders so you didn't see the dramatic scenes and the nude scenes while I was rehearsing the plays. I bought you four hundred mc donald's happy meals so that you would have your night similar to that of any common girl and be surprised when you got the little toy. Because eating hamburgers together was the only well-shared voracity. You know all the ice cream parlors in the capital and all the flavors because I always promised you an ice cream after the rehearsal of my plays. I took you to the park of

the coast¹ fifty times so that you would never lose the pleasure of vertigo, that is, so that the anger of my works would not take away from you the pleasure of vertigo. I spent a hundred thousand pesos from the loans I requested so that we could go back home by taxi and not by bus. I spent a fortune on all the ice-skating birthdays that I organized for you so that you would have the best birthdays of your life and I would be the amazing mother who taught your classmates how to ice skate and have something special above all the other mothers. *“I, Amanda’s mother is the one who taught your daughter and your daughter and your daughter and your daughter to ice skate...”*

Is it right for a mother to write to her daughter saying she feels guilty? I don’t know. I suppose it’s not. I know guilt is my topic in therapy and I work on it twice a week in analysis (this is like silence for my head).

My little daughter, I always showed you a strong and almighty mother, the mother carrying bags and theaters, I was showing you the worst lie. Because when your mom fainted in the middle of the street because she couldn’t cope with this life anymore, the person who had to pick her up was you, and you were only six. Six years against thirty. Twenty kilos against sixty. I gave you the worst image. The fallen mom, torn apart on the floor, in the middle of the street. The mom fallen not because of alcohol or drugs or pills, but the mom fallen because of guilt.

My analyst says that luckily you saw me at fault and I say it’s a curse. It’s been ten falls already, that you’ve seen and that you’ve had to pick up. But luckily we’ve been doing well for a year and mom doesn’t faint anymore.

My little daughter. Your mom is afraid of death. That is, me. I am afraid of death, and I’ve always thought it would be a tragedy to

¹ It refers to the “Parque de la Costa”, an amusement park in Tigre, close to the city of Buenos Aires (TN).

confess that to you. Because for children, the fear of their parents' death should not exist, nor should it be part of the logic of fears and terrors. But I must confess to you that yes, I have been deeply afraid of death ever since I was born. And that's why I dedicate myself to acting, because it's the only thing that makes me forget about it.

My little daughter, that's why I've decided to do a play with you, write a play for you, pay you every month so that you act with me. Because I don't want you to have the same fear I had as a daughter. I want you to keep something eternal from your mother. I am also doing a play with your grandparents. Because as you know we are not good with affections on people we love, we are good with affections on things. So, there are many things I don't know about your grandma or your grandpa. And the only place where I can ask questions is on the stage and surprisingly grandma and grandpa are able to get quite emotional like they never did in their lives. Grandpa always leaves rehearsals saying "this is fabulous", "this is fabulous", and thanking me for teaching him emotions. I didn't know that a person could teach another person emotions, let alone a parent. Thanks to the stage I was able to know well why grandma left for Brazil, what happened to her, what hurt her. Thanks to the stage I was able to learn about the death of your great-grandmother and I was able to see my dad cry for the first time. So I want to tell you that this is why I'm doing a play with you, it's for this that I pay you five thousand pesos a month (although I haven't given them to you yet), it's for this that I asked your father, on my knees, to sign the permits to let you act, because I want to give you all those people to love that I cannot give you in life, I want to give you a better mom, a better person, a truth of eyes and words and silences with lights and songs, I want to give you a mom of applause, I want you to keep one look for your whole life, I want you to have a moment with which you can fight my own death, that you win when it comes. That you can say to it: my mom gave me such a strong image that when you arrive you won't exist. That you can say: I saw my mom happy, for five seconds, yes, but I saw her

happy. On stage, holding my hand. The two of us holding hands. I don't want you to go through what I went through, never seeing my parents happy and me having to get sick for being their sadness.

Any other person would say that all this speaks of a lousy, controlling and selfish mother who doesn't give way to her daughter, that is, I don't give you a chance to choose if you want to act with me or not, if you want to love me or not. Yes, it's true. And I am sorry, but I need you to listen to me, to act with me, to have me happy for a few moments. I know what I'm saying, I'm taking pain away from your future. I don't want you to have to say no when they ask you if you had a happy mother.

You are now eleven years old, you are entering pre-adolescence and you don't talk to me anymore or you talk to me very little. You are fighting with me every day. You no longer say I love you². You don't even tell me school gossip. And I feel like I've done things wrong. Your growth is hurting me. I don't want you to suffer and I don't want you to get away from me either. I don't want to be a stranger in your battle with life.

I then invite you to fight with me in the play, I invite you to destroy me, to say ugly, horrible things to me, to lock me in the byways of shame, take all my skins off, hate me, beat me, I invite you to it all, defeat me daughter, defeat me for good, make me small, destroy me, show me your teeth, depress my chest, tell me that you love your father more, win me over with your words, I'll write them all to you and more, make of your growth spears against my body, throw poison at me, leave me on the floor and never pick me up again. I want it all. I want all the floor in the world. The floor of all the daughters in my body. I want to receive all of that. I want to be your target so you can manage with this world, so you can manage. I want to show you that mom will always be with you, even in my

² In the original version: "Ya no me decís te amo ni te quiero." This is because there are two related, but not equal, verbs in Spanish which translate to "to love": "amar" y "querer" (TN).

death. In a play of words and spears so that you take my heart with you for the rest of your life. Throw me fire, I'll give you love.

I love you madly, with spears, crying and truth.

PS: When I wrote you this letter, I looked at these two photos that I am attaching. We have the same pursuit of strength in our eyes. I have it in the plays and you, in life.







Look zero. None of this is going to hurt us.

Mom, I dreamt you died.

When?

Yesterday. It wasn't really that you died.

So?

You were lying on the street at dawn, sleeping alone, with the same clothes you had on Sunday.

And what does that have to do with death?

That I saw you from a distance, I yelled at you, the cars went by, and you did nothing.

How was my body?

Drunk, hands open and legs long and flattened.

I never gave you that image.

Never.

Did it make you sad?

No.

That's good.

It made me feel bad. You were withdrawn from the world. It felt very real.

But here I am, my little daughter.

Call me daughter.

Here I am, my daughter.

I know, I see you.

Hi.

Hi, mom.

I'm not going to die.

Yes, you are. I'm not three years old.

Not now. It'll be long before that happens.

Can you stop treating me like I'm stupid?

I don't understand why you talk to me like that.

Because you're going to die someday, mom. And I'm not afraid of that, but you are.

I am not afraid of death.

Liar.

I am not a liar.
I checked your notebooks.
Why did you do that?
You check mine.
Yes, but I can read yours.
Then me too.
No.
Yes.
What did you read?
Everything.
Get out of here before I slap you in the face.
Are you going to hit me?
Yes.
Do it.
Leave.
Do it.
You're wrong. I'm your mother.
Sometimes you behave like a sister.
What?
Yes.
I'm a young mother, not your sister.
But you behave as if you were.
What are you doing to me?
Nothing.
You're hurting me.
You don't like being told things.
You're too young to hurt people like that.
I learnt from you.
What's wrong with you?
I dreamed that you died, because I read what you wrote on Sunday.
That's my thing and it's part of my job.
I don't like that your life is your job.
It is.
It isn't.
It is.

I have to go to school and instead of playing and laughing with my friends, I'm wondering if something bad is going to happen to you.

I never put you in that place. You can't read my stuff.

You read mine, mom. I write happy things, happy dreams, I write songs to my best friends, I write about the boy in seventh grade b.

I write down the foods I like and the best moments of the days. I don't write anything bad, luckily I'm not sentimental like you.

I've always been like this.

You're already crying.

It moves me to look at you.

You can't cry every time you look at me, mom.

I can't control it.

That's why I don't want you to come to school functions, you're always crying, for me, for the other kids, for the girl who carries the flag who you don't even know. You embarrass me, mom.

I won't go anymore.

Thanks.

Yes, I will go.

You're crazy.

I'll stop looking at you when I feel moved.

Thanks.

Why are you so angry?

I don't know.

It's healthful for you to be angry at me, but I would like to understand you. Before you used to be so expressive, you've changed a lot.

Before I was four years old, mom. Now I'm a teenager.

Preteen.

Controller.

Before you used to tell me that you loved me, that you were always going to be with me, that I was the mom of your dreams, you used to caress my ears before you fell asleep.

And before you didn't scream, you didn't cry all the time.

You didn't realize.

Maybe.

Do you want us to go for a walk?
I don't feel like it, I'm tired.
Go get ice cream?
I don't like ice cream anymore.
I'll leave you alone.

ACTRESSDAUGHTER *draws.*



Look one. Look at her like when she was born.

What was the most beautiful thing that ever happened to you in life, mom?

To have you.

Something else, don't be cheesy.

But you are the most beautiful thing that ever happened to me in life.

Say something else.

I'll have to think about it carefully, I'm not going to answer you now.

I lost three kilos.

I know and I'm worried.

It's not something bad, you always have to interpret things wrong. I stopped having anxiety, I don't eat so much crap anymore.

Are you sure it's anxiety?

Yes. I was thinking a lot all day.

And now?

I'm better.

We can go to the doctor. They can give us both a diet.

I don't want to.

There's nothing wrong about it. Stop looking at me like that.

Sorry, I have a bad mood in the morning.

It's okay.

My friend Olivia admires you, she says you're the most important person after her mom.

And you?

Stop it, mom.

I'm going to have some water.

Me too.

I feel tired, my legs hurt, your mom is getting old.

You are already old.

No.

A bit.

No.

Your body hurts all day.
Now my body does hurt, before I thought it hurt and that's why I acted on it.
Nothing hurts me.
Nothing?
Nothing.
Nothing?
Don't look for your things in me, mom. It is possible to live without pain.
I don't think so.
You're already crying.
I'm sorry.
Do you also cry with other people?
Yes.
And don't you feel ashamed?
I am used to it. That's how words are born.
What?
That.
Words aren't born from pain, mom. What are you saying?
I've always been this way.
When you made me, did you cry?
I don't think so.
How awful. Now I have that image of you trying hard not to cry.
Get rid of it.
You sure cried.
Stop it.
I'm not going to be like you. People don't move me. Animals do. They are truly alone. Have you ever thought about what they look at when they look? Their eyes are whole.
Whole?
Yes. In their eyes you don't see people. You see nothing.
In my eyes I see you.
I know. I'm right in front of you.
I never thought of that.
They do need help to be well. People can manage on their own.

Some people.
I hate the phrase “how cruel life is”.
That’s what I say.
Yes. That’s why. I’m anticipating you.
How cruel life is.
When you were a child, did you have any friends?
Few.
Didn’t you come out to play?
Yeah. I played soccer.
Good, mom. Surely you weren’t crying then.
Not that much.
Why don’t you go back to that?
I’d love to.
A ball is better than a theater. Rules are clear. You score a goal or not and then you go home.
Then you go home. Sounds nice.
See that you can?
I can what?
Imagine something else, mom. When you’re fifty, are you also going to think that pain is the most valuable thing in life?
I don’t know if I think it’s valuable. It is. Life happens to me like this. I’ve always been sad. I was the one that looked down and the one that stayed halfway.
You think too much. Tell me an anecdote of when you were a child.
I’m tired.
Please.
I find anecdotes hard.
Because you’re thinking of the most tragic.
Yes.
Come on, mom.
I once stole a pencil case in elementary school. It had three compartments and was full of Faber Castell pencils, full of everything. I had never stolen anything before, but having that pencil case, such a rich people thing, meant a lot to me. I got home and hid it in the closet. I was nervous all day and, in the afternoon,

I sat on the sidewalk and imagined whether things would be better for me having that, I didn't even get half an hour of imagination when my grandmother came and slapped me in the face. She found out and didn't let it pass by, she yelled lots of things at me, I felt very ashamed. The worst part was having to give it back the next day. I wanted it to be mine, I had many things left to imagine. I was waiting to know if something changed with something that I did not have.

Is that an anecdote, mom?

Yes, I shouldn't teach you this. I'm sorry.

You shouldn't teach me the idea of being better off with something you don't have. It seems to me that has no end.

It doesn't.

I like everything I have. I don't think much about it, what I have is what I have and that's it. There's nothing more to it. I'm like dad in that sense. My friend Luciana is just like you. She's always thinking about what she doesn't have, she changes her mood every two seconds. Isn't that boring, mom?

Too boring. What is it that you have?

What you see.

Tell me.

No. It's what you see.

Tell me, please. I want to hear what you name it.

I have a mom, a dad, two homes because my parents are divorced since I was born, four dogs, three cats and my name, Amanda.

Isn't it five dogs?

No, mom. Popo died. I told you.

Right, sorry. How did he die?

He died, mom.

I know, my daughter. But I don't remember how he died. Was he ill?

He was old, it was his turn. He went out for a walk with dad, they came back in, dad fed him and he died.

Did he die after eating?

Yes, mom. Just like all dogs die. He left having had his last meal.

The most delicious of all. Dad had prepared him stew.
Did your dad cry?
Of course. He cried because he really didn't have his dog anymore.
I never had any dogs.
Yes, you did, and you gave it back because you didn't know how to take care of it.
I did know.
You didn't.
I treated it like a baby, I gave it everything.
Yeah, but then you took it away from it. It isn't right to give everything and then take it away.
I didn't have the time.
But it's not right. You can't abandon dogs because you don't have time. They get attached, it's not just about what happens to you.
You woke up mean today.
Mom, why does a person quit doing things?
Because sometimes you don't have any more strength.
What is strength?
Strength, my daughter.
I repeat. What is strength?
The heart of all things.
I don't think it has to do with the heart and much less with things.
It sounds ridiculous.
I do believe it.
Strength must be related to death. If you are close to death strength goes out. It is double sided. I don't think there is any other reason. If you are living, you have strength. And if you are dying, you have less strength. And if you're dead, your strength is gone.
I don't understand this conversation.
I am trying to understand you, mom.
I love you.
And I love you.
Today is a very difficult day.
I know.
We older people sometimes feel that we are very wrong and even

more so in the important moments of life. Sorry, but I'm already crying.

Don't worry.

I shouldn't talk about this with you, but I feel too lonely and I don't know anymore whether to run or to sleep. One gets older and turns to stone inside, that's why we single moms cry so much. These tears you see, I don't even understand them, it's as if they had lost their function in this body. They fall and fall because there's no room inside, it is like rain on a closed window.

You're not telling me why you're sad, mom.

Because I'm older and I still fear love. And I don't stop making mistakes, getting tangled up, and I see you grow and I don't understand how or when this happened. I know I don't have to think things over that much or their logics, but I need to understand it all and I don't understand it and I want to understand that the world needs endings, but I don't want that to be that way, I want things, people and feelings to be still forever, without any possible alteration, without anything falling down, or deteriorating, or anything. I want it all to be forever. Millimetrically forever.

Mom, I didn't ask you to be born.

ACTRESSDAUGHTER *draws.*



Look two. Seek the truth in solitude.

I don't understand what you mean.

That things change. That you used to choose for me and now you do so less and less because I'm growing up and that's fine. I like it. Didn't you tell me that grandpa is a better person now?

Yes.

And well, mom. That's it. Before, grandpa was weird, he grew up and now he can be seen better. He learned. Same thing with grandma, she is learning to be happy. That's what you've told me since I was little, and I always believed you. Do you remember that Luciana had lied to me?

Yes.

Well, I gave her a chance. That's it, mom. Things happen, it's about giving second chances to people and to years. Now we are best friends, we left behind what had to be left behind. Now I understand why dad told me that you were very much like someone in a movie, but one of those good movies. I made you smile.

I've swallowed a tear.

Yummy.

My little daughter, it makes me want to invent a silence. Do you feel like it? I think we need that.

You just called me little daughter. Well, this has already started. I ask you that imagination isn't us being in a hospital square. It better be in a river.

Let's make a river.

Let's do so.

Dress in one color and I'll dress in another. Let's be really weird.

You make me laugh, mom. Then you say I don't love you.

I'll go in red.

I'll go in blue, we are weird, but we support San Lorenzo.

I don't support San Lorenzo, I support Boca³.

³ "San Lorenzo" (Club Atlético San Lorenzo de Almagro) and "Boca" (Club Atlético Boca Juniors) are two very popular football teams in Argentina (TN).

Mom, Boca is doing awfully, that way you're going to cry all your life. Also, San Lorenzo has the best songs.

Does your dad still listen to the radio of the club after every match?

Yes. After every match.

Does he still shout insults at the wall and talk like crazy on the loose?

Yes, and it makes me very embarrassed.

You make me laugh.

The hosts of that program must be around eighty, but they always speak with the same enthusiasm.

I remember.

I'm ready.

Me too. Can I wear sunglasses?

No. I want to see your face, mommy. I'll be controlling your tears with the reflection on the water.

Okay. I think red suits me.

Yeah, and blue suits me. Shall we go to the stadium one of these days?

I can't picture myself at a stadium.

I'll take you, mom. It is the true immensity. I swear you stop thinking about bad things there, you just sing or shout. Everything's different.

Someday.

I want to see you in red, from a distance, on the street and say from afar that is my mom.

We said it would be in silence, you're going to make me cry.

You're right. I'll calm down.

Red.

Blue.

Blue.

Red.

Let's go.

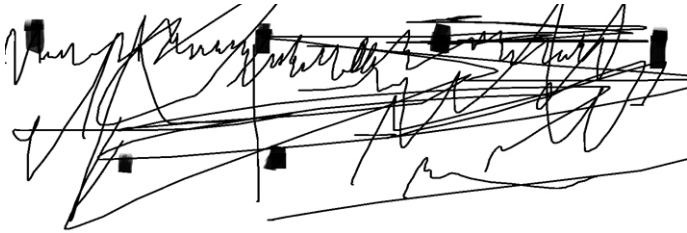
Let's go.

Silence.

Silence.

Take this.
Take this.
You go first. Read it.
I hope you weren't so romantic this time.
Read it, it's short.
Coming, don't rush me.

ACTRESSDAUGHTER *draws.*



When you were born, I felt great fear. I was only twenty-two years old and we were already splitting with your dad. Your grandmother had gone to live in Brazil with her new love and I had no one to accompany me in my first dialogues as a mother. I was afraid of doing things wrong, of taking care of you like a bad young and irresponsible mother, but I wrote down everything I had to do and feel, step by step. It was studying a life on my own. With you I discovered that the night can be company and that nobody wants to be alone. That a child, besides being a child, can be many other things. And that it is neither good nor bad to have a child to be less alone in the world. It is what it is. But loneliness can give you the most beautiful loves. The first time I felt like I could do something in life was when I saved you from hospitalization for heart failure. I repeated four words to you, on and on: I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

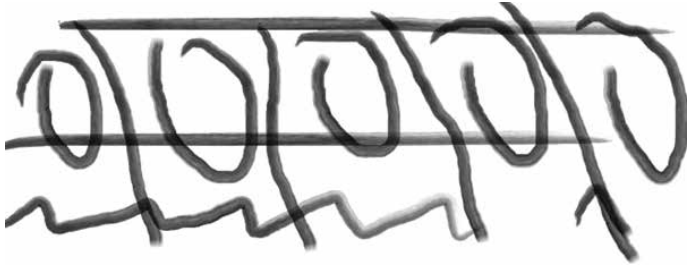
I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.

I am here endlessly.
I am here endlessly.
I am here endlessly.
I am here endlessly.
I am here endlessly.
I am here endlessly.
I am here endlessly.
I am here endlessly.

ACTRESSDAUGHTER *draws.*



ACTRESSDAUGHTER *stops drawing, comes down from the mountain, takes off the headphones, the eye blinders of figurines of Stranger Things, and places her mother on the floor.*

My name is Amanda Molina Coronel, I am eleven years old. My mother's name is Adriana Leticia Coronel Sardone, she is thirty-four years old. I like to be with my friends, to use my cell phone, to be with the animals and to be right. I like to spend time on what can amuse me. At the moment I don't have a passion. My mom likes acting and writing and her passion is acting. My mom teaches me that I don't have to judge and a few other things. I would like to teach my mom that sometimes she has to admit that she is not right. I don't like theater. I like how my mom acts, how she writes and how she directs. She's taken me many places in her rehearsals. I like to see her onstage if it's not so late. I don't have any pain. My mom has a pain. My mom knows me, yes and no. And I don't know her completely. I would like her to change one thing. I'm happy. My mom is happy. The worst thing about theater is embarrassment, stage fright, forgetting the lines, it's quite uncomfortable. My mom is happy in the theater. My mom can't admit that sometimes she isn't right and some other things. I wouldn't like my mom to leave the theater. I want to act in this play. She promised me something. I have one fear. I don't know what I think of love. I don't want to say anything to my mom.

Interview to Amandita.

https://drive.google.com/drive/folders/1wILJjs2FKPA_u5sm0TYja9MLdX38cPFS?usp=sharing

SECOND PRIX



JE SUIS ICI SANS FIN

LETICIA CORONEL

Personnages

ACTRICEMÈRE

ACTRICEFILLE

A minimalist line drawing of a hand, possibly a right hand, with the fingers slightly curled. The drawing is composed of simple black lines on a white background. Overlaid on the hand is the text "estoy acá sin fin" in a bold, black, sans-serif font. The text is positioned across the palm and fingers, with the word "estoy" on the left, "acá" in the middle, and "sin fin" on the right. The lines of the hand and the text overlap, creating a sense of depth and integration.

estoy acá sin fin

Je suis ici sans fin

Prologue

Maman, je suis une meilleure personne que toi.

Pourquoi ?

Je sais pardonner et toi, non.

ACTRICEMÈRE *entre en scène avec ACTRICEFILLE. Elle met ACTRICEFILLE sur le tas de linge, objets, étoffes, boîtes et déchets. ACTRICEFILLE s'assied, croise les jambes, enlève ses tennnis et met un casque géant à la forme d'étoile et se couvre les yeux avec deux images de stranger things.*

Confession

Mon petit cœur. Je vais t'écrire cette lettre pour un de tes jours. Je promets de dire toute la vérité et rien que la vérité.

Ma maternité a commencé à vingt-deux ans, j'avais vingt-ans quand j'ai rencontré ton père. Notre relation, ce n'était pas facile, nous avons eu du mal à nous entendre jusqu'à aujourd'hui, mais nous avons tous les deux quelque chose en commun : t'aimer comme nous avons toujours aimé quelqu'un dans cette vie.

Ton père et moi nous sommes séparés quand tu avais onze mois. Nous ne voulions pas que les cris et les pleurs fassent partie des souvenirs de tes jours.

Nos premières années de mère et fille n'ont pas été faciles. Je me sentais seule et triste. Je n'avais pas d'argent, je travaillais dans un restaurant où je gagnais un salaire qui ne suffisait que pour payer le loyer de l'appartement et la nourriture de tous les jours. J'ai beaucoup souffert de ne pas avoir de l'argent. J'étais la seule de mes amies à être mère et je ne pouvais pas demander de l'aide, parce que je sentais que personne n'allait m'aider. J'étais mal à l'aise dans les squares, dans le bac à sable avec les petits chevaux, je ne réussissais pas à parler avec d'autres mamans et nous demander des choses, pour voir laquelle réussissait mieux ce truc d'être mère. J'ai acheté beaucoup de cahiers pour écrire des routines ensemble et inventer de nouvelles normes, mais ça ne m'a pas réussi. Je les respectais un, deux, trois jours, et puis tout tombait à l'eau. J'étais très fatiguée après le travail. Je n'aimais pas être serveuse, les gens riches me

trahaient mal, et mes camarades avaient des désirs peu sensibles pour cette vie. Je rentrais et je ne voyais pas très bien ce que je pouvais faire pour te rendre heureuse. Mais j’essayais à chaque fois.

Quand grand-mère est partie vivre au Brésil, tu avais trois mois. Je suis restée sans maman, et toi, sans grand-mère. Elle est partie parce qu’elle a décidé de tout quitter et de vivre avec l’amour de ses quinze ans et de claquer la porte si brutalement qu’elle a emporté mon allaitement. Voilà pourquoi sur toutes nos photos il y a un biberon et non pas un sein. Je suis restée toute seule, grand-père savait peu de choses, et mes frères, encore moins. Nous pouvons dire, alors, que c’était une maternité inventée entre toi et moi.

Je suis une maman qui culpabilise. Je culpabilise beaucoup. Je culpabilise pour avoir beaucoup travaillé et pour avoir choisi de donner des heures à la machine de l’argent et non pas à celle des câlins. Je culpabilise pour avoir demandé cinq crédits jusqu’à présent pour que tu ne manques pas de jouets ni de vacances. Nous ne connaissons pas l’étranger, non. Parce que j’ai peur de voyager en avion. Mais je t’ai fait connaître la plupart des provinces de ce pays. Je culpabilise parce que tu cumules plus d’heures de répétitions de pièces de théâtre que n’importe quelle actrice. Je t’ai emmenée à toutes les salles de la Capital Federal avec un petit matelas dans le sac à dos pour que tu puisses dormir pendant que je répétais les pièces. Je t’ai acheté un ordinateur enfant pour que tu puisses regarder des films pendant que je répétais les pièces. Je t’ai acheté deux-cents casques pour enfants de tous les animaux et de toutes les formes pour que tu puisses écouter tes films et ta musique sans problème pendant que je répétais les pièces. Je t’ai acheté trois-cents cache yeux pour que tu ne voies pas les scènes dramatiques ni celles de nu pendant que je répétais les pièces. Je t’ai acheté quatre-cents “Happy meal” de mc donalds pour que tu aies ta soirée similaire à celle de n’importe quelle fille courante et que tu sois surprise en recevant ce petit jouet. Parce que manger des hamburgers était la seule voracité partagée. Tu connais tous les glaciers de la capitale et

tous les parfums, vu que je t'ai toujours promis une glace après les répétitions de mes pièces. Je t'ai emmenée au Parque de la Costa cinquante fois pour que tu ne perdes pas le plaisir du vertige, autrement dit, pour que la colère de mes pièces ne te prive pas du plaisir du vertige. J'ai dépensé cent-mille pesos des crédits que j'ai demandés pour que nous rentrions en taxi et pas en autobus. J'ai dépensé des fortunes en anniversaires de patin sur glace que j'ai organisés pour que tu aies les meilleures fêtes de la vie et pour être, moi, la mère formidable qui apprenait à tes amies à faire du patin sur glace et avoir quelque chose de spécial par rapport à toutes les autres mères : « *Moi, la mère d'Amanda, je suis celle qui a appris à faire du patin sur glace à ta fille et à ta fille et à ta fille et à ta fille...* ».

C'est bien qu'une mère écrive à sa fille en lui disant qu'elle culpabilise ? Je ne sais pas. Je suppose que non. Je sais que le sentiment de culpabilité est un sujet de thérapie sur lequel je travaille deux fois par semaine dans mon espace d'analyse (c'est comme un silence pour ma tête).

Ma petite, je me suis toujours montrée comme une mère forte et toute-puissante, la mère qui porte les sacs et les théâtres sur le dos, je t'ai montré le pire mensonge. Parce que quand ta maman s'est évanouie au milieu de la rue parce qu'elle n'en pouvait plus avec cette vie, la personne qui a dû me relever, c'était toi, et tu n'avais que six ans. Six ans contre trente ans. Vingt kilos contre soixante kilos. Je t'ai donné la pire image. La maman tombée, détruite par terre, au milieu de la rue. La maman tombée sans alcool, sans drogues et sans pilules, mais la maman tombée à cause du sentiment de culpabilité.

Mon analyste dit que toi, heureusement, tu m'as vu faillir, et, moi, je dis que c'est une malédiction. Cela fait dix chutes que tu me vois faire et dont tu dois me relever. Mais, heureusement, depuis un an nous allons bien et maman ne s'évanouit plus.

Ma petite, ta maman craint la mort. Soit, moi. Soit, c'est moi qui crains la mort et j'ai toujours pensé que c'était une tragédie de te

le dire. Parce que pour les enfants, la peur de la mort des parents devrait ne pas exister, ni faire partie de la logique des peurs et des terreurs. Mais je dois te confesser que oui, que j'ai une peur profonde de la mort depuis ma naissance. Et c'est pour cela que suis actrice, parce que c'est la seule chose qui me la fait oublier.

Ma petite, c'est pour cela que j'ai décidé de faire une pièce de théâtre avec toi, de te payer pour que tu joues avec moi. Parce que je ne veux pas que tu aies la même peur que j'ai eu comme fille. Je veux qu'il te reste quelque chose d'éternel de ta mère. Je suis aussi en train de faire une pièce avec tes grands-parents. Parce que, comme tu le sais déjà, nous ne sommes pas forts en affection, dans l'affection, mais nous sommes forts en affection dans les choses. Alors, il y a beaucoup de choses que j'ignore de grand-mère et de grand-père. Et le seul endroit où je peux leur demander des choses, c'est la scène, et c'est surprenant à voir la façon dont grand-mère et grand-père parviennent à s'émouvoir comme jamais avant. Grand-père part toujours des répétitions en disant « c'est fabuleux », et me remercie de lui apprendre des émotions. Je ne savais pas qu'une personne pouvait apprendre des émotions à une autre, et encore moins à un père. Grâce à la scène, j'ai pu bien savoir pourquoi grand-mère est partie au Brésil, ce qui lui est arrivé, ce qui l'a blessée. Grâce à la scène, j'ai pu connaître les circonstances de la mort de ton arrière-grand-mère et j'ai pu voir pour la première fois mon père pleurer. Alors, je veux te dire que c'est pour ça que je fais une pièce avec toi, c'est pour ça que je te paye cinq mille pesos par mois (même si je ne te les ai pas encore donnés), c'est pour ça que j'ai demandé à genoux à ton père de me signer les autorisations pour te permettre de jouer, parce que je veux te donner toute cette affection que je ne peux pas te donner dans la vie, je veux te donner une meilleure maman, une meilleure personne, une vérité d'yeux et paroles et silences avec des lumières et des chansons, je veux te donner une maman d'applaudissements, je veux qu'il te reste un regard pour toute la vie, je veux qu'il te reste un instant avec lequel tu puisses combattre ma propre mort, que tu gagnes quand elle arrivera. Que tu puisses dire moi, ma maman, je l'ai vue heureuse,

cinq secondes, mais je l'ai vue heureuse. Sur scène, main dans la main. Les deux, main dans la main. Je ne veux pas que tu fasses l'expérience que j'ai faite de ne pas voir mes parents heureux et de tomber malade pour avoir été leur tristesse.

N'importe qui dirait que tout ça manifeste une mauvaise mère contrôlante et égoïste qui ne laisse pas de place à sa fille, autrement dit, je ne te donne pas de place pour choisir si tu veux jouer avec moi ou non, si tu veux m'aimer ou non. Oui, c'est vrai. Et je te demande pardon, mais j'ai besoin que tu obéisses, que tu joues avec moi, que tu puisses m'avoir heureuse pendant quelques instants. Je sais ce que je dis, je suis en train de soustraire de la douleur à ton avenir. Je ne veux pas, quand on te demandera si tu as eu une mère heureuse, que tu sois obligée de dire « non ».

Toi, maintenant, tu as onze ans, tu entres dans la préadolescence et tu ne me parles pas, ou tu me parles très peu. Tu te disputes avec moi tous les jours. Tu ne me dis plus « je t'aime ». Tu ne me racontes même pas les potins de l'école. Et je sens que j'ai tout mal fait. Ta croissance me fait mal. Je ne veux pas que tu souffres et je ne veux pas non plus que tu t'éloignes de moi. Je ne veux pas être une étrangère quand tu affronteras la vie.

Alors, je t'invite à te disputer avec moi dans la pièce de théâtre, je t'invite à me détruire, à me dire des choses méchantes, horribles, à m'enfermer dans les détours de la honte, enlève-moi toutes les peaux, déteste-moi, gagne-moi, je t'invite à tout, vaincs-moi, ma fille, vaincs-moi une bonne fois pour toutes, laisse-moi, ma petite, ravage-moi, montre-moi les dents, enfonce-moi la poitrine, dis-moi que tu aimes plus ton père que moi, apprivoise-moi avec tes mots, je te les écrirai tous, et plus encore, fais de ta croissance des lances contre mon corps, lance-moi du poison, laisse-moi par terre et ne me relève plus jamais. Je veux tout. Je veux tout le sol du monde. Le sol de toutes les filles dans mon corps. Je veux recevoir tout ça. Je veux être ta cible pour que tu triomphes de ce monde, pour que tu y arrives. Je veux te démontrer que maman sera toujours avec toi,

jusqu'à ma mort. Dans une pièce de mots et de lances pour que tu emportes mon cœur pour le reste de ta vie. Jette-moi du feu, je te donnerai de l'amour.

Je t'aime à la folie, avec des lances, des pleurs et avec vérité.

P.S. : Quand je t'ai écrit cette lettre, j'ai regardé les deux photos ci-jointes. Nous possédons la même recherche de force dans les yeux. Moi, je l'ai dans les pièces de théâtre, toi, dans la vie.







Regard zéro. Rien de tout cela va nous faire du mal.

Maman, j'ai rêvé que tu mourais.

Quand ?

Hier. En réalité, ce n'était pas que tu mourais.

Alors ?

Tu étais allongée dans la rue au petit matin, tu dormais seule, avec les mêmes vêtements que tu portais dimanche.

Et qu'est-ce que ça a à voir avec la mort ?

C'est que je te voyais de loin, je te criais, les voitures passaient, et tu ne faisais rien.

Mon corps, il était comment ?

Ivre, les mains ouvertes et les jambes longues et écrasées.

Je ne t'ai jamais donné cette image.

Jamais.

Tu es restée triste ?

Non.

C'est bien.

Je me sentais mal. Tu étais isolée du monde. Je l'ai senti comme quelque chose de très réel.

Mais je suis ici, ma petite.

Dis-moi « ma fille ».

Je suis ici, ma fille.

Je sais, je te vois.

Bonjour.

Bonjour, maman.

Je ne vais pas mourir.

Si, tu vas mourir. Je n'ai pas trois ans.

Pas maintenant. Il manque beaucoup pour que ça arrive.

Peux-tu arrêter de me traiter comme si j'étais une imbécile ?

Je ne comprends pas pourquoi tu me parles comme ça.

Parce qu'un jour tu vas mourir, maman. Et, moi, je n'en ai pas peur, mais toi, si.

Je ne crains pas la mort.

Menteuse.

Je ne suis pas menteuse.
J'ai regardé dans tes cahiers.
Pourquoi as-tu fait ça ?
Toi, tu regardes dans les miens.
Oui, mais je peux bien lire dans les tiens.
Alors, moi aussi.
Non.
Oui.
Qu'est-ce que tu as lu ?
Tout.
Sors d'ici avant que je ne te casse la figure d'une baffe.
Tu vas me battre ?
Oui.
Vas-y.
Va-t'en.
Vas-y.
Tu as tort. Je suis ta mère.
Parfois tu agis comme une sœur.
Quoi ?
Oui.
Je suis une mère jeune, pas ta sœur.
Mais tu agis comme si tu l'étais.
Que me fais-tu ?
Rien.
Tu me blesses.
Toi, tu n'aimes pas qu'on te dise les choses.
Tu es trop petite pour blesser comme ça les personnes.
J'ai appris de toi.
Qu'est-ce que tu as ?
J'ai rêvé que tu allais mourir, parce que j'ai lu ce que tu as écrit dimanche.
Ça m'appartient et ça fait partie de mon travail.
Moi, je n'aime pas que ta vie soit ton travail.
C'est comme ça.
Ce n'est pas comme ça.

C'est comme ça.

Je dois aller à l'école et au lieu de jouer et de rire avec mes amies, je pense qu'il va t'arriver quelque chose de mauvais.

Je ne t'ai jamais mise à cette place. Tu ne peux pas lire ce que j'écris.

Tu lis ce que j'écris, maman. Moi, j'écris des choses heureuses, des rêves heureux, j'écris des chansons pour mes meilleures amies, j'écris sur le garçon de 5^e B. J'écris les plats que j'aime et les meilleurs moments de mes journées. Je n'écris rien de mauvais, heureusement, je ne suis pas sentimentale comme toi.

J'ai toujours été comme ça.

Tu pleures déjà.

Ça m'émeut de te regarder.

Tu ne peux pas pleurer chaque fois que tu me regardes, maman.

Je ne peux pas le contrôler.

C'est pour ça que je ne veux pas que tu viennes aux fêtes scolaires, tu pleures tout le temps, pour moi, pour les autres enfants, pour celle qui hisse le drapeau et que tu ne connais même pas. Tu me fais honte, maman.

Je n'irai plus.

Merci.

Mais si, j'irai.

Tu es folle.

Je vais arrêter de te regarder quand je serai émue.

Merci.

Pourquoi es-tu si fâchée ?

Je ne sais pas.

C'est sain que tu te fâches contre moi, mais je voudrais te comprendre. Avant, tu étais plus expressive, tu as beaucoup changé.

Avant j'avais quatre ans, maman. Maintenant, je suis adolescente.

Préadolescente.

Contrôlante.

Avant, tu me disais que tu m'aimais, que tu allais toujours être avec moi, que j'étais la maman de tes rêves, tu me caressais les oreilles avant de t'endormir.

Et toi, avant, tu ne criais pas, tu ne pleurais pas tout le temps.

Tu ne t'en apercevais pas.
Peut-être.
Veux-tu aller marcher ?
Je n'en ai pas envie, je suis fatiguée.
Et aller prendre une glace ?
Je n'aime plus les glaces.
Je te laisse tranquille.

ACTRICEFILLE *dessine.*



Regard un. La regarder comme quand elle est née.

Quelle est la chose la plus belle qui t'es arrivée dans la vie, maman ?
T'avoir.

Autre chose, ne sois pas mièvre.

C'est que tu es la chose la plus belle qui me soit arrivée dans la vie.

Dis-moi autre chose.

Je dois bien le penser, je ne vais pas te répondre maintenant.

J'ai maigri de trois kilos.

Je sais, et ça m'inquiète.

Ce n'est pas mauvais, tu interprètes toujours mal les choses. Je n'ai plus d'anxiété, je ne mange plus tellement de cochonneries.

Tu es sûre que c'est de l'anxiété ?

Oui. Je pensais beaucoup toute la journée.

Et maintenant ?

Je vais mieux.

Nous pouvons aller chez le médecin. Il peut nous donner un régime à faire.

Je ne veux pas.

Ce n'est pas du tout mauvais. Arrête de me regarder comme ça.

Excuse-moi, le matin je suis de mauvaise humeur.

Ça va.

Mon amie Olivia t'admire, elle dit que tu es la personne plus importante après sa maman.

Et toi ?

Arrête, maman.

Je vais prendre de l'eau.

Moi aussi.

Je me sens fatiguée, j'ai mal aux jambes, ta mère vieillit.

Tu es déjà une petite vieille.

Non.

Un peu.

Non.

C'est que tu as mal au corps toute la journée.

C'est que maintenant j'ai vraiment mal au corps, avant je croyais

avoir mal, et c'est pour cela que je jouais à avoir mal au corps.

Moi, rien ne me fait mal.

Rien ?

Rien.

Rien ?

Ne cherche pas en moi tes trucs, maman. On peut vivre sans douleur.

Je ne crois pas.

Tu pleures déjà.

Pardon.

Tu pleures aussi avec d'autres gens ?

Oui.

Et tu n'as pas honte ?

J'en ai l'habitude. Les mots naissent comme ça.

Quoi ?

Ça.

Les mots ne naissent pas de la douleur, maman. Qu'est-ce que tu dis ?

J'ai toujours été comme ça.

Quand tu m'as faite, tu as pleuré ?

Je crois que non.

Quelle horreur. Maintenant, il me reste cette image de toi en train de t'efforcer pour ne pas pleurer.

Enlève-la.

C'est sûr que tu as pleuré.

Arrête.

Je ne serai pas comme toi. Moi, les gens ne m'émeuvent pas. Les animaux, si. Ils sont vraiment seuls. Tu ne t'es jamais demandé ce qu'ils regardent quand ils regardent ? Leurs yeux sont entiers.

Entiers ?

Oui. Dans leurs yeux, on ne voit pas les personnes. On voit le néant.

Dans mes yeux, c'est toi que je vois.

Je sais. Je suis en face.

Je n'ai jamais pensé à ça.

Eux ont vraiment besoin d'aide pour être bien. Les personnes se débrouillent seules.

Pas toutes.

Je déteste la phrase « Que la vie est cruelle ».

C'est ce que je dis.

Oui. C'est pour ça. Je prends de l'avance.

Que la vie est cruelle.

Quand tu étais petite, tu avais des amies ?

Peu.

Tu ne sortais pas jouer ?

Oui. Je jouais au football.

Bien, maman. Là tu ne pleurais pas sûrement.

Pas tellement.

Pourquoi tu ne t'y remets pas ?

J'aimerais bien.

Un ballon est préférable à un théâtre. Les règles sont claires. Tu marques un but ou non, et puis tu rentres à la maison.

Puis tu rentres à la maison. Ça sonne joli.

Tu vois que tu peux ?

Je peux quoi ?

Imaginer autre chose, maman. Quand tu auras cinquante ans, tu vas aussi penser que la douleur est ce que la vie a de plus précieux ? Je ne sais pas si je pense qu'elle est précieuse. La douleur est. La vie, c'est comme ça que je l'éprouve. J'ai toujours été triste. J'étais celle qui baissait le regard et qui restait à mi-chemin.

Tu penses trop. Raconte-moi une anecdote de ton enfance.

Je suis fatiguée.

S'il te plaît.

J'ai du mal à raconter des anecdotes.

Parce que tu penses toujours à l'anecdote la plus tragique.

Oui.

Vas-y, maman.

Une fois, j'ai volé une trousse à l'école primaire. Elle avait trois compartiments, et elle était pleine de crayons Faber Castell, pleine de tout. Je n'avais jamais volé, mais avoir une trousse tellement

de fille riche signifiait beaucoup pour moi. Je suis rentrée et je l'ai cachée dans l'armoire. J'ai été très nerveuse pendant toute la journée et l'après-midi je me suis assise sur le trottoir pour imaginer si ma vie allait être meilleure parce que je possédais ça. Je n'avais même pas atteint une demi-heure d'imagination quand grand-mère est venue et m'a cassé la figure d'une baffe. Elle l'avait découverte, la trousse, et elle n'a pas pardonné, elle m'a crié dessus, j'ai eu très honte. Et le pire, j'ai dû la rendre le lendemain. Je voulais qu'elle soit à moi, j'avais encore beaucoup de choses à imaginer. Je devais encore savoir si quelque chose allait changer avec quelque chose que je n'avais pas.

C'est une anecdote, maman ?

Oui, je ne devrais pas t'apprendre ça. Pardon.

Tu ne devrais pas m'enseigner l'idée d'être mieux avec quelque chose que nous n'avons pas. J'ai l'impression que ça n'a pas de fin.

Ça n'en a pas.

Moi, j'aime tout ce que j'ai. Je n'y pense pas beaucoup, j'ai ce que j'ai, et c'est tout. Il n'y a rien après ça. Je ressemble à papa. Mon ami Luciana est comme toi. Elle est tout le temps en train de regarder ce qu'elle n'a pas, elle change d'humeur toutes les deux secondes. Ce n'est pas ennuyant, maman ?

Trop. Qu'est-ce que tu as, toi ?

Ce que tu vois.

Dis-moi.

Non. C'est ce que tu vois.

Dis-moi, s'il te plaît. Je veux écouter la manière dont tu le nommes. J'ai une maman, un papa, deux maisons parce que mes parents sont séparés depuis ma naissance, quatre chiens, trois chats, et mon prénom Amanda.

Il n'y avait pas cinq chiens ?

Non, maman. Popo est mort. Je te l'ai raconté.

C'est vrai, pardon. Comment est-il mort ?

Il est mort, maman.

Je sais, ma fille. Mais je ne me rappelle pas comment il est mort. Il était malade ?

Il était vieux, son heure était venue. Il est sorti faire un tour avec papa, ils sont rentrés, papa lui a donné à manger et il est mort.

Il est mort après avoir mangé ?

Oui, maman. Il est mort comme tous les chiens. Il est parti avec son dernier repas. Le meilleur de tous. Papa lui avait préparé du ragoût.

Il a pleuré, lui ?

Bien sûr. Il a pleuré parce qu'il n'avait vraiment que son chien.

Je n'ai jamais eu de chien.

Si, tu en as eu un, et tu l'as abandonné parce que tu ne savais pas prendre soin de lui.

Mais si, je savais.

Tu ne savais pas.

Je m'occupais de lui comme d'un bébé, je lui ai tout donné.

Oui, mais après tu le lui as enlevé. Ce n'est pas la peine de tout donner pour après l'enlever.

Je n'avais pas le temps.

Mais ça ne se fait pas. Tu ne peux pas abandonner un chien parce que tu n'as pas le temps. Ils s'attachent, eux, ce n'est pas seulement ce que tu sens.

Tu t'es levée méchante aujourd'hui.

Maman, pourquoi une personne cesse de faire des choses ?

Parce que, quelquefois, on n'en a plus la force.

Qu'est-ce que c'est que la force ?

La force, ma fille.

Je répète. Qu'est-ce que c'est que la force ?

Le cœur de toutes les choses.

Je crois qu'il n'y a aucun rapport avec le cœur et encore moins avec les choses. C'est ridicule.

Moi, je crois que oui.

La force doit être liée à la mort. Si tu es près de la mort, la force s'éteint. C'est le double visage. Je ne crois pas qu'il y ait une autre raison. Si tu es en train de vivre, tu as de la force. Et si tu es en train de mourir, tu as moins de force. Et si tu es morte, ta force s'est éteinte.

Je ne comprends pas cette conversation.

J'essaie de te comprendre, maman.

Je t'aime.

Moi aussi, je t'aime.

Aujourd'hui, c'est un jour difficile.

Je sais.

Nous, les grands, nous sentons parfois que nous nous trompons beaucoup et encore plus aux moments importants de la vie. Excuse-moi, je pleure déjà.

Ne t'en fais pas.

Je ne devrais pas parler de ça avec toi, mais je me sens trop seule, et je ne sais plus si courir ou m'endormir. On grandit et quelque chose se pétrifie en nous, c'est pour ça que les mamans qui sont seules pleurent tellement. Ces larmes que tu vois, même pas moi je les comprends, c'est comme si elles avaient perdu leur fonction dans ce corps. Elles tombent et elles tombent parce qu'il n'y a plus de place à l'intérieur, c'est comme la pluie sur une fenêtre fermée.

Tu ne me dis pas pourquoi tu es triste, maman.

Parce que je suis grande et je crains toujours l'amour. Et je n'arrête pas de me tromper, de m'embrouiller, et je te vois grandir sans comprendre ni comment, ni quand c'est arrivé. Je sais que je ne dois pas tant penser aux choses et à leurs logiques, mais j'ai besoin de tout comprendre et je ne comprends pas, et je veux comprendre que le monde a besoin de fins, mais, moi, je ne veux pas qu'il en soit ainsi, je veux que les choses, les personnes et les sentiments restent immobiles pour toujours, sans altération possible, je veux que rien ne s'effondre, ni s'abîme, ni quoi que ce soit. Que tout soit pour toujours. Au millimètre près pour toujours.

Maman, je ne t'ai pas demandé de naître.

ACTRICEFILLE *dessine.*



Regard deux. Chercher la vérité dans la solitude.

Je ne vois pas ce que tu veux me dire.

Que les choses changent. Qu'avant tu choisisais à ma place et maintenant de moins en moins parce que je commence à grandir, et c'est bien. J'aime ça. Tu ne m'as pas dit que grand-père est maintenant une meilleure personne ?

Oui.

Eh bon, maman. Voilà. Grand-père avant était bizarre, il a grandi et, maintenant, il se montre mieux. Il a appris. C'est pareil pour grand-mère, elle est en train d'apprendre à être heureuse. C'est ce que tu m'as dit depuis toute petite et je t'ai toujours crue. Tu te rappelles que Luciana m'avait menti ?

Oui.

Bon, je lui ai donné une opportunité. Ça suffit, maman. Les choses arrivent, on essaie de donner de secondes chances aux personnes et aux années. Maintenant, nous sommes meilleures amies, nous avons laissé le passé derrière nous. Là je comprends pourquoi papa me disait que tu jouais la comédie, mais de bonnes comédies. Je t'ai fait sourire.

J'ai avalé une larme.

Que c'est bon.

Ma petite, j'ai envie que nous nous inventions un silence. Veux-tu ?
Je crois que nous en avons besoin.

Tu m'as dit « ma petite ». Bon, ça recommence. Je te demande que l'imagination ne soit pas être au square d'un hôpital. Je préfère que ce soit dans une rivière.

Faisons rivière.

Faisons ça.

Habillons-nous toi en une couleur, et moi, en une autre. Soyons bien drôles.

Tu me fais rire, maman. Après tu dis que je ne t'aime pas.

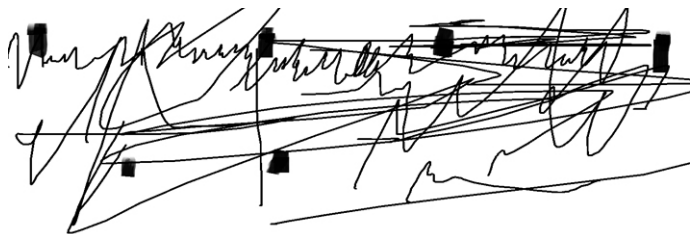
Moi, en rouge.

Moi, en bleu. Nous sommes drôles, mais on est supportrices de San Lorenzo.

Je ne suis pas supportrice de San Lorenzo, mais de Boca.
Maman, Boca va très mal, tu vas pleurer toute la vie comme ça.
D'ailleurs, San Lorenzo a les meilleures chansons.
Ton papa écoute toujours la radio du club après chaque match ?
Oui. Après chaque match.
Et il insulte le mur et parle comme un fou déchaîné ?
Oui, et ça me fait très honte.
Tu me fais rire.
Les animateurs de cette émission doivent avoir quatre-vingts ans,
à peu près, mais ils parlent toujours avec le même enthousiasme.
Je me souviens d'eux.
Je suis prête.
Moi aussi. Est-ce que je peux aller avec les lunettes noires ?
Non, je veux te voir le visage, maman. Je vais contrôler tes larmes
avec le reflet de l'eau.
Bon. Je crois que le rouge me va bien.
Oui, et moi, le bleu. On va au stade un de ces quatre ?
Je ne m'y vois pas.
Je t'emmènerai, maman. C'est la véritable immensité. Je te jure que
là tu n'as plus d'idées noires, tu ne fais que chanter ou crier. Tout
est différent.
Un jour.
Je veux voir ton rouge de loin dans la rue et dire, de loin, c'est ma
maman.
On avait dit que ça serait en silence, tu vas me faire pleurer.
Tu as raison. Je me calme.
Rouge.
Bleu.
Bleu.
Rouge.
Allons-y.
Allons-y.
Silence.
Silence.
Prends ça.

Prends ça.
C'est à toi de lire la première. Lis-le.
J'espère que tu n'as pas été si romantique cette fois-ci.
Lis-le, c'est court.
J'arrive, ne me presse pas.

ACTRICEFILLE *dessine.*



Quand tu es née, j'ai eu très peur. Je n'avais que vingt-deux ans et j'étais en train de me séparer de ton papa. Grand-mère était partie vivre au Brésil avec son nouvel amour et personne ne m'a accompagnée dans mes premiers dialogues de mère. J'ai craint mal faire les choses, prendre soin de toi comme une jeune mère incapable et irresponsable, mais j'ai noté pas à pas tout ce que je devais faire et sentir. Il s'agissait d'étudier une vie toute seule. Avec toi, j'ai découvert que la nuit pouvait être une compagnie et que personne ne veut être seul. Qu'un enfant, en plus d'un enfant, peut être bien d'autres choses. Et que ce n'est ni bien ni mal d'avoir un enfant pour être moins seul au monde. C'est comme ça. Mais la solitude peut te donner les plus belles amours. La première fois que j'ai senti que je pouvais quelque chose dans la vie, c'est quand je t'ai sauvée d'une hospitalisation pour insuffisance cardiaque. Je t'ai répété inlassablement cinq mots : je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

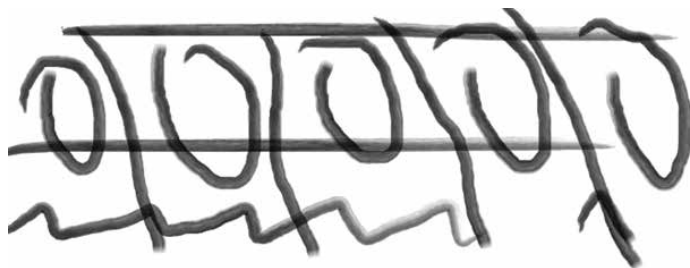
je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.

je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.
je suis ici sans fin.

ACTRICEFILLE *dessine.*



ACTRICEFILLE *arrête de dessiner, descend de la montagne, enlève le casque, les cache yeux* à l'image de stranger things et met la mère par terre.

Je m'appelle Amanda Molina Coronel, j'ai onze ans. Ma maman s'appelle Adriana Leticia Coronel Sardone, elle a trente-quatre ans. J'aime être avec mes amies, être avec le portable, être avec les animaux, et avoir raison. J'aime passer mon temps à faire ce qui m'amuse. Pour l'instant je n'ai aucune passion. Ma maman aime jouer et écrire, et sa passion, c'est jouer. Ma maman m'apprend que je ne dois pas juger et bien d'autres choses encore. J'aimerais apprendre à ma mère que parfois elle doit reconnaître qu'elle n'a pas raison. Je n'aime pas le théâtre. J'aime sa manière de jouer, d'écrire et de diriger. Elle m'a emmenée à beaucoup d'endroits lors de ses répétitions. J'aime la voir sur scène si ce n'est pas très tard. Je n'ai aucune douleur. Ma mère a une douleur. Ma mère me connaît oui et non. Et moi, je ne la connais pas tout à fait. Je voudrais qu'elle change un peu. Je suis heureuse. Maman est heureuse. Le pire du théâtre, c'est la honte, la panique scénique, oublier les textes, c'est assez gênant. Maman est heureuse au théâtre. Maman ne peut pas reconnaître que parfois elle n'a pas raison et bien d'autres choses encore. Je n'aimerais pas que maman laisse le théâtre. Je veux jouer dans cette pièce. Elle m'a promis quelque chose. J'ai une crainte. Je ne sais pas ce que je pense de l'amour. Je ne veux rien dire à maman.

Entretien avec Amandita.

https://drive.google.com/drive/folders/1wILJjs2FKPA_u5sm0TYja9MLdX38cPFS?usp=sharing



Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo | 5 |
| 1er Premio | 11 |
| <i>Partir(se)</i> , Belén Galain | |
| <i>Partir(se)</i> , Belén Galain | 41 |
| Tradução ao português: Sandra Andreoli | |
| <i>(De)part</i> , Belén Galain | 73 |
| Translated by María Colaneri | |
| <i>Partir (se partager)</i> , Belén Galain | 105 |
| Traduction de Valeria Castelló-Joubert | |
| 2do Premio | |
| <i>Estoy acá sin fin</i> , Leticia Coronel | 139 |
| <i>Estou aqui sem fim</i> , Leticia Coronel | 167 |
| Tradução ao português: Sandra Andreoli | |
| <i>I am here endlessly</i> , Leticia Coronel | 195 |
| Translated by María Colaneri | |
| <i>Je suis ici sans fin</i> , Leticia Coronel | 223 |
| Traduction de Valeria Castelló-Joubert | |

